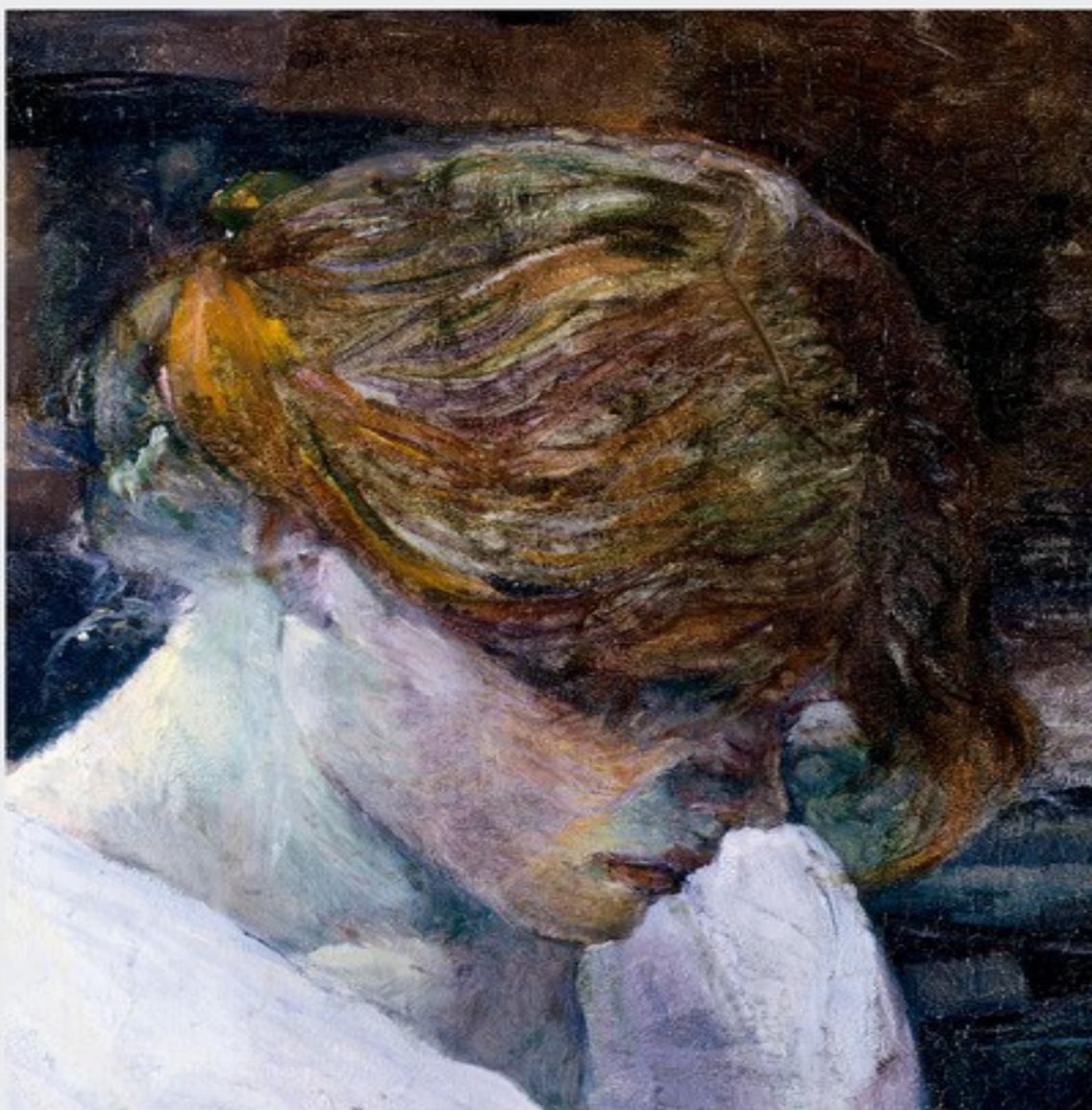


MANUEL GUTIÉRREZ ARAGÓN

El ojo del cielo



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada
I
II
Créditos

¡Qué alegría, vivir
sintiéndose vivido!
Rendirse
a la gran certidumbre, oscuramente,
de que otro ser, fuera de mí, muy lejos,
me está viviendo.

La voz a ti debida,
PEDRO SALINAS

¿Qué se ama cuando se ama?

Contra la muerte,
GONZALO ROJAS

Era del año la estación florida

Soledad primera,
LUIS DE GÓNGORA

I

Algunas partes de esta historia las recuerdo bien, y otras me sorprenden como nuevas cuando las vuelvo a leer. Las tres hermanas del fin del mundo siempre me atrajeron; su historia merece ser contada desde el día en que se fueron a vivir allá arriba, cerca de la esfera del radar que el cuartel de la OTAN mantiene en lo más alto de aquellos montes de pacíficas vacas y antiguos dioses. Recuerdo aún a Clara, la tercera de las tres hermanas, tarareando «*I am the eye in the sky, looking at you*», como referencia a la enorme bola metálica que alberga el radar. Clara fue después, lo es ahora mismo, la propietaria de la mejor marca de helados de España.

Pero no voy a hacer de destripador de historias. Ni el radar es capaz de captar todo lo que se mueve, ni ningún narrador es tan omnisciente como para acabar con todas las incertidumbres del relato. Como, por ejemplo, el hecho de que fuera María Isabel, Maribel, Bel, la segunda de las tres hermanas, en lugar de Valentina, Valen, Val, la mayor, quien condujera la novilla a ser cubierta por el toro, tal como había sido el encargo de la madre, mama (pronunciada con acento llano), Margarita, también llamada Meg en los días juveniles, nombre recordado en Vega como un suave mugido de llamada.

Así que Bel bajaba con la novilla suelta desde los prados hacia el Centro de Inseminación, en Vega. La joven vaca, muy consentida, hacía como que se asustaba de todo –hombres, bestias, sombras–, pero terminaba por asustarse de verdad y se ponía, se puso, a bramar de miedo. Bel la sujetó con la soga para cruzar al otro lado de la carretera. Y fue allí donde apareció Macho Sañudo, el estudiante de veterinaria al que se conocía desde hacía años simplemente como el Estudiante.

–Hola, hola, qué tal estamos, para un momento, chica, oye, ven aquí.

El Estudiante estaba atravesado en el camino con las piernas en compás, como si la esperara a ella o al primero que pasara por allí hacia el Centro de Inseminación. Tenía la cara tan marcada por el acné que parecía un panal de abejas.

–Tú eres de las de Margarita de allá arriba, ¿no?

El Estudiante era conocido como vendedor de medicinas y más cosas. Algunos decían que en realidad era un espía del Banco Santander, y que se valía de sus conocimientos veterinarios para introducirse en el remoto mundo de los pasiegos e indagar sobre sus ahorros y tesoros ocultos.

Pero precisamente en aquel mes de marzo de 2008 lo que Macho Sañudo andaba vendiendo era semen clandestino para las vacas en celo.

–De los mejores toros reproductores de Holanda y Suiza. Reciente y fresco.

Una ganga, ya que en el Centro, el llamado Palacio del Semen, cobraban hasta cincuenta euros por cubrir una vaca.

El Estudiante desenroscó la tapa de un termo del que salió vaho helado. Extrajo una cápsula con un guante de látex y la levantó para mostrarla.

El sol iluminó el cristal.

–Mírala, por aquí adentro pulula la vida. ¿Te fijas? ¿Te das cuenta? Yo solo soy un mensajero de la fortaleza. –Y añadió con respeto, mirando a la novilla–: Bendita seas, llena eres de gracia. Y bendito sea el fruto de tu vientre.

Hizo girar la cápsula, de la que arrancó unos rayos luminosos, celestes.

–Una novilla tan pura..., inmaculada.

Y continuó:

–Oye, chica, yo te insemino la novilla y no decimos nada. No hace falta que me pagues ahora, ya llegaremos a un arreglo... entre tú y yo.

Bel dijo que no pensaba discutir. E intentó seguir adelante con el animal. Entonces la novilla receló del desconocido y sus pezuñas resbalaron sobre el asfalto de la carretera.

–No estamos discutiendo, chica –aprovechó para decir el Estudiante.

Enroscó la tapa, pero seguía con la cápsula en la mano.

Se acercó a la novilla para tranquilizarla.

–Bueno, boba, bobita... –dijo, mientras no dejaba de mirar a Bel.

Bel le dijo que parara de tocar las tetas de la novilla y que la dejara pasar.

–¿Quién te lo impide? ¿Te lo impido yo?

Se echó a reír y le hizo otra pregunta.

–Tú eres estudiante, como yo, ¿no es verdad? Pero hoy no has ido al instituto, ¿te ha encargado tu madre a ti bajar la vaca?

No había sido así. La madre ordenó a Valen, la mayor, llevar la novilla a

inseminar. Las tres hermanas tenían repartidas las tareas. Valen, junto con la madre, se ocupaba de las labores pesadas. Bel debía estudiar, solo estudiar, y mostraba continuamente su agobio y lo poco feliz que era para que las otras no envidiaran sus privilegios. Clara, la pequeña, que solo tenía diez años, era la encargada de cuidar y vigilar: vacas, forasteros, vecinos. Una leve cojera en una pierna –que solo se notaba en terreno llano, en la ciudad, y no al caminar por las laderas– la mantenía ocupada en trabajos menores. Algunos decían que tenía cierto retraso.

–¿Retraso? ¿Qué clase de retraso? Solo es que se piensa las cosas dos veces, en vez de soltar lo primero que a otro cualquiera se le pasa por la cabeza –decía Margarita, enfadada.

Por otra parte, Margarita siempre estaba enfadada.

–Tengo que bajar al banco sin falta, así que la novilla te la llevas tú, Valen –ordenó–. Te dejo el dinero ahí debajo. –Y señaló los platos de la repisa–. Voy a volver pronto, pero si no, cenáis sin esperarme.

Meg comenzó a arreglarse el pelo. Su cabellera era larga y ondulada, con destellos rojizos; al cepillarla, un rayo de cobre pareció recorrer el aire.

Le preguntó a Bel por el examen, y Bel contestó que todavía no habían señalado fecha. Estaba sentada en la mesa de la cocina, con el cuaderno de Lengua abierto. Tenía los dedos manchados por los rotuladores e iba descalza, al igual que sus hermanas. Y seguía despeinada, como si acabara de levantarse de la cama.

–Cálzate y vístete, te lo he dicho veinte veces y no te lo voy a repetir.

Bel tenía unos desgarros en la piel de la espalda, fruto de los golpes que le había dado su madre con la antigua correa del padre. La chica procuraba llevar las señales rojas y moradas bien a la vista, como reproche a la madre verdugo, aunque solo las lucía en casa.

Meg se levantó y abrió el armario para sacar chaqueta y abrigo; el aire trajo un olor a hierba y a ropa recién lavada.

Mientras se abrochaba el abrigo, se dirigió a Bel, pero con la intención de que Valen y Clara también la oyeran y obedecieran:

–Tú no te muevas de esa mesa. A estudiar, ¿entendido? Y no os peleéis.

Cuando la madre, mama, Meg, salió de casa, Val se sentó cerca de su hermana. Tamborileó los dedos sobre la mesa.

–Así que la señorita no puede ser molestada.

Bel seguía escribiendo en el cuaderno de Lengua. Val no se movía de su lado y no cesaba de mirarla. Torció el cuello hasta poner los ojos ante los de su hermana. Bel no le hizo caso, pero ya no pudo concentrarse en el estudio: Val quería guerra.

Bel, finalmente, se dio por aludida.

–¿Qué quieres, zorra?

Val le respondió con una bofetada.

–Zorra lo serás tú, a mí no me hables así.

Bel murmuró algo ininteligible, a la vez que se le saltaban las lágrimas y propinaba una patada a Valen.

Val agarró el cuaderno y lo tiró al suelo.

Se oyó un sonido metálico, y Clara terminó de subir los escasos escalones que daban al prado y al lavadero.

La mayor se revolvió hacia la pequeña:

–¿Has terminado de fregar? ¿Ya?

Clara entraba con las enormes cántaras de leche, casi tan altas como ella, armando un gran ruido. Val comprobó si las cántaras estaban bien limpias.

–Hum... Vuelve a lavarlas, apestan.

–Pero...

Clara obedeció a su hermana mayor y arrastró las lecheras escaleras abajo, provocando un gran estruendo.

Val cambió su táctica con Bel.

–Te daré una cosa que te gusta mucho si llevas tú la vaca al Centro.

Bel calculó sus posibilidades. Tardó en decidirse entre seguir la pelea o hacer las paces para terminar su tarea en el cuaderno: «Haber, ser, estar. Verbo auxiliar, verbo auxiliado, verbo amigo», hermana enemiga.

–¿Qué cosa?

–Aaaah –se encogió de hombros–. Eso luego, te lo digo después de que digas que sí. Mama no se va a enterar, no viene hasta la noche.

–O sí.

Val comenzó a alisarse el pelo. Después se fue hasta el único espejo de la casa, que estaba en el cuarto de la madre. Comenzó a arreglarse. Y dijo en alta voz ante su imagen reflejada:

–¡Yo no me dejo pegar!

Bel desde abajo la oyó y se rió. «Ya estamos con el espejito..., esa loca.»

Arriba, Valen continuaba hablando al espejo:

–¡Conmigo no puedes, madre!

Al bajar, estaba más calmada. Y más conciliadora. Logró, finalmente, comprar la voluntad de su hermana, pero tuvo que humillarse un poco más. Le dijo que le haría un gran favor, y que no dejaría de devolvérselo cuando fuera ella quien lo necesitara.

–Como una hermana buena.

Y, además, le regaló su esmalte de uñas.

El Estudiante se echó a reír, mirando a Bel de arriba abajo.

–¿Tiras de una vaca llevando las uñas pintadas?

Bel no contestó y sujetó a la novilla. El animal seguramente olía los toros del Centro de Inseminación y se revolvía inquieto, con mugidos que a Bel le asombraban, porque sonaban humanos y no de vaca.

El Estudiante se quitó los guantes de látex, que emitieron un clac seco. Seguía en el camino, pero en el lado que daba la sombra de marzo.

La muchacha se iba poniendo cada vez más nerviosa y procuraba que no se le saltaran las lágrimas, aunque Macho Sañudo le dijo que no, que no iba a insistir, que no pasaba nada.

Pero insistió.

Bel se agachó para coger una buena piedra.

El Estudiante se encogió de hombros y dijo que perdía una buena oportunidad si rechazaba la oferta y que cualquiera de sus hermanas o su madre, o el mismo padre si aún viviera en casa, la habrían aprovechado.

–Ya se lo comentaré yo mismo a tu madre en cuanto la vea.

Finalmente, se apartó del camino para dejarle el paso libre.

Pero Bel, tras los momentos de tensión, sintió que perdía fuerzas. Así que, en vez de seguir hacia el Centro de Inseminación, dio la vuelta y reemprendió el regreso tirando de la novilla, que lanzó un mugido de ansiedad desde lo más profundo de sus entrañas.

Cuando se alejaban, arrojó la piedra a la cuneta.

Esa noche los disgustos continuaron en la cocina; en aquella casa –en realidad una cabaña pasiega habilitada para el verano–, tan alejada de todo, los estallidos de cólera no llegaban a oídos de nadie.

Margarita, la madre, amenazó con severos castigos si se dejaba pasar el

celo de la novilla. Fue levantando la voz casi sin darse cuenta y provocó contestaciones y golpes contra los muebles.

Después de los gritos, las cuatro estaban cansadas. Clara tenía la cabeza en el regazo de la madre; se tapaba la cara con el delantal. No quería ver ni oír. «No, no, por favor, más pelea no.»

Parecía que la tormenta estaba pasando.

Pero, tras una tregua corta, la madre volvió a la carga, cobrando fuerzas de nuevo.

Repitió las preguntas a Valen sobre el motivo de no bajar ella misma al Centro de Inseminación. Al no obtener respuesta, carraspeó para aclararse la garganta y dijo, pero ya sin agriar la voz:

—Sabes que no puedes mandar nada a tu hermana mientras está estudiando. Si quieres algo de ella, me lo dices antes a mí. ¿Estamos?

Repitió:

—¿Estamos o no estamos?

Valen hizo un movimiento con la cabeza que podía significar cualquier cosa.

Margarita se volvió hacia Bel.

—Y tú, ¿haces más caso a Valen que a mí? ¿No te dije que te quedaras estudiando?

Bel, pese al tono tranquilo de la madre, contestó que, si le tocaba un pelo, cogía un cuchillo y mataba a la novilla primero. No dijo lo que haría después.

Clara sacó la cabeza de debajo del delantal un momento. Comprobó que el cinturón del padre seguía colgado en la pared y, temblando, volvió a meter la cabeza en el regazo materno.

Val se fue al cuarto y pronto apareció la madre, con aire tranquilo, exhibiendo su calma.

—¿Dónde fuiste? Seguro que sola no.

No se movió de la puerta, no se movía y Val callaba.

Con quien había estado toda la tarde era conmigo. Yo salía con Val desde hacía dos años, nos encontrábamos cada vez que viajaba a los valles del Pas. Ella sabía que yo estaba casado. Por mi parte, le decía que cualquier día las cosas cambiarían y nos iríamos a vivir juntos. Val, Valen, Valentina, no me creía, pero seguíamos viéndonos y haciendo el amor en el coche o por el campo, o en un pajar verde amarillo.

VALEN

Tuvimos que marcharnos a la cabaña de verano en pleno invierno. Me daba cuenta de que mis encuentros con él, con Ludi, serían más difíciles, y eso me entristecía, y a la vez me sentía un poco liberada de la presión, del ansia, y de la decepción si me llamaba y decía: «Hola, que hoy no puedo, lo siento, que llego mañana, ¿oye?, ¿oye?, ¿estás ahí?»

Ahora, en la casa de arriba, el móvil tenía problemas de cobertura e iba a depender de dónde me encontrara yo para llamarle o ser llamada.

Ludi Pelayo firmaba sus crónicas en *El Diario del Norte* como Pelayo Pelayo. Desde el momento en que los pasiegos ya no fuimos considerados pintorescos, sino un fenómeno cultural, comenzamos a atraer la atención de los que escriben o hacen películas. A Pelayo Pelayo, mi Ludi, le conocí en una exposición, y nos fuimos a tomar una Coca-Cola para hablar tranquilos. De hablar, poco, y de tranquilidad, ninguna. Porque yo creo que no habían pasado ni dos días cuando ya empezamos a hacer el amor. Que tenía dos hijas me lo dijo enseguida, y me enseñó unas fotos en el móvil. Yo no le pregunté por su mujer ni él me dijo nada. Supuse que estaba separado, pero no, no lo estaba, solo que era mujeriego y en una de esas se enamoró casi sin querer. De mí.

La verdad es que resultaba poco comunicativo, al menos para lo que uno piensa de alguien que escribe en periódicos y que también da clases de Elementos Básicos de Comunicación en el instituto de secundaria. Pero cada uno tiene su carácter, hasta las vacas lo tienen, así que con más razón los escritores.

Pero, claro, si la cosa no era fácil cuando vivíamos yo en Vega y él en Torre, se complicó aún más cuando tuvimos que marcharnos a aquella casa de soledad y viento.

De la mudanza, del cambio, del desalojo de nuestra vivienda urbana no se puede echar solo la culpa al banco, también fue culpa nuestra por esperar tanto tiempo, por aguantar hasta el final. Nos fuimos después de años de resistencia, es decir, desde que padre se marchó con su carrito de helados

como quien no quiere la cosa, sin regresar jamás, desde entonces hasta este desenlace que es un principio.

Subíamos las tres mujeres más la niña, Clara, las vacas y la vieja gata, con la vajilla y la ropa. También llevábamos los libros de estudio de Bel y el ordenador, todo metido en un cuévano acolchado con periódicos. La vieja furgoneta, una Iveco Daily, que había servido para vender helados, se quedó en la casa. No era práctica en las laderas con senderos de barro. Así que la subida fue en un motocarro alquilado, y luego a pie, hasta la cabaña.

La vaca Vanesa era ya vieja y le molestaba que le cambiaran de cuadra. No así las terneras y novillas, que brincaban gozando de la libertad. Vanesa bramó dos o tres veces por el camino, a la vez que volvía la cabeza para mirarnos, ofendida. La gata miraba extasiada los pájaros, como si le gustaran sus trinos, y se quedaba inmóvil unos instantes, para luego echar a correr y recuperar el terreno perdido.

Antes de la partida, a eso de las ocho de la mañana, aún oscuro en Vega, Cobo Menudo había llegado para disculparse, mientras los agentes judiciales del Banco Santander abrían y cerraban carpetas, con un ajeteo un poco forzado, innecesario, porque no sacaban ningún papel ni apenas miraban los documentos.

Cobo Menudo, que no llevaba ningún cartapacio, abría y cerraba los párpados una y otra vez, nervioso.

–¿Necesitáis algo? –repitió dos veces.

Cobo era el apoderado del banco, y, según él, solo obraba así porque se lo habían ordenado.

–Pero yo al que veo aquí es a ti –dijo mama–. Y tu firma.

Clara, ya en la cabaña, nos oyó comentar lo de las carpetas y lo del pestañeo de Cobo Menudo y preguntó qué era parpadear.

–Tanto abrir y cerrar carpetas... –estaba diciendo mama cuando fue interrumpida.

–¿Eso es parpadear?

–Sí –bromeó Bel–, las carpetas parpadean cuando están nerviosas.

Y las tres mujeres nos reímos por primera vez en aquel fin del mundo.

Se cenó fiambre, sin ganas de calentar cena; también tomamos un vaso de leche recién ordeñada y tibia. Hubo que echar pienso a las vacas y

recolocarlas en el establo de verano, con aquella ventana sin cristales por la que aún se colaba el invierno.

Sobrevino la noche y en la cabaña se hizo un silencio hueco. Las tres hermanas nos sentamos en torno a la única mesa. Bel encendió el ordenador y en el salvapantallas apareció un cielo lleno de estrellas.

Nuestra madre se había ido a acostar después de cerrar la gruesa puerta de la alcoba.

Estábamos solas. Fue entonces cuando saqué la cosa. Hice un gesto a mis hermanas para que se mantuvieran calladas. Bel lanzó un silbido, y Clara le dijo que no hiciera eso, como le decía siempre que lo hacía.

Al realizarse la mudanza y remover el armario de su sitio, había aparecido detrás, en la pared, una alacena sucia y terrosa, nido de roedores. De allí cayó a mis pies un álbum de fotos sin fotos, solo con las huellas de las que fueron despegadas de su sitio. Los separadores de papel de seda tenían pequeñas manchas de humedad, como lunares caprichosos. Encontré una única fotografía, probablemente extraviada entre facturas, recordatorios de difuntos y una receta para la depilación de axilas.

—Cuando se fue padre, mama rompió todo lo suyo, los retratos también. En esta foto no está, pero si miráis bien, le vais a ver.

Se la mostré. En ella nuestra madre sostiene a Clara, de pocos meses, en brazos. Yo estoy a un lado, cogida a la falda y con un dedo metido en la boca. Bel está al otro lado. Entonces tendría unos tres años y aparece sonriente. Es la única que sonrío.

—No le veo, ¿es el que hace la foto? —dijo Clara en voz baja.

—Mira la sombra en el suelo, es la de él, la de papa. Mientras dispara la cámara.

Bel dio un tirón para coger la foto y mirarla ella sola, acercándose a la luz de la bombilla.

—Es una sombra muy larga. ¡Qué hombre tan alto, qué piernas!

Clara y yo le dijimos que bajara la voz, si madre se enteraba de que teníamos esa fotografía, aunque en ella no apareciera la cara de padre, nos la quitaría.

—Eso suponiendo que esa silueta sea la de él —añadió Bel, mientras me la devolvía.

—¿Quién iba a ser si no, tonta?

Clara pasó el dedo por la oscura forma.

–Es padre, es padre...

Clara me preguntó con su voz dulce si recordaba cómo era. Le contesté que yo entonces era muy pequeña, pero que me habían dicho que era muy simpático, y que la gente que le conoció tenía un buen recuerdo.

–Si se fue, no lo hizo porque él quisiera. Lo hizo porque no tuvo más remedio.

Nos quedamos calladas un rato y luego nos fuimos a acostar.

–Rumia, rumia –susurró Clara a las vacas por las rendijas del suelo.

En la cabaña, las tres dormíamos en el mismo cuarto, sobre el establo. El calor de las vacas ascendía entre las juntas de las tablas del suelo; en la noche se las oía triturar lo que devolvían sus enormes estómagos y el sonido de masticación nos arrullaba, nos adormecía.

Vanesa era el animal más viejo, cuyo vientre blanco y negro parecía un órgano que emitiera borborismos y notas musicales.

Clara y yo compartíamos la cama. Bel leía en la suya con una linterna que iba cambiando de mano. Unas veces la cogía con la derecha, otras con la izquierda, al revés que el libro. Un trajín.

–Pero ¿papa hizo lo que dicen que hizo?

–No, no sé..., no sé lo que dicen. Lo que hiciera, lo hizo por nosotras, eso es lo que importa.

Clara sacó la cabeza de debajo de las mantas.

–Hace frío, hay algo abierto en el tejado. Sopla, sopla –dijo, como si le hablara al viento.

Bel comenzó a leer en voz alta un libro prestado de la biblioteca del instituto, unos cuentos amargos y violentos. A Clara, en cambio, le gustaban más las series televisivas y las novelas de amor.

No había muchas novelas románticas en nuestras dos viviendas, ni aquí arriba, en la cabaña, ni abajo, en la casa de Vega, pero cualquier historia leída y releída muchas veces termina por convertirse en una historia de amor. No así las que pasan en la tele, que permanecen inalterables cuantas veces se ven.

Yo no le contaba a Clara los verdaderos sucesos que tenían por protagonista a nuestro padre, ni tampoco a Bel; que los averigüen ellas ahora si tienen interés y no quieren que padre se pierda en el olvido.

Padre, papa, nuestro padre, José Bustamante de Mier, era heladero, y en los veranos se ausentaba de nuestra casa en una furgoneta heladería, La Flor del

Pas, hacia Santander, Bilbao o Burgos. Como heladero era honrado –leche, azúcar y nata bien trabajada–, pero en lo demás no.

En el largo invierno sin helados padre falsificó unas letras de cambio firmadas por personas que no conocía. No se conformó con poner unos apellidos cualesquiera. Giró la primera como si fuera de la duquesa de Alba. Se la pagaron a tocateja en la oficina principal del Banco Santander, en la capital provincial. Se animó e hizo otras con los nombres del torero Curro Romero, del cantante Julio Iglesias y de personajes cuyos apellidos se repetían en los medios como un eco rosa, si el sonido tuviera color. ¿De dónde le venía esa manía con los famosos?

Le gustaba el famoseo, decían algunos.

Su abuelo había sido vendedor de muselinas y encajes, como tantos buhoneros pasiegos. Y padre lo fue también hasta cambiarse a heladero, siguiendo otra tradición local. Dios sabe por qué conservaba y recortaba las fotos de damas que salían en el *Hola* y el *Diez Minutos* en traje de fiesta, reclinadas en divanes o presentando un nuevo bebé en sociedad, o en bañador junto a la piscina.

Encajes o dulces, pero siempre vagabundeo, a eso es a lo que se dedican los pasiegos cuando salen de los montes.

En realidad, nuestro padre era tan listo que supuso que el estruendo de los nombres famosos dejaría ensordecidos a aquellos por los que pasaran las letras de cambio, quienes efectivamente pensaron que era como meter la mano a través de la pantalla del televisor y palpar a los personajes populares que había al otro lado.

Bel giró la linterna y su haz nos iluminó a Clara y a mí. Clara miraba la foto, y yo a Clara.

–¡No estáis atendiendo! –dijo Bel, interrumpiendo la lectura. Cerró el libro de golpe. Otra vez se pudo escuchar el triturar de los molares y el soplido del viento por el ventanuco.

En la pausa expliqué a nuestra hermana pequeña:

–Mira, a padre le iban a detener de un momento a otro y por eso se marchó sin decir adiós. ¿Cómo iba a volver a casa? No, ni a darnos un beso de despedida. No pudo.

–¿Hay que hablar de eso ahora? –dijo Bel–. ¿Sigo leyendo o no?

Cuando Bel leía en voz alta era como si viviera la historia, y se enfadaba si

no recordábamos cosas o no poníamos suficiente atención.

A veces Clara lloraba y era difícil saber por qué lo hacía. Cuando se es llorona se aprovecha todo, lo real y lo imaginario.

Clara se sentó en la cama y me pidió que le dejara ver otra vez la foto. Separé con cuidado el papel de seda. Después, volví a cubrir la fotografía y a esconder el álbum en la viga del techo.

No podíamos movernos mucho por el dormitorio, las tablas crujían y madre nos podía oír.

–¿Madre siempre fue mala? –preguntó Clara en voz baja.

–No, antes no era mala... –contesté–, era malísima. Ahora en serio, el carácter se le agrió cuando padre se fue y se enteró de las deudas.

–Pobre mamá...

Bel dejó el libro de relatos y apagó la linterna.

–¿Tú crees que padre la quería?

–Yo creo que sí, pero también depende de lo que se llame querer.

–¿Y ella estaba al tanto de que padre se iba a ir?

Le dije que yo no lo sabía, pero que era posible que papa, padre, el heladero, no le hubiera dicho nada, y que de lo que no se habla es como si no sucediera.

–Aquí todo el mundo se calla, es la costumbre.

–Si no se hubieran querido los dos, no habrían tenido tres hijas... –dijo Clara volviendo al tema.

–... tres hijas tan guapas como nosotras –añadí yo.

Las vacas, de pronto, dejaron de rumiar.

–Mamá sube por la escalera –susurró Clara.

Nos hicimos las dormidas. Nuestra madre abrió la puerta sin ruido y nos miró un rato. Luego entró y arropó a Clara.

–¡Mueve el culo, mueve el culo de una vez! –gritó Valen aquella mañana.

Bel no se movió de su sitio. Y fue entonces cuando, al forcejear, el ordenador cayó al suelo y emitió un sonido agónico, un quejido como el de una cuerda de guitarra al romperse. Ninguna se atrevió a encenderlo para ver si aún funcionaba. Lo dejaron allí, aparcado junto a unos recibos y la cesta del pan.

Fuera cantaban, tenues, los jilgueros.

La relación entre las tres hermanas y la de la madre con cada una de ellas se había ido deteriorando desde que tuvieron que mudarse allá arriba. Desde aquella primera noche en que llegaron cansadas, después de que el banco se quedara con casi todo. A los tres días Clara cambió el nombre de «casa de arriba» por el de «cabaña del fin del mundo». El lugar que antes les había parecido placentero ahora era un ring familiar, con peleas en las que el supuesto árbitro, la madre, intervenía como contendiente. No era lo mismo subir de merienda con amigos y amigas de Vega que tener que vivir allí por obligación.

–Para que luego digan de la vida en el campo y lo del buen salvaje –decía Bel, la lista.

El mayor problema era la imposibilidad de pillar wifi.

–Estamos aquí como tontas.

Bel se quejaba de que sus hermanas podían bajar o no bajar a Vega, pero ella para acudir a sus clases en el instituto debía recorrer un buen trecho por senderos de montaña y, al llegar a la carretera, esperar al autobús en una solitaria parada en el remolino del viento.

Algunos conductores aflojaban la marcha de la camioneta de reparto, o del camión de ganado, o del coche, y asomando la cabeza por la ventanilla le preguntaban adónde iba y se ofrecían a acercarla o movían la cabeza rechazando el favor que Bel, en su espera, no les había pedido.

Bel repasaba las tareas de clase en el autobús, entre emigrantes en busca de trabajo y vendedoras de los mercados vecinos.

Maribel, Isa, Bel, la hermana de mi novia, era una chica que miraba de frente, que parecía penetrar en los pensamientos de los viajeros y de los

profesores, y que se enfrentaba a los libros de texto, los relatos de lectura aconsejada, las lecciones de lengua y matemáticas, con mirada crítica y actitud polémica.

–Es imposible descomponer un cubo en dos cubos, un bicuadrado en dos bicuadrados, este autobús en dos autobuses.

La señora del asiento de al lado suspiró hondamente.

Bel pensó: «Suspira como la vaca Vanesa. Uf, uf.»

El autobús bajaba por el centro de la carretera, no era frecuente encontrarse a esas horas de la mañana con un vehículo en dirección contraria. El descenso se volvía a veces vertiginoso, el conductor metía el freno, lo soltaba y lo volvía a meter. Las pendientes de la carretera se sucedían una tras otra.

«Descenso infinito, profe, como en el teorema de Fermat.»

Bel regañaba a veces con los chicos de su clase. No eran mejores que sus hermanas y olían peor. A sus compañeras les dejaba sus apuntes y jugaba con ellas a los juegos de los chicos, que eran más divertidos que los de las chicas.

En el autobús, según se alejaba de la vivienda familiar, Bel se prometía no volver a discutir con su madre o a pelear con sus hermanas. Era una cosa fea, humillante. Pero parecía inevitable.

El autobús cogía velocidad tras las curvas inclinadas, temblaba, chirriaba, y los pasajeros se sobresaltaban.

«¿Cuál es la solución a las peleas con mis hermanas? La solución es que este bus se estrelle y nos matemos ahora mismo.»

Cuando llegó al instituto, corriendo, donde ya sonaba el timbre de llamada, casi se choca en el pasillo con el profe de matemáticas, que tuvo que apartarse:

–Tranquila, Bustamante, tranquila, ¿qué es lo que te agita tanto, muchacha?

–En el autobús se me ocurrió una posible solución al teorema de Fermat. Pero no pude escribir nada porque iba agarrada al asiento..., todo se mueve y da vueltas.

–Pero sí habrás hecho los deberes, espero.

–Sí, sí.

–Pues podemos esperar por lo del teorema, no hay prisa.

Bel se sentó entre sus compañeras y sacó el cuaderno de matemáticas. Sin casi darse cuenta se puso a silbar una canción de Beyoncé, «Single Ladies», y, al ver que las otras la miraban, silbó más fuerte hasta que entró el profesor.

Margarita, la madre, comprobó los papeles y los metió en la misma carpeta de la que los había sacado. No cambió ningún orden, ni los volvió a retocar, simplemente hacía eso porque había que hacerlo, porque conviene que las cosas se comprueben por si una mano desconocida las ha revuelto.

Se interrumpió al oír los berridos de la novilla sin cubrir.

Luego miró a Valen, que estaba en el prado con un rastrillo, esparciendo el estiércol sobre la hierba, y después al ordenador de Bel sobre la mesa.

–¿Rompieron el chisme ese?

–No, solo tiene rajada la pantalla –contestó Clara, apaciguadora.

La novilla seguía lamentándose cada vez con más fuerza.

Valen dejó el rastrillo y se sujetó los riñones con las manos.

–¡Claraaaa! –gritó, reclamando a su hermana–. ¡Yo no soy la criada de la casa!

Luego agarró de nuevo el rastrillo y hundió los dientes con fuerza en la tierra húmeda.

«Se van a matar, se van a matar entre ellas o van a matarme a mí, una de dos», pensó la madre.

Margarita salió al prado.

–Déjalo, Valentina. Se hará más tarde.

Val miró el prado a medio abonar, con la hierba jugosa y reluciente.

–Te he dicho que lo dejes –ordenó la madre.

Agarró el palo del rastrillo y se lo quitó de las manos. Valen se cruzó de brazos, enfadada a la vez que liberada. Esperó que su madre le dijera algo más, pero Margarita le dio la espalda.

Un rato después de su marcha, Val, Valen, Valentina, se miraba en el espejo del cuarto de la madre y hablaba con él.

–Qué, mama, ¿ya no te atreves con nosotras? ¿O es tu nueva táctica, madre?

Se quedó esperando una respuesta, y como esta no llegaba, prosiguió:

–Me tienes preocupada, víbora, algo tramas a escondidas.

Se lavó las manos y se miró el estado de dientes y labios, frunciendo la boca. Se iba a ir, se fue, y luego volvió otra vez frente al espejo.

–No me extraña que padre te dejara, bicho.

A Cobo Menudo le palpitó el corazón al ver a Margarita. Contemplantela

entrar, sentarse cerca del sitio donde él se sienta, un roce al pasar, una palabra dicha amablemente dentro de la gravedad del asunto a tratar, un susurro al oído, consejos, celos, recuerdos. Margarita en sus manos, no en sus brazos. Margarita que venía a plantear problemas, beligerante, con la voz tersa y la melena al aire.

Momentos antes, el apoderado había levantado la voz para regañar a los oficinistas, sin especificar a quién.

—¿Por qué no me habéis avisado de que tenía visita?

Y enseguida se volvió a Margarita.

—Buenos días, Meg.

—Buenos días o no tanto, ya veremos.

Margarita le miró a los ojos con fijeza y Cobo Menudo temió ponerse colorado. «Ella espera que me ponga colorado, como en la escuela, y que los demás se rían de mí.»

Margarita bajó la mirada al suelo y expuso el motivo de la visita, que, según ella, no tenía nada que ver...

—... con el asunto de siempre.

Levantó los ojos, sacudió la melena, y la pequeña oficina se llenó de reflejos dorados.

«Sigue siendo la más guapa», pensó Cobo con tanta fuerza que ella se dio cuenta.

Margarita colocó su carpeta sobre la mesa y preguntó si la deuda le impediría solicitar al banco dinero para los estudios de su hija Isabel, que era una buena estudiante.

—Se ha creado una situación muy mala, una estudia y las otras trabajan. Me cuesta mantener la disciplina..., ¿me estás escuchando?

«Ella, Meg, Margarita, la pelirroja, también fue muy buena estudiante, ¿por qué tuvo que casarse con aquel heladero errante?»

—Todo se ha complicado allá arriba.

«Yo hubiera sido un buen padre, y no aquel chulo, guapo de taberna.»

—Se trabaja casi las veinticuatro horas del día, y durante toda la semana... He pensado contratar a alguien que nos ayude. Así las tareas quedan más equilibradas.

—¿Quién va a querer irse allá arriba?

—Ya estoy buscando, quien busca halla. ¿Algún inconveniente?

—Desde el punto de vista del banco, ninguno. Aunque yo...

El apoderado se fijó en que Margarita llevaba un cinturón ancho con gran hebilla, un cinturón de hombre.

–¿Se te ocurre mejor solución, señor apoderado? –insistió ella–. Ya no estamos en la escuela para recibir lecciones.

Cobo Menudo suspiró y se castigó preguntándose si ella, en aquellos días escolares, ya pensaba que él tenía cara de apoderado de banco.

–Tendrás que hipotecar la cabaña, ¿te das cuenta?

–Ya me lo esperaba. He traído los papeles.

Con un gesto de suficiencia hizo sonar las gomillas con fuerza al abrir la carpeta. Cobo Menudo se la quedó mirando. «Tan lista como insoportable.»

Cuando dejó la oficina, Margarita se fue derecha a la parada del autobús. Aún faltaba media hora para la salida hacia Torre, el mercado principal de la región. No había sala de espera, quien quisiera esperar a cubierto podía hacerlo en el Bar del Cruce. Tampoco hacía falta consumir, solo estar allí sin estorbar a los clientes.

Margarita permaneció apartada de la barra y las mesas, sola y de plantón, pero luego consideró que no podía estar débil para todo lo que tenía que hacer. Se acercó al mostrador y pidió un café con leche y un bollo. Luego esperó de pie, cerca de la puerta, sin intercambiar palabra con los vaqueros, los convecinos, los silenciosos pasiegos, que permanecían igualmente firmes y sin tomar nada.

Detrás del recinto ferial del ganado, en Torre, entre las tapias y las vías del tren, allí solían estar, siempre con una manta y barba de tres días, con la mirada puesta en quien se acercara, mostrando su disponibilidad. Nunca había más de tres o cuatro emigrantes en cada grupo. No se les dejaba hacer fuego, pero lo había: las brasas no se apagaban nunca. Circulaban bebidas calientes, y a veces una señora de la vecindad –que también daba de comer a los gatos– acercaba unas cajas misteriosas. Pocas veces había peleas, y si las hubo nunca superaron el límite de las vías del tren, una nueva frontera para ellos, en este caso la que los separaba de la ciudad.

El mercado de ganado de Torre era famoso, frecuentemente grabado para la tele y descrito en alguna novela, pero este otro mercado era más discreto, la zona gris. Aquí la mano de obra emigrante se ofrecía para lo que hiciera falta, ahora –entonces– que la construcción estaba desacelerándose.

Margarita buscó al intermediario. No tenía que pagarle nada, le pagaría el rumano si es que finalmente era contratado, pero tampoco directamente, sino que cobraría otro intermediario, de la misma nacionalidad que el contratado. El primer mediador era el único al que conocía Margarita, por ser también tratante, en el matadero, de la compraventa de hígados de vaca.

Se saludaron y el tratante la llevó cerca de las vías del tren.

–El hombre está ahí, ¿lo quiere ver ahora? Buen muchacho.

–¿Usted lo conoce? –preguntó Margarita.

El tratante movió la cabeza en un gesto que quería decir sí y no.

–Bueno, no creo que tenga queja. Ya ha trabajado antes.

–¿Cómo se llama?

–Pues...

Hizo otro gesto, con parecido significado, y el hombre de los hígados se fue en dirección al grupo para finalizar la contratación.

Margarita se quedó sola en la zona gris.

Entonces se dio cuenta de que había un camión parado en tierra de nadie. El camión tenía la caja abierta, y un hombrecillo de barba entrecana, sonriente, dejaba colgar las piernas, balanceándolas al compás de una música que solo él oía. Parecía contento, tan campante, a pesar del ambiente que le rodeaba. Le inspiró curiosidad, solo curiosidad. El hombre no dejaba de mirarla con total descaro. Después se echó a reír.

Las pocas palabras que intercambiaron debieron de bastar para su elección, porque cuando el intermediario volvió donde estaba Margarita, esta ya le dijo que lo sentía mucho y que gracias, pero que no iba a contratar al rumano.

–Ya lo he arreglado yo por mi cuenta, con este otro.

El tratante de hígados se quedó mirándola y le preguntó cortésmente cómo se las había apañado y añadió que si quería que tomaran una copa juntos, ella y él solos, que la invitaba.

–Lo he arreglado como se arreglan las cosas, ya ve usted, soluciones siempre hay.

Pero no le contestó a la invitación de la copa, ni dijo qué clase de arreglo había hecho.

El hombre de los hígados se encogió de hombros, pero no dejó de extrañarse de que Margarita hubiera contratado a un hombre mayor, habiendo podido contratar a otro más joven y fuerte.

El viaje de vuelta a la cabaña lo realizaron Margarita y el recién contratado en un taxi que los llevó por las curvas pronunciadas y la estrecha –tan bella, sin embargo– carretera que llevaba hacia lo profundo y lo alto, lo misterioso y lo incierto de los montes del Pas. Ella sentada atrás junto al nuevo, y el taxista mirándoles por el retrovisor de cuando en cuando, mientras Margarita hacía cuentas en una libreta, a pesar de los vaivenes del coche. El acompañante miró por la ventanilla hacia lo alto del desfiladero. En la línea del cielo aparecía la enorme bola para la localización de aeronaves, algo chocante para quien no hubiera visto antes un artefacto tan parecido a un planeta reluciente y metálico.

El taxista dijo algo al hombre, que pareció no oírle. Luego se dirigió a Margarita y le dijo que el criado debía abrocharse el cinturón.

Margarita le aclaró al hombre:

–Aquí, en el Pas, a los que trabajan para otros los llaman criados. ¿Entiende lo que le digo?

Y el hombre contestó con buena pronunciación y voz algo empañada.

–No se preocupe, señora y ama mía.

Cuando pasó el taxi con Margarita y el hombre por delante del Bar del Cruce, Valen y yo estábamos en el interior y les vimos un momento, sin importarnos mucho sus ocupantes. Desde que la familia se fue a vivir allá arriba, nuestras relaciones eran más difíciles, y regañábamos sobre los recados que no llegaban debido a las zonas de sombra telefónica. O quizá simplemente porque esos mensajes no se habían enviado nunca. Nuestras citas amorosas se llenaban de incertidumbre y sospechas.

Hablando de su madre, Val me dijo:

–Está rara. Le pasa algo que no nos dice.

Yo le comenté que su madre me parecía muy guapa, y que se parecía a ella en el pelo rojo y en los movimientos del cuerpo. Sobre todo si la veías caminando de espaldas. Se puso seria:

–No me digas eso, Ludi, que no me gusta.

BEL

Me levanté con la canción de Beyoncé en la cabeza, *all the single ladies*, que a mí siempre me suena *hola, singulé, hola, singulé*, como si se saludara a alguien.

Enseguida vimos a aquel personaje de barba segando la hierba tierna y primeriza del prado. Los golpes de hoz parecían rachas de viento, y la hierba caía viva en la tierra, como si solo hubiera crecido para ser cortada.

Valen, Clara y yo nos quedamos mirándole sin que él, el hombre, se volviera a dar los buenos días o simplemente nos dedicara una mirada.

–Para ser un criado, me parece maleducado –dijo Val.

Intervino Clara, mi hermana pequeña, que siempre defendía a los que consideraba agraviados:

–Pero si no ha dicho nada...

–Por eso. Podía saludar o algo.

–¿Qué clase de algo? –objetó Clara, con aire inocente.

–No te hagas más tonta de lo que ya eres.

No nos acercamos a él, pero tampoco nos metimos en casa. ¿Dónde estaría nuestra madre? Al cabo de un rato, el hombre se detuvo para afilar la hoja y se quedó mirándonos, apoyado en el palo de la guadaña. Nadie se decidía a hablar. La situación se iba alargando, un poco ridícula. El hombre hizo una mueca incomprensible con la boca o un amago de sonrisa.

–Es mudo –dijo Clara.

–No..., no sé..., no creo.

–Lo que pasa es que no habla español, dile tú algo –me dijo Valen.

No se me ocurría nada, pero de pronto me salió:

–¡Hola, singulé!

Mis hermanas me miraron sin entender nada.

El hombre seguía en mitad del prado, como un espantapájaros. Me acerqué yo, por fin; bueno, solo unos pasos para hablarle sin tener que dar grandes voces, pero guardando una cierta distancia.

–Buenos días, ¿me entiende? ¿Cómo se llama usted?

Madre dijo, desde el ventanuco de la cocina:

–Te entiende bien, y se llama Abderramán.

Entonces nos dio mucha más risa. El sonido del nombre no pegaba nada con los nombres del Pas, ni con nada conocido.

Aquella noche no cenó con nosotras. Después de la cena me senté ante la pantalla rajada del ordenador, mientras Val y Clara fregaban los platos.

Cuando apagué el ordenador, me puse a forrar los cuadernos con papel grueso para mantenerlos limpios de manchas. Era un papel con ilustraciones de estrellas de cine. A él, al hombre, lo oíamos atender a las vacas y lavarse en la pila que daba al prado.

–¿Dónde irá a dormir? –comenté en voz baja a mis hermanas.

A su vez, ¿él nos estaría oyendo? Nos quedamos en suspenso hasta que apareció en la puerta. Se descalzó para entrar en la casa. Incluyó un momento la cabeza como saludo y cogió la manta gorda que le entregó nuestra madre. Ya iba a salir cuando la vieja gata se restregó contra sus piernas. Nos quedamos sorprendidas de que la gata, tan arisca, frotara su rayado lomo con un desconocido.

–La puta gata no sabe qué hacer para llamar la atención –le dije a Val, que me dio un codazo.

–Le encanta hacer teatro –dijo mi madre a Abderramán, como justificando al animal ante el extraño.

El moro salió con la manta sin decir ni pío.

–¿Adónde va? ¿Va a dormir en la cuadra?

Madre no contestaba a los comentarios ni a las preguntas, se dedicaba a lo de siempre: a mandar y ver si hacíamos lo ordenado en la forma que ella quería, aunque no lo hubiera especificado: doblar el mantel de una determinada manera, fregar la sartén por los dos lados, recogernos el pelo de una forma y no de otra.

Pero Clara, Valen y yo estábamos más atentas al hombre.

–Me resulta extraño vivir en la misma casa que un hombre –suspiró Valen.

–Los hombres huelen –cuchicheó alguna de nosotras, quizá yo misma.

–¿A qué? –preguntó Clara.

Ninguna contestó.

–También huelen las vacas –dijo Clara.

–Pero no es lo mismo –contesté yo–. Lo de ellos es... sudor y otras cosas.

Nuestra madre se encerró en su cuarto.

–Está rara, mama está rara.

–Seguro que se arrepiente de haberle traído a casa. Al criado, me refiero – dijo Valen en mi oído.

–¿El criado huele? –seguía Clara.

–Si se está limpio, no se huele a nada.

–¿A qué huele lo que huele a nada?

Val y yo cuchicheamos, sin hacerle caso:

–Los hombres te quitan intimidad. Y dan trabajo, no creas..., aunque este siegue y ordeñe, también dará trabajo, ya verás. Si cree que yo voy a lavar y frotar sus calzoncillos se equivoca...

–Ahora hay que cuidar cómo andamos por la casa... Se acabó el ir en bragas.

Clara, la Niña, se dejó caer en una silla, cerca de Valen, y esta le pasó la mano por el pelo.

–Padre... ¿olía? Me refiero a oler bien o mal.

Valentina, Val, Valen, suspiró otra vez:

–Padre era heladero, no andaba en la boñiga.

–Entonces tendría que oler a cosas buenas.

Insistió:

–¿O no?

Fruncí el ceño:

–Ojalá el criado se corte con el dalle y se tenga que ir.

–¿Dónde habrá aprendido a segar? En su país, ¿hay prados? –preguntó Clara en voz alta.

–Casi todo es seco, con piedras y palmeras –intervine yo.

Se abrió la puerta del cuarto de madre, asustándonos.

–¡A la cama! Se acabó la charla.

Apagué el ordenador y me quedé un momento mirando por la ventana. En la noche de marzo aparecían luces en lo alto del cielo, reflejos de la luna o de la bola metálica del radar.

Al amanecer vimos a Abderramán en el prado, rodeado de vacas pastando, en actitud orante sobre una esterilla, tocando la tierra con la frente y levantándola una y otra vez con la mirada puesta en los montes de Burgos. Llamé a Clara.

–¡Mira, corre, corre!

Clara se acercó a la ventana frotándose los ojos. Hacía frío en la cabaña. Nos pusimos las mantas, aún calientes, por encima de los hombros.

Abderramán bisbiseaba con las palmas de las manos extendidas.

–Solo lo había visto en la tele.

–Ya ves, esto es en vivo y en directo. No necesitamos tele.

Mi madre me encontró sin vestir y me gritó que si pensaba llegar a tiempo a coger el autobús para el instituto, ya podía darme prisa.

Ese viernes tocaba lengua y fui a la cocina para recoger el cuaderno que había dejado a medio forrar. ¡Sorpresa! El cuaderno estaba primorosamente recubierto por un papel de estrellas de cine, con los pliegues en ángulos perfectos, pegados sin máculas ni grumos. ¿Quién había sido? ¿Mis hermanas? ¿Mama, mamá, madre? Evidentemente no lo habían hecho ellas. Quizá un duende trabajador bajó por la chimenea de la cabaña y realizó la operación. Y ese duende no podía ser otro que el nuevo criado, ese hombrecillo de barba gris y mirada negro carbón. ¿Debería preguntarle si lo había hecho él o no?

Ya me iba, y mama me agarró del brazo, dando un tirón.

–¿Dónde vas descalza?

Val, que miraba la escena, se empezó a reír de mí.

–¿Lo haces a propósito, esto de enfadar a mama? Porque nadie es tan tonto como para no darse cuenta de que no se llevan zapatos.

Le di un empujón, y ella me lo devolvió más fuerte.

Corrí por los prados a grandes zancadas. Llevaba mucho retraso, y si no llegaba a tiempo al autobús, perdería casi entero el día de clase. El rocío hacía resbalosa la hierba, y los brotes altos escondían hoyos y toperas en los que me podía caer. Me caí, y me dio la risa, porque ya estaba yo diciendo que me iba a caer. Me levanté y corrí aún más, cerrando los ojos. Lo hacía, lo hice, porque pensé que así me mataría y ya sería imposible llegar al instituto ni a ninguna parte; mi madre, mis hermanas me echarían de menos, y se arrepentirían de no haber sido más cariñosas conmigo, y también mis compañeros y compañeras de clase, que llevarían en mi entierro coronas de laurel y rosas. En esto oí el claxon del autobús y abrí los ojos.

Para morir inesperadamente, ya solo me quedaba esperar que el autobús se estrellara en alguna curva.

La profesora de lengua y literatura, a diferencia del profe de matemáticas, era seca y de dar pocas confianzas. Poseía unos ojos grandes y ahuevados.

Yo la miré y ella se fijó en mí. Se sentó, y fue como si hubiera adivinado que yo estaba pensando en los huevos de su cara. Enseguida me llamó:

–Bustamante, la redacción es estupenda, muy buena de forma y de pensamiento... –Y añadió, con falsa pesadumbre–: Te he puesto un cuatro.

Casi todos los compañeros tenían mejor nota, la profe me estaba humillando ante la clase.

–Tienes muchas faltas de ortografía. Tu redacción es como una persona muy guapa e inteligente pero vestida de harapos. Esclavo no se escribe esclavo, por cierto, ni se dice «óvulo de la oreja», sino «lóbulo de la oreja» –remató, entre risas–. Intenta poner atención a la ortografía, Bustamante, y llegarás a ser lo que seguro que esperas ser.

Mientras volvía a casa por la tarde, falsifiqué la nota. Cubrí el cuatro con un ocho de trazo grueso. Aunque solo era para consumo propio o, en todo caso, para consumo familiar si enseñaba las notas a mi madre, la falsificación me dolió después de hacerla. Me sentí torpe y mentirosa. Quizá moriría esa noche, de repente, y entonces leerían la redacción, tan imaginativa y literaria, se rendirían a mi talento, pero... ay, Virgen santa, luego verían aquel ocho tan chulo superpuesto al infame cuatro. Se darían cuenta de que era, de que soy, una impostora.

Vi la cabaña en lo alto y enseguida percibí que pasaba algo. No sé por qué me doy cuenta de esas cosas, quizá porque me llegan efluvios, vibraciones, o porque siempre estoy preparada para las malas noticias.

Al entrar en la cabaña nadie me dijo nada, pero el aire se podía cortar. Escuché los pasos de mama en el piso alto. El suelo era de madera y se oían hasta las pisadas de la gata, pero eso sucedía sobre todo por la noche. Bueno, pues ahora en la casa había un silencio nocturno, siendo de día. Y los pasos intermitentes y rápidos anunciaban tormenta. Val descendió los escalones del piso superior en silencio, más antipática que nunca, y no dijo ni hola. Fui a la cuadra en busca de Clara y vi a la novilla, tranquila y sosegada. El animal ni me miró siquiera, siguió masticando el pienso. Volví a la vivienda y dejé mis cosas en la mesa. Oí un borboteo en la cocina y me asomé. Clara calentaba agua y preparaba unas toallas limpias. Fue ella la que me comunicó la noticia: Abderramán había llevado la novilla al Centro de Inseminación para ser

cubierta antes de que se le pasara el celo. En el Centro todo fue bien, pero, al volver, Abderramán se había encontrado con unos hombres con los que discutió.

—¿Hombres?

Clara vertió el agua hirviendo en una palangana.

—¿Por qué tenía que discutir el criado con nadie? ¿Quiénes eran?

—Él no sabe..., dice que le insultaron con palabras que no entendió.

—Entonces, ¿cómo sabe que le insultaron?

—Ay, yo no sé —se disculpó Clara, como si tuviera culpa de algo.

Además dijo que había marcas de golpes en la cara de Ab y salió con la palangana y las toallas.

—Pero, bueno, ¿quién es Ab? ¿Hay un Ab? —grité, agarrándola por el brazo. El agua bailó en la palangana.

—Ab es él, el criado. —Y añadió—: Es más corto llamarle de esa manera.

Así que yo también subí a ver a Ab, y al contemplarlo me dio cierto repelús. No porque estuviera malherido, sino al comprobar que le habían tendido en mi cama. Eso me llenó de furia, pero me callé. No era el momento de protestar por nada, solo deseé que se muriera y lo quitaran de allí.

—Oye —me dijo Clara al oído—, uno puede darse cuenta de que le insultan por el tono, ¿o no?

Clara se acercó al criado y dejó las toallas sobre la colcha. La almohada estaba manchada de ocre, con algunas hebras blancas esparcidas: la sangre y los cabellos de Abderramán.

Como Ab ocupaba nuestro cuarto, tuvimos que dormir en el desván, bajo la techumbre de lastras de pizarra. Las tres juntas, sobre colchones de paja, entre riñas y risas.

Val eligió dormir cerca del ventanuco, a mí no me importaba, pero protesté por principio. Lo justo era echarlo a suertes, ¿no? Lo que resultaba inadmisiblemente ofensivo, humillante incluso, era que el criado moro nos quitara el dormitorio.

—La culpa no es suya, es de madre. Podía haberle mandado a dormir a la cuadra. Allí hasta hace más calor.

—¿Cómo habrá sido el insulto? Debió ser muy hiriente...

—Tuvo que pasar algo más para que llegaran a los golpes. Lo diré en la denuncia.

–Pues no lo va a denunciar –aclaró Valen–. Mama ha dicho que ni se le ocurra. No está trabajando en esta casa legalmente, así que...

Val hizo un gesto con las manos en el aire.

–No está aquí. No existe.

Nos reímos las tres. Pero no pude evitar añadir:

–Por mí, como si revienta.

Val me dio un golpe con la rodilla.

–¿Eso es lo que te enseñan en el instituto?

Val, Valen, Valentina, la mayor, se dignó explicar lo que sabía o creía saber. La información siempre venía de Pelayo Pelayo.

–Son los del matadero de Torre. Le han pedido dinero, un impuesto, una parte de lo que cobre aquí, y él no se lo habrá dado o habrá pedido una prórroga.

–¿Quién te lo ha dicho?

Se encogió de hombros.

Clara gimió.

–Y a ti, ¿qué te pasa ahora? –dije yo, sin esperar que la pregunta tuviera ninguna contestación.

Tiré del pico de la manta. Hacía frío, y si se la quería remeter bajo el cuerpo de una, se destapaba a la otra, menos el cuerpecito de Clara, que estaba en medio.

Clara nos pidió a Val y a mí que no discutiéramos, por lo menos esa noche. Y que quería ver otra vez la foto de padre.

–Ya sabes que en realidad padre no sale, niña, solo salimos nosotras, tonta.

Val sacó el envoltorio de su nuevo escondite, entre las crujientes vigas y las tejas de pizarra.

Clara pasó el dedo por la cartulina brillante y dijo que ya sabía que solo era una sombra.

–En la foto no está, pero yo le veo.

Mientras la escuchaba a mí me daba una pena enorme, y como no quería que me diera pena, le dije que cualquier día iba a romper la foto.

El globo del radar se va volviendo más visible a medida que anochece, emergido del mar de nubes, iluminado por una red de avisos y destellos. La base militar carece de rotulación, de anuncio o cartel escrito, con solo signos que prohíben traspasar unos límites no precisados.

El autobús de los soldados sube hasta la cumbre a las 19, correspondientes al código Alfa del uso horario, y el mismo transporte desciende con los que ha depositado allá arriba antes del amanecer. Una rutina de características propias tan inalterable como un sistema planetario.

Durante el camino de vuelta a casa, Clara podía ver completa la bola metálica. La cabaña familiar era la última del diseminado caserío, la más alejada de Vega y la más cerca del fin del mundo.

Clara había ido a comprar Nescafé, garbanzos y azúcar, así como unas cajetillas de cigarrillos para Ab, que aún convalecía. No era ella la encargada de hacerlo, sino Val. Pero pasaban las horas y Val seguía fuera de casa. Mejor ir ella misma para evitar una discusión con la madre si a la mañana siguiente no había azúcar para el desayuno. Y comprar tabaco. Le gustaba ver fumar a la gente, contemplar las bocanadas de humo que cambiaban al ser espiradas, el paso del aroma herbáceo al fuerte olor de la combustión.

La camioneta de venta ambulante –que llegaba hasta estas cabañas tan alejadas de Vega– se estacionaba en el cruce de carreteras, frente a la parada del autobús. Así que estaría de vuelta antes de que la madre terminara las tareas de ordeño, pensó. Junto al vendedor ambulante –un hombre de gabardina arrugada y un cigarro siempre colgado en la boca al que llamaban Colombo– estaba el Estudiante, quien le solía acompañar cuando visitaba los confines del país pasiego. Llevaba algunas muestras de medicamentos veterinarios que ofrecía de manera gratuita.

–El Estudiante ama este país y esta cultura –resoplaba Colombo sin quitarse el purito canario.

Macho Sañudo, el Estudiante, estaba realizando un estudio antropológico de la vida pasiega –mitos, costumbres, historia– por cuenta del Banco Santander. El extenso trabajo arrancaba de muy atrás en el tiempo, pero

debido a los cambios en las explotaciones ganaderas de un mercado abierto y competitivo –justificaba– se tardaba en rematar, si es que se quería hacer bien.

–El banco está interesado en un estudio muy completo. –Bajaba la voz para añadir, como si se tratara de un secreto–: Y en un plan de reestructuración económica.

Cuando llegó Clara, Macho Sañudo estaba hablando con dos clientes a los que preguntaba por lindes de fincas y derechos de paso. El hombre y la mujer de los que intentaba obtener información no respondían nada en concreto, y el Estudiante ni siquiera llegó a enterarse de si eran marido y mujer o habían coincidido en el momento de acercarse a comprar en la camioneta.

–Nada, a estos no les sacas nada –comentó luego Colombo, riéndose–. De lo que no se habla no existe, ¿sabes?

El Estudiante siguió con la vista a Clara, que se marchaba con su compra. Llegaron dos o tres clientes de última hora y Macho Sañudo se dispuso a dar un paseo.

Clara miraba la esfera militar mientras el sol de marzo declinaba. La superficie del globo devolvía la luz, y se detuvo para ver uno de esos reflejos que duran solo un instante. ¿De qué color era aquel morado que estaba dejando de serlo? Durante unos segundos, los rayos fugitivos le recordaron las verbenas y bailongos de Vega, neones y tonalidades ácidas como el picor de una ortiga. Ensayó unos pasos a la vez que cantaba: luquin at yu, luquin at yu, luquin at yu...

En el interior de la esfera, el radar daba su vuelta silenciosa, que solo captaban los animales de oído muy fino. La chica contuvo el paso, por si conseguía, al fin, escuchar ese tenue sonido. Pero lo que oyó fue un silbido corto y repetido. Como un gorjeo. Clara quiso, entonces, convertirse en pájaro y extendió los brazos tras dejar la bolsa de la compra en el suelo. Levantó una pierna, una pata, una patita. Después, batió las alas para despegar con elegancia. En un alado giro vio, de pronto, a Macho Sañudo, quien transformó el gorjeo en un silbido de admiración. Clara se detuvo sofocada y avergonzada. Recogió los paquetes y continuó el camino a casa. No quiso volverse para mirar, siguió andando sin apresurarse, sin girar el cuello, sin vacilar. Pero cuando por fin se dio la vuelta, lo vio otra vez.

El Estudiante se quedó quieto y ella desaceleró la marcha, recuperando su caminar de coja. Solo quedaba pasar la húmeda vaguada, donde podía convertirse en rana o laguneja.

–No me debo volver para mirar, no me debo volver para mirar, no me debo volver para mirar.

Pero miró de reojo, lo suficiente para darse cuenta de que el Estudiante había sacado el pene y orinaba en la cuneta, y que siseaba llamándola:

–¡Pss, pss, pss...! ¡Pss, pss, pss...!

Giró hacia ella el miembro, mientras se lo sacudía con gesto grave, serio, como si estuviera haciendo algo importante. Clara apartó la mirada. El otro volvió a hablarle, con suavidad:

–Bueno, bueno, boba..., quieta, quieta, bobita.

Clara se empezó a poner colorada después, cuando ya todo había pasado y corría a su casa.

Al llegar, Margarita gritó su nombre.

–¡Clara!

La niña se asustó y uno de sus torpes pies tropezó con el otro. La compra cayó al suelo, la bolsa de garbanzos estalló y el contenido se derramó por todas partes.

La madre los había visto a lo lejos y había podido identificar a Macho Sañudo perfectamente, hasta que lo perdió de vista al bajar la vaguada.

–¿Qué te preguntó? ¿Qué te decía?

Primero fueron las preguntas, y luego la recriminación por haber ido hasta la furgoneta ambulante sin permiso, teniendo que cumplir otras obligaciones. Un desconcierto, porque por una parte trataba de calmarla al verla asustada y por otra volvía a dar gritos contra sus hijas y a enfadarse consigo misma:

–¡No puedo con ellas! ¡Tengo que ser mala sin querer serlo! –clamó mirando hacia lo alto.

Abderramán apareció en la escalera, mientras Margarita tenía cogida a Clara por los hombros.

Llevaba una toalla azul arrollada en la cabeza, a manera de venda o turbante, que le cubría la mitad de la cabeza y parte de un ojo.

Margarita la emprendió con el criado:

–¡Y usted no se quede ahí como un pasmarote, hombre! Recoja todo eso... y su tabaco. ¡Espero que no fume en casa!

–No, señora, descuide.

Se fue a la cocina, abrió el armario de puerta verde y cogió, coge, la escoba, como si supiera desde siempre que la iba a encontrar allí. Se guarda las cajetillas de tabaco que estaban por el suelo y barre los garbanzos. Traspasa el azúcar cuidadosamente a un bote de la alacena.

Clara le miraba, le mira, hacer, sintiendo su presencia benéfica y tranquilizadora.

Y como siempre que le contempla atareado con algo, un cosquilleo le sube por la nuca y ella se abandona de sí, se vacía en otro, hasta que la madre, mama, la jefa, le dice, le dijo, que aún no había tendido la colada y que era hora de que lo hiciera, que parecía estar papando moscas.

–Y hay un montón de ropa.

Ya era de noche y Clara tendía la ropa en el tendedero a la única luz de la bombilla contra insectos. Abderramán la estaba ayudando a colgar la empapada pila.

El criado era muy ceremonioso, pero pronto fue al grano:

–Te quería pedir un favor, si me lo permites. Tengo muchos amigos, pero también tengo enemigos, que el Misericordioso me proteja de ellos.

Después, le tocó el hombro con la mano mojada y Clara se estremeció.

–Me gustaría que me dijeras si alguien se interesa en mi persona, si preguntan quién soy o qué hago y todas esas cosas.

Clara no contestó.

–O si alguien te ha preguntado ya.

Esta vez, la niña negó con la cabeza.

Siguieron tendiendo la ropa. Abderramán se quitó la toalla turbante de la cabeza y se secó las manos con ella.

–A cambio yo te daré un premio. Nada del otro mundo, claro, soy pobre, si no, no estaría aquí de criado. Pero te puedo contar cosas, si es que te interesa saber algo de un amigo heladero que tuve.

Clara abrió la boca y permaneció así, como si fuera la niña retrasada que algunos decían que era.

Ese anochecer yo acompañaba a Val hasta la cabaña. Por una vez en el transcurso de la tarde, el tema de su madre y sus hermanas –o de mi esposa y mis hijos– no había salido en la conversación. Habíamos bebido unas copas

en el bar de Vega y de vez en cuando nos deteníamos para besarnos. También nos besábamos cuando no habíamos bebido, pero con un poco de alcohol dentro podíamos hacer bobadas sin razón ni tino.

El reflejo en las nubes, proveniente del monte militarizado, era como una plancha de cocina al rojo. Yo cuidaba de Val por el camino incierto, y ella se dejaba cuidar, aunque conocía mejor que yo el terreno en cuanto salíamos de la carretera principal. Así que fue ella la que me sostuvo cuando tropecé. Después, me soltó, cayó encima de mí y dijo:

–Intenta levantarte, a ver si eres capaz.

Me tenía sujeto y yo simulé tratar de zafarme. Val me puso una rodilla en el pecho. Se puso seria:

–Quieres librarte de mí, ¿eh?

Me apretó contra el suelo y sentí las piedras clavarse en mi espalda. Le di un chupetón en el cuello, cosa que ella no me solía permitir. Esta vez lo hice a conciencia y Val respondió estrujándome con el brazo libre, mientras con el otro me desabrochaba el pantalón. Encontró enseguida lo que buscaba.

Cuando terminamos, ella se echó a reír:

–¿Ves como puedo hacer de ti lo que quiera?

–Eso es lo que yo te dejo creer, nada más –contesté. Y me arrepentí enseguida de haberlo dicho.

–¿Qué quieres decir?

Apartó la rodilla del pecho bruscamente, y esta vez fui yo quien quiso atraerla con suavidad. No se dejó, el juego parecía haber terminado.

Se recompuso un poco y se quedó con el ceño fruncido. Luego preguntó cuándo sería la fecha de nuestro siguiente encuentro.

–El lunes que viene.

–¿Y por qué no el domingo?

–Sabes que los domingos no puedo.

–¿Hasta cuándo no vas a poder los domingos?

Nos fuimos sin hablar hacia la cabaña. Un cuervo tardío daba vueltas entre las peñas, como si dudara dónde pasar la noche.

Al acercarnos pudimos ver a Clara y a Abderramán tendiendo la ropa. Él me miró un momento e hizo un saludo llevándose la mano al corazón, la boca y la frente, como en las películas que yo había visto de *Las mil y una noches* y similares.

Me despedí de Val. Yo no entraba nunca en la cabaña. No he entrado hasta

hace poco, cuando ya no vive nadie en ella.

VALEN

Nada más llegar a la cocina, después de dejar a Ludi, vi a mi hermana Bel riendo y llorando, también dándose cabezazos contra la pared, como una loca. Lo hacía con fuerza, y los golpes sonaban recios.

–Vas a joder la pared –le dije.

La agarré por la cintura, la empujé afuera y la puse ante la pila para que se lavara.

–¡No volveré a estudiar, ni a escribir! –sollozó Bel–. ¡Prefiero machacarme los sesos y terminar idiota!

Madre apareció en la puerta y la apuntó con el dedo:

–Lo peor es que, además de idiota, seas mentirosa. Tu hermana –dijo dirigiéndose a mí– ha falsificado la nota que le han puesto en el ejercicio de redacción. Se ha puesto un ocho encima del cuatro. ¡Nos sacrificamos para que pueda estudiar y mira lo que hace! ¡Engañarnos!

–No era para que lo viera nadie... ¡Lo puse para mí sola! –Y añadió en voz baja, de tal manera que solo la oí yo–: Es lo que me tenían que haber dado en justicia.

Mama volvió a enfadarse y me miró furiosamente a mí, que no tenía nada que ver.

–¿Qué está diciendo tu hermana? ¿Me está contestando? ¡Dime qué ha dicho! ¿Y tú por qué vienes a estas horas?

No hubo respuesta, porque cambiamos de tema. En el fondo, ninguna de las dos quería mencionar mis relaciones con Ludi, ni siquiera se pronunciaba su nombre. Además, lo urgente en ese momento era que el hombre-en-casa, Abderramán, Ab, el moro, volvía a dormir en el establo, y nosotras, Clara, Bel y yo, recuperábamos nuestro cuarto. Atarearse en una cosa descansa de otra, y había que mover de nuevo el colchón, las mantas, las sábanas y no remover lo de Ludi, mi novio inmóvil.

La mudanza se hizo sin que madre estuviera presente. Estaba en la cocina, haciendo cuentas. Sacudimos las mantas con dificultad por la estrecha

ventana y luego sacamos un juego de cama limpio. El armario rechinó al abrir la puerta. Clara se estremeció al oírlo y le advertí:

–Hija, Clarita, no te asustes por cualquier cosa... Ya no eres una niña.

–No es por el ruido de la puerta.

–Entonces, ¿por qué tiembles?

Clara bajó la mirada al suelo y la dejó perderse en el entramado de tablas. Lo pensó y respondió:

–Por el frío.

Bel, por su parte, rumiaba algo que no acababa de decir. Barajaba los folios de la redacción escolar una y otra vez.

–¿Queréis que os la lea?

Abrí la cama; Clara y yo saltamos dentro a la vez.

Las sábanas estaban frías.

–Lo que están es húmedas –discutió Bel, como siempre.

Después, encendió la linterna.

–¿Leo o no leo?

Clara no contestó, me estaba mirando el cuello y los pechos, que me asomaban por el camisón.

–¿Qué te ha pasado? –preguntó.

–Nada, me he caído.

Bel enfocó mis moratones con el haz de la linterna y lanzó un silbido:

–Buenos dientes tiene tu novio, va a terminar por comerte. ¿Lo ha visto mama?

Clara se arrimó a mí:

–¿Puedo tocarlos?

Ya los estaba tocando.

–¿Te gusta o te duele cuando te hacen eso?

–Ya nos dirás tú si te gusta o no te gusta cuando seas mayor.

Clara suspiró.

–Cuando yo sea mayor, vosotras seréis viejas.

Bel se revolvió en la cama, impaciente:

–Pero ¿leo o no leo?

Apagamos la bombilla del techo. Bel comenzó a leer la redacción a la luz de la linterna.

Era una historia corta de amor sin sentido, como de burla. Ocurría entre dos adolescentes mientras bailaban en una discoteca de música atronadora,

que nos les dejaba entenderse. Un relato muy áspero. De todas maneras, no presté mucha atención.

Mientras nuestra hermana leía, Clara me dijo al oído que ella también tenía que contar algo.

–¿También? ¿También qué? –pregunté en voz baja.

Bel se detuvo y nos enfocó con la linterna. El cuento había terminado.

–¿Ya está? –preguntó Clara.

Bel esperaba un comentario. Como no se producía, dijo:

–Genial, ¿no?

Clara aplaudió.

–Bastante bien –contesté con un bostezo–. Mejor que el otro que nos leíste. Leído en alta voz no se notan las faltas de ortografía.

Bel esta vez no replicó y las tres nos quedamos calladas. Me acaricié los mordiscos y chupetones con suavidad. Clara volvió a estremecerse.

Desde el establo subían ruidos y murmullos inclasificables. El cristal de las ventanas vibró sin motivo aparente.

Al cabo de un rato, Bel preguntó:

–¿Puedo ir a vuestra cama?

–Uf –objeté por mi parte.

Clara le hizo un sitio por su lado y Bel se deslizó entre las sábanas con un solo movimiento silencioso y veloz.

Le susurré a Clara en el oído.

–¿Y lo que me ibas a decir?

Tardó en contestar, como de costumbre:

–Le he visto eso a un hombre.

–¿Cómo? ¿Qué me estás diciendo? ¿Cómo ha sido?

No contestó y me puso un dedo en los labios.

Pensé en Abderramán y me llené de ira. Clara me susurró al oído:

–Era un desconocido, un señor con granos y cejas para arriba.

Bel protestó que no la dejábamos dormir.

Oí patear a las vacas y tirar de sus cadenas; luego la novilla bramó y todas la imitaron durante un buen rato, como pasa siempre.

Clara se posó en una peña muy alta, cerca de donde estaba sentado Ab, Abderramán, el moro.

Ya era abril y debería oírse cantar al primer cuco.

Abderramán fumaba y hablaba echando humo y palabras, sin ningún preámbulo ni explicación previa, como si lo que contaba no tuviera comienzo, o este se hubiera debilitado en el tiempo, o si cualquier comienzo careciera de importancia.

Que al Pas había venido porque le habló de él su amigo, el heladero, lo dijo solo al final. Y que él mismo viajó desde Tánger a las ciudades del otro lado de los montes del Pas solo lo mencionó al cabo de un rato.

Porque de lo que estaba hablando Abderramán cuando Clara, Clarita, la Niña Boba, logró concentrar su atención ya era de los arenales del Sáhara.

Hablaba del desierto como de una extensión de piedras vivas, con grandes espacios parecidos a los puertos y pastos pasiegos.

–Aquello, el arenal, parece que está muerto, pero en realidad está lleno de bichos que salen por la noche pero que no se ven.

–¿Pican?

–Sí, hay que tener cuidado, mucho cuidado.

–¿Los viste alguna vez?

–Más bien los sentí. Son como sombras y palpitan.

–¿Te dieron miedo?

–No, yo nunca tengo miedo.

Abderramán mencionó la región del sur a la que el heladero y él mismo habían emigrado dejando a su familia, y que estaba allá abajo.

–¿Qué está abajo y qué está arriba respecto a qué? –preguntó Clara.

–Bueno, es lo que llamamos el sur; el sur solo existe porque también hay un norte.

La miró con fijeza y Clara aguantó la mirada sin apartar la suya.

–Quieres saber del heladero, ¿verdad, guapa? Por eso has venido hasta aquí arriba. ¿Tu madre no te ha dicho que no hagas preguntas, y que el que no sabe no habla?

Clara asintió en silencio y se aplanó sobre el lugar en que estaba sentada.

Ahora era una tortuga sobre una piedra blanca.

Ab aspiró el humo del cigarrillo y lo contuvo en los pulmones:

–Pero tú y yo tenemos nuestro particular acuerdo, ¿no es así?

Espiró el humo en forma de columna transparente. Abderramán continuó hablando, acompañándose de vez en cuando del abrir y cerrar del encendedor zippo, a manera de talismán:

–Tánger está en el norte de Marruecos. Una ciudad grande, con muchos palacios. Tiene cafés con terrazas sobre las murallas, y buenos hoteles. Algún día los podrás visitar, seguro.

Dirigió la vista al panorama que se divisaba ante ellos y que terminaba en un azul de mar, o en una nube de color azul que ocultaba el verdadero mar.

–Mi amigo era el jefe del servicio de dulces y helados en aquella famosa fiesta de Forbes.

La columna de humo de tabaco se iba deshaciendo poco a poco en el aire.

–Forbes es un millonario americano, un hombre duro, con una sonrisa en la boca y un puño de hierro. ¡Menudo es míster Forbes! Muy exigente, ¿sabes? Paga bien y dice que si su dinero es bueno, también tiene que serlo el producto que compra. Estamos hablando de alta repostería, de invitados que salen en las revistas del corazón y también de los que prefieren no ser mencionados. Pero a todos les gustan los helados. Una gran fiesta de cumpleaños era lo que quería dar míster Forbes, precisamente en Tánger, donde tiene el palacio de Madoub.

Después de esto, se produjo un momento de silencio.

–¡Helados Mantecón! ¡Helados Mantecón! –exclamó a gritos, de pronto, Abderramán, como si hubiera enloquecido.

Clara se sobresaltó.

–Tranquila, así pregonaba los helados mi amigo Mantecón, el heladero español. Míster Forbes se los solía comprar en la medina de Tánger, donde estacionaba el carrito. Tomó a sus helados de nata tanta afición que contrató a mi amigo para que los sirviera en su fiesta de cumpleaños, un fiestón que iba a congregarse a ochocientos comensales. Ya ves, caprichos de millonario.

Ab entornó los ojos.

–Míster Forbes siempre intenta quedar bien con sus invitados, porque son gente importante, de alto rango, la gentona, podríamos decir. Mi amigo y maestro el heladero tenía mucho conocimiento de esa clase de personas. Y yo fui aprendiendo gracias a él. Me fue explicando quiénes eran protagonistas y

quiénes eran solo actores secundarios. El señor Agnelli, por mencionarte a alguien, era muy elegante y comía con gran refinamiento, casi como si no moviera las mandíbulas, al revés que el gran glotón Henry Kissinger, que lo hacía con la boca abierta y se podía ver el bolo alimenticio dando vueltas allá en la tráquea. Una asquerosidad, un abuso. Yo hacía de ayudante de Mantecón, ¿sabes?, y esa noche estuve más cerca de los invitados que él mismo, que tenía una responsabilidad muy grande en la marcha del banquete y estaba en cocinas. Me gustó mucho servir el helado a Mike Jagger y a Jimmy Carter, quien me preguntó de qué era el helado y yo le dije: «Es un buen helado de pura nata, señor presidente. Cream of ice cream, sir.»

»Don Emilio Botín también estaba en la fiesta, sentado junto a don Robert Maxwell y don Rupert Murdoch; don Emilio muy moreno y sonriente, con un fez en la cabeza, y don Robert cubierto con una capa árabe de fantasía. También estaban los príncipes marroquíes Sidi Mohamed y Sidi Mulay Rachid, hijos del rey Hassan, que iban de smoking y tenían un aspecto algo melancólico, como si se estuvieran aburriendo. Había varias presentadoras de televisión y algunas modelos de las que me impresionó su altura, que no se nota tanto cuando salen en las fotos y en las teles, pero que al natural son imponentes, como si no fueran de este planeta. Me llamó la atención que cuchicheaban entre ellas y a veces iban al baño juntas, y que siempre estaban muy serias hasta que una cámara las enfocaba. Entonces estiraban los labios hacia los lados y exhibían unos dientes blanquísimos.

»En la cocina todos estaban nerviosos, porque no se podía empezar a servir la cena hasta que hiciera su aparición en el patio del palacio Elizabeth Taylor, que es actualmente la novia del señor Forbes. La señora Taylor tardaba en aparecer y los invitados hacían miguitas de pan y bebían champagne en la interminable espera. Mantecón estaba preocupado por el posible desmerengamiento de los helados y dulces que debían servirse al final de la cena. No quería que se derritieran bajo el calor de las antorchas pero tampoco que se quedaran como témpanos en los congeladores de la despensa. Por fin, un rumor creciente anunció la aparición de la novia y del propio anfitrión. Todos aplaudieron, menos la guardia de honor que había mandado el Rey de Marruecos, y nosotros los camareros. En esos casos los camareros solo nos ponemos en posición de firmes, como los soldados. Militares y camareros no aplauden en acto de servicio, *habiba*.

»La señora Taylor repitió del helado varias veces, si bien es verdad que

casi no comió otra cosa, solo unas uvas y diez o doce bolas de helado. Lo ponderó mucho, y yo se lo dije a Mantecón, al que se invitó a salir de la cocina para saludar. Y ahí los tienes a todos esperando al heladero...

Movió la cabeza y entornó los párpados. El viento trajo una lluvia de gotas como alfileres e hizo extraños remolinos.

–Me parece estar oyendo los timbales, las chirimías y los relinchos de los caballos, nerviosos, golpeando con sus cascos la arena de los senderos.

Abderramán se interrumpió en ese momento. Dos bultos de persona subían hacia la cabaña, caminando entre las vacas, que pastaban indiferentes.

El Estudiante iba delante, guiando a otro hombre de traje oscuro, quizá gris o verdoso, con corbata imprecisa. El hombre respiraba con dificultad por la altura, pateando la tierra, inseguro. El Estudiante le estaba esperando, le esperó, y después se quedó quieto, señalando la casa en lo alto de la cuesta.

El hombre siguió hasta la puerta de la cabaña; el Estudiante dio media vuelta y se perdió de vista. Antes de que el hombre llegara, ya había salido Margarita a la puerta, secándose las manos.

Clara y Abderramán vieron de lejos cómo discutían y cómo el hombre, cuyo traje decididamente era azul, tomaba notas en unas hojas grapadas y después se las daba a Meg para que firmara. Y cómo ella se negaba y ni siquiera aceptaba coger el bolígrafo, o lo que fuera, que el hombre le tendía con el brazo extendido.

Ahí acabó el encuentro, y el hombre se volvió a dirigir hacia la carretera, apresurándose bajo la lluvia y alisándose el pelo alborotado por el viento.

Clara se encogió sobre sí misma. Abderramán se pasó la mano por la cara y se quitó la chaqueta para cubrir a Clara de la lluvia. Clara temblaba y, al acurrucarse contra el cuerpo de Ab, sintió una sensación de fuerza y seguridad.

Pero el moro se apartó de ella enseguida para acudir a sus labores. Empuñó con fuerza la hoz y reanudó la siega interrumpida. Clara volvía a sentirse sola allá arriba, sin nada en que se le ocurriera convertirse.

Hasta que se dijo a sí misma, en voz alta:

–¡Soy un huevo!

Cada vez que un hombre con chaqueta y corbata se dejaba ver así trajeado

por el Pas, era señal de que algo malo sucedía. O bien era alguien del banco o bien era alguien del juzgado. Esta vez no. El hombre que subió hasta la cabaña del fin del mundo no pertenecía a ninguna de las dos cosas. Se presentó como inspector de Educación del distrito y declaró su nombre propio, cosa que no hacían los del banco ni los guardias.

La madre, nada más oírle empezar a hablar, se dio cuenta de que se tenía que enfrentar a algo distinto, sobre todo cuando el visitante empezó a intercalar la frase «mire usted» cada dos por tres, como si eso fuera una prueba de lo que estaba diciendo.

–Su hija Clara Bustamante está en edad escolar, y por el momento nunca ha pisado una escuela.

Se puso las gafas para leer en los papeles y se las quitó para hablar, con gesto estudiado.

–Nunca, lo que se dice nunca –repitió.

Como Margarita no contestaba nada concreto, ni discutía, ni se disculpaba, el inspector empezó a discutir consigo mismo:

–No, si es que al final, mireusté, la culpa la va a tener Inspección por dejación de funciones, y va a tener que intervenir la fiscalía de menores. Eso es lo que vamos a conseguir, mire.

El inspector permanecía con los ojos fijos en aquella mujer de pelo rojizo y ancho cinturón de hombre en torno al talle.

Durante un momento, solo se oyó la lluvia sobre el tejado de pizarra y los goterones que caían del alero.

Margarita tardó en responder, como si esperara que el otro quedara un poco más mojado ahí afuera, y luego dijo que la niña estaba bien atendida y que todo debía de ser una equivocación.

El inspector se encogió de hombros:

–Las cosas son lo que son, mireusté, y eso es lo que consta en el expediente. Y lo que se refleja en un expediente son hechos y no explicaciones, ¿entiende?

Margarita se negó a firmar el escrito y darse por enterada. Como si el otro nunca hubiera venido y la situación no hubiera existido.

Llegó la noche y toda la familia se dispuso a cenar. De la visita del inspector no se hablaba; tampoco se habló al acabar, ni nadie preguntó nada. A Abderramán se le daba de cenar en la misma mesa, pero cuando las cuatro

mujeres ya habían terminado. Después, recogía la mesa aquella a quien le tocaba hacerlo.

Le tocaba a Bel.

Abderramán salió al prado, para fumar al raso cortante de la noche.

La gata se refregó contra las piernas de las tres hermanas, una por una. Estaba mimosa, rara. Bel le acarició el lomo y Clara se estremeció. Poco después, al animal se le erizó el pelo y quedó como muerto en la escalera. Las vacas debieron de notar alguna sensación anómala y dejaron de rumiar. Un vaho denso de respiraciones subió por las rendijas del establo y el aire se condensó en los cristales de la ventana. Todavía no pasaba nada y ya estaba pasando algo.

La gata se levantó. Solo había sido una de sus simulaciones, y su conocido carácter se tomaba a risa. Así que la noche podía seguir de manera apacible o torcerse de pronto.

Cada una de las mujeres se enfrascó en sus tareas, menos Clara, que se quedó mirando a las otras con ojos inquietos.

–La gata está en celo –dijo Val.

En ese momento, a Bel se le cayó una cuchara al suelo mientras se llevaba los platos de la mesa.

La madre le dijo que la recogiera justo cuando Bel, que ya lo iba a hacer, que lo estaba haciendo, no lo hizo: se detuvo al oír la orden, con la mano en el aire.

–Estoy en ello, ¿no?

No la cogió, sino que siguió con los platos hasta el fregadero. La cuchara se quedó en el suelo.

Clara se acercó para hacerlo ella.

–Le toca a tu hermana, deja la cuchara donde está –cortó Margarita.

Bel se acercó a la cuchara de nuevo, la recogió con gesto de fastidio y tropezó con el pico de la mesa al levantarla, con lo que la cuchara rodó otra vez por el suelo.

–¡Joder, joder! –exclamó Bel, y se echó a reír

La madre elevó la voz para decir que no le veía la gracia. Bel replicó algo moviendo los labios en silencio, algo que solo pudo leer Margarita.

La cosa pudo terminar ahí, pero no fue así.

–No me hagas que te pegue –reprochó Margarita con voz ahogada, cargada de fatalidad.

Alzó la mano amenazadoramente y Bel se tiró al suelo, como si le hubiera pegado.

Val intervino:

–No hagas teatro, hermana, que pareces un futbolista exagerando la entrada de un contrario. No te ha tocado.

Pero Bel no se levantaba del suelo y se agarraba una pantorrilla.

Entonces Margarita quiso utilizar su ancho cinturón, el arma definitiva, pero Val se lo impidió.

–¿Te pones de su parte? –dijo Margarita más asombrada que enojada.

Val y las otras dos hermanas permanecieron calladas.

La madre, Margarita, mama, temblaba de ira y jadeaba. Pero aun así les golpeó con el puño, tanto a Val como a Bel.

Clara estaba pálida como una muerta.

Val me dijo que la pelea solo se detuvo por eso, por Clara, que si no, la cosa se hubiera puesto aún peor.

VALEN

Mama dejó de hablarme. Nos tropezábamos constantemente en la cocina, en la escalera, en la puerta, en el establo. Casi nos rozábamos, pero evitábamos el contacto de nuestros cuerpos. Y no intercambiábamos ni una palabra, porque las palabras pueden traicionar incluso al que las piensa antes de pronunciarlas.

En cambio, yo discutía con mama en el espejo, cuando nadie me podía oír. Me había entrado una obsesión, una manía que iba creciendo y casi me quitaba el resuello:

–Mama, joder, creo que he notado que a veces empiezo a hacer gestos como los tuyos, movimientos, aspavientos y voces. Ahora mismo estoy haciendo eso de inclinar el cuello y de sacudir mi melena, que es tu pelo rojo, y noto estos pechos altos tuyos, y también pienso que con la leche que mamá me envenenaste de ti, y que poco a poco me vuelvo esa mujer que eres.

Dejé de hablar en voz alta un momento, por si alguna de mis hermanas me estaba oyendo y luego me hacía gestos con el dedo en la sien de que me estaba volviendo loca.

No había nadie, solo la gata teatrera. De todas maneras, la eché de la habitación para poder seguir tranquila:

–En los ojos creo que salí a padre, en el color oscuro, y las cejas tampoco son como las tuyas. Así que te miro y por lo menos te veo con los ojos que son los de padre.

Esperé un poco para decir lo que más le dolía:

–¿Qué le hiciste a padre para que se marchara?

Decidí darnos una tregua.

Mama planchaba en la misma mesa en que Bel estudiaba y donde tenía los apuntes y los libros. Así que hasta que Bel no bajaba al instituto no se podía planchar, y la ropa se quedaba en un cesto. Pero desde la discusión la pila de ropa iba aumentando de tamaño, como una montaña tambaleante. No hablarnos en la mesa y dejar que blusas, faldas y pantalones quedaran

engurruñados era una forma de castigo a nosotras tres, Clara incluida, a pesar de que ella no tuviera más culpa que ser nuestra hermana.

Decidí planchar yo misma, aunque no entraba en mis tareas. Mama había bajado al banco y tardaría en subir, volver al dulce hogar. Clara estaba con el moro, cuidando las vacas y mirando pasar las nubes.

Hice un alto para descansar las lumbares. Había planchado y planchado, y la pila de ropa no parecía disminuir; según retiraba una prenda tras otra, se iba hinchando como masa de pan.

Salí al prado y al aire de abril. Trepé hasta la peña para pillar cobertura telefónica. Llamé a Ludi y contestó enseguida:

–Te estaba llamando, te pensaba llamar..., quiero decir.

Me eché a reír; el escritor era él, pero a veces las palabras no le obedecían.

Intercambiamos algunas frases y ternuras. Quedamos para esa tarde, en el Bar del Cruce. En realidad, éramos más efusivos por teléfono que luego, cuando estábamos juntos. Excepto mientras hacíamos el amor, claro. Pero entonces qué importaban las palabras.

Colgué y le volví a llamar, porque se me había olvidado pedirle algo.

–No te olvides de la medicina de Clara y de recoger mis zapatos del zapatero.

–A tus órdenes, mi amor.

Ludi Pelayo Pelayo es uno de los novios mejor mandados que he tenido. Y el más guapo.

Después de descansar un rato, decidí volver a casa. Mama ya estaba allí y planchaba, de espaldas a la puerta, dando algún suspiro de vez en cuando. Inclina la cabeza y por la frente le caía un mechón rojo sangre.

Comenzamos a hablarnos por primera vez en varios días, y solo para intercambiar frases corrientes, que si la ropa estaba demasiado húmeda, o la plancha demasiado fría. Examinó algunas de las blusas ya planchadas por mí y las volvió a repasar.

–Del revés; las camisas y eso se empiezan a planchar por el revés.

Y, de pronto, añadió con el mismo tono de voz con el que hablaba de las tareas de la casa:

–¿Sabes?, tu padre, cuando se fue, se despidió de todas vosotras, sí. Lo hizo a pesar de las prisas, y de que le perseguían. Nunca lo he contado hasta

ahora, ¿para qué volver a algo que no tiene arreglo ni vuelta de hoja? –Siguió pasando la plancha y añadió–: Os dio un beso mientras estabais dormidas. Y casi no pudo abrazar a Clara porque se le saltaban las lágrimas y sollozaba. No quería despertaros. A Clara no la besó ni abrazó, y a lo mejor por eso Clara resultó así.

Quise preguntarle si a ella la había abrazado y besado antes de huir del valle, pero me callé.

Mama extendió una sábana sobre la mesa. La alisó con la mano y estiró los bordes.

–Me abrazó, sí, a mí me abrazó –contestó, con voz algo ronca, sin que yo hubiera formulado la pregunta–. Después, desde la puerta, me llamó: pronunció Meeeeeg, igual que los primeros días en que salíamos juntos y nos reíamos de esa forma de llamarme. A pesar de que era una despedida, se echó a reír. Tu padre lo mejor que tenía era la risa, si es que tenía algo bueno.

Mama se pasó el dorso de la mano por la frente, y luego por los ojos.

–A sus hijas las quería más que a nada en el mundo, mucho más de lo que os quiero yo. Porque se marchó por vosotras, no por mí. Me dejó sola, ya ves, me abandonó para protegeros. –Dobló la sábana y añadió–: Para que las faltas de los padres no cayeran sobre los hijos.

Me dieron ganas de acercarme a madre y estrujarla contra mí pecho o algo así, pero me contuve. Y pensé en padre, que debía de haber sido guapo y simpático, como Ludi, y luego, como el pensamiento no se está quieto, voló hasta las hijas de Ludi, unas hijas a las que yo nunca había visto en persona y cuyas imágenes eran solo nombres.

Mama me estaba hablando de Clara desde hacía un momento.

–¿Me estás escuchando? Clara no es tonta, ni retrasada, pero si se la envía al colegio, o a la escuela de Vega, si la llevamos allá abajo, digo, seguro que le hacen sentirse mal. A las personas que no encajan las consideran insuficientes mentales.

Por mi parte, estaba de acuerdo con mama. Yo también prefería tener a Clara a salvo de profesores y de alumnos.

–Estoy pensando en salir este verano a vender helados, como hacía tu padre. En esta casa tiene que entrar dinero.

Me quedé de piedra.

–Y me llevaría a Clara conmigo. No estoy dispuesta a que me la quiten. No, a mi niña no.

Mama dejó la plancha un momento y cogió uno de los pañuelos recién doblados para pasárselo por los ojos y para sonarse.

–Déjalo, mama, ya sigo yo –dije, asiéndole la muñeca.

–Ya ves, los hijos... Tu novio está casado, ¿no es así? Eso no tiene importancia, hoy en día. Pero sí la tienen los hijos. Entre tú o sus hijos, elegiré los hijos. ¿O son hijas? Peor me lo pones.

Tomó de nuevo la plancha y mojó el dedo en saliva para comprobar la temperatura y ahí acabó la conversación.

Estaba lloviendo. Ludi y yo paseábamos por la carretera cubiertos con impermeables. El paso de los camiones salpicaba el agua de los charcos y nos apartábamos de la calzada juntándonos el uno al otro, empujándonos y agarrándonos a la vez. Al fin, entramos en el Bar del Cruce para guarecernos.

Todos los parroquianos pasiegos sabían quiénes éramos, pero no mostraban reconocernos, hacían como si no nos vieran, a no ser que Ludi o yo tomáramos la iniciativa. Hasta ese momento, como pareja éramos invisibles. Ni siquiera nos miraban. En cambio, cada uno de nosotros por separado tenía amistades y conocidos, y cuando nos encontrábamos con ellos también por separado, sí nos saludaban, aunque fuera con un mero movimiento de cabeza.

Sacudimos los impermeables y fuimos a la barra. Había tres o cuatro personas ante vasos de vino. En las mesas se jugaba a las cartas bajo la luz mortecina, sin que los jugadores parecieran tener dificultades en distinguir las figuras de la baraja.

La mayor fuente de luz era un televisor, que retransmitía un programa de semifamosos, entre moscas y polillas que revoloteaban alrededor de la pantalla.

En algunas ocasiones, Ludi intercambiaba algunas palabras con los silenciosos pasiegos, preferiblemente sobre el tiempo o sobre el avance de la instalación de los generadores eólicos.

Aquella noche del húmedo abril, mi novio atrapó la atención de los parroquianos hablándoles de las piedras milenarias y de los árboles sagrados: robles, hayas, encinas, tejos. De árboles y piedras sus interlocutores sabían más que él, así que mi novio comentó su última investigación literaria para el *Diario del Norte*: el Perro Sanador, que curaba las heridas con su lengua. Las heridas cicatrizaban y las pupas se secaban sin necesidad de pomadas o

ungüentos. Una tradición en la que el perro, en vez de ser el acompañante de cazadores depredadores, es un ser benéfico asociado a la antigua medicina.

–Aunque se trataba de un perro como el que hoy pueda tener cualquiera en la ciudad –decía Ludi midiendo la atención que despertaba en los parroquianos–, también era algo más.

Los oyentes hicieron girar sus vasos sobre el mostrador, mientras contemplaban el fondo turbio del vino.

–Hablamos de un dios, solo que se trata de un diosecillo peludo y misterioso –explicó.

–Un perro puede llegar a ser más querido que un hijo, o por lo menos que un sobrino –sentenció uno de los jugadores de cartas, sin apartar la mirada del juego.

–Un chucho no te da nunca una mala contestación –dijo una voz en la barra.

Bromearon sobre ese perro sagrado que ahorraba la compra de productos farmacéuticos.

Ludi, el simpático Ludi, consideró que ya era dueño de la escena. Pasó a hablar de los chistes que se hacían sobre los habitantes de los valles, de su astucia y tacañería, y dijo admirar el espíritu rebelde de esos celtas perdidos en medio de la modernidad.

Sus oyentes le escuchaban con atención creciente. Y de pronto él se rió; Pelayo Pelayo se rió de lo que él mismo estaba diciendo, dejando sorprendidos a los que mostraban interés. Dijo que todo eso eran teorías y tradiciones sin verdadero fundamento, Perro Sanador incluido, pero que estaban bien para una noche de lluvia, mientras se esperaba a que escampara.

Los pasiegos, esta vez, permanecieron callados.

En aquel momento, me subió a la cabeza la idea de que Ludi Pelayo Pelayo era un extraño cualquiera acodado en la barra de un bar cualquiera, y que para mí era un desconocido al que veía por primera vez.

Escampó. Salí a la calle, sin decir ni adiós. Ludi no tardó mucho en seguirme; paseamos en silencio bajo los grandes aleros de las casas. Él esperaba que yo dijera algo, pero permanecí callada. Las tinieblas de las afueras de Vega nos rodeaban y, pasado el semáforo del cruce, apenas nos veíamos el uno al otro.

–¿Se puede saber qué mosca te ha picado? –preguntó él al fin, en tono

campechano.

–¡Pero qué brillante eres, qué brillante y qué popular! ¡Y qué ingenioso!

Él debió de hacer algún gesto en la oscuridad. Al menos eso imaginé.

–Los has dejado impresionados, profesor –añadí, y volví a callarme.

Como él parecía no entenderme, le aclaré:

–Hacer esos comentarios después de atraer su atención es humillarlos, ¿es que no te das cuenta?

–Vaya, lo siento de veras, no era mi propósito... –contestó–. En realidad, solo me burlaba de mí mismo. No tenía intención de nada al comenzar a hablar, me dejé llevar por la conversación, aunque ya sé que el único que hablaba era yo...

Oía su voz y el repiqueteo de las sílabas, y eran como las gotas que caían de las ramas desnudas de los árboles, carentes de significado.

Hice un esfuerzo por hablar y por explicarme.

–Me vienen malas ideas, Ludi Pelayo, qué le vamos a hacer. A veces me entran dudas de quién eres tú, y de paso de qué hago yo saliendo contigo.

Ludi me cogió por los hombros; me sentí algo reconfortada. Tocar persuade más que hablar.

–No tengo un buen día, ¿sabes?...

Seguimos caminando.

–Hoy un inspector de educación ha venido preguntando por Clara –confesé a modo de explicación–. Va a abrirse un expediente. Mi hermana está bien atendida, sabe leer, y no es tonta..., tiene un gran sentido de la música, por ejemplo. Pero puede ocurrir que alguien la haga sentirse tonta.

Llegamos al coche y Ludi me abrió la puerta.

–Tendré que ir yo misma a Torre para frenar el que la cosa siga adelante.

–Ah, entonces te puedo acompañar, si quieres. Siempre que estés decidida a ir a unas oficinas autonómicas, lo cual por otra parte es llamar la atención de la administración, que quizá no volviera a acordarse del caso si tú no preguntas. De todas maneras, yo voy contigo, allí conozco a gente... Claro, que solo si a ti te parece bien dar ese paso, que quizá no sea necesario.

A la luz del salpicadero, la cara de Ludi era pálida y vercosa. Se me ocurrió preguntarle:

–¿Tú abandonarías a tus hijas por alguna razón? ¿Te irías de casa y las dejarías con su madre?

–A ver, a ver. Eso no es una pregunta, es una de esas cosas tuyas que te

vienen de pronto. ¿Por qué te torturas y me torturas a mí a la vez? Mira, te voy a llevar a casa.

—¿A casa?

Me encontré diciendo:

—¿A qué casa? ¿Dónde vivimos? ¿Es que vivimos juntos?

El coche empezó a deslizarse suavemente.

BEL

Mi hermana Val llegó con un paquete de medicinas y con sus zapatos de tacón envueltos en una hoja del *Diario del Norte*. Tenía un aspecto raro, y yo enseguida pensé, porque de esas cosas me doy cuenta enseguida, que venía cabreada con su novio, ese hombre que tanto mal le hacía, y le hace, porque yo creo que todavía revolotea dentro de su pecho como un pájaro que no encuentra escape.

Val se metió, se mete, en la cama y yo enciendo la linterna, ilumino su cara brevemente y ella se la tapa con las manos.

Cómo me gustaría a mí tener mal de amores, notar los mordiscos del sentimiento. Aunque, a decir verdad, yo estoy enamorada. Solo que mi amor no se dirige a una persona concreta. Amo sin objeto amado.

Tengo, eso sí, una lista de hombres de los que puedo enamorarme. Por una cosa o por otra lo voy dejando, pero la lista la tengo, y cualquier día me levanto y me decido por uno de ellos. Debo hacerlo pronto porque, en una de esas, cualquiera de las chicas del instituto se me adelanta y la jodemos.

La lista la encabeza el profesor de cultura plástica y visual, que es algo mayor y casado, pero con el que me podría enrollar en una aventura de sexo y cine. Le sigue Jorge Pinto, un muchacho de color —o sea, negro— que proviene de Angola y de Brasil, su madre es de un sitio y su padre del otro. Tiene una voz muy suave y me parece algo femenino, a pesar de ser negro. Es muy alto y guapo. Después he escrito en la lista el nombre de un chico de Valle, Víctor Ceballos, al que creo que le gusto mucho. Es pasiego como yo. Hay un cuarto en la lista, al que solo he puesto porque su familia tiene dinero y no es de descartar del todo, tal como están las cosas. Le llamamos el Cerdito Motorista, ya que siempre va en moto. A su padre, el constructor, le llaman el Cerdo de Oro.

Veremos a quién le toca la suerte de convertirse en sujeto activo y tener una relación completa conmigo.

En esta familia, la más feliz es Clara, que aún no tiene estos ardores. Yo no estoy descontenta, la verdad, solo que tengo que representar una cierta amargura para que mis hermanas no me envidien. Porque hasta mi propia

madre me tiene algo de envidia. ¡Mira que tener envidia una madre de su propia hija!

Hace poco vi mear a Abderramán. Lo hacía sobre la pila de estiércol y yo estaba sobre la peña en la que él suele sentarse. Me entró curiosidad, porque dicen que los norteafricanos tienen un miembro largo y curvado. No lo pude ver bien, pero sí calcular la longitud por la altura a la que llegaba la micción. No tengo elementos de comparación con otros hombres, así que nada.

Un día pondré estas palabras por escrito, y haré como que pertenecen a la ficción, para que Clara, Valentina y mama no se vean reflejadas en la historia.

Y ahora dejo de pensar para poder dormirme, para descansar de ser yo misma todo el día.

Las mañanas, al despertar, son como una hoja en blanco.

Yo silbaba en inglés, que es una forma de silbar como otra cualquiera, mientras me arreglaba, para dar a conocer a todos que el cuartito de regaderas y cubos que utilizábamos de aseo estaba ocupado. Más que nada porque ahora había un hombre en casa, aunque fuera un criado.

Luego canté lo que sabía de «Womanizer», de Britney Spears, porque Beyoncé se me había desgastado por el uso y ya la cantaban hasta los de primaria.

El espejito del cuarto de aseo tenía motas negras de humedad, y una se encontraba siempre rara al verse. Así que subí al cuarto de mama para mirarme en su espejo. Parecía que a Valen le molestara el que lo hiciera, como si el espejo fuera suyo, o mi imagen se fuera a quedar allí, como un habitante permanente.

Valen, en ese momento, estaba sacando las vacas del establo y hablando con Abderramán para que abonara el prado.

Clara vio que me arreglaba y me preguntó con quién me iba a ver. Le dije que con nadie especial, que me iba corriendo a coger el autobús para el instituto.

—¿Y por qué te pintas los ojos y te das color en los labios?

—Por nada, porque me gusta.

—¿Y por qué te has puesto los zapatos de Valen?

—Chss... No hace falta que lo vayas pregonando. Hoy no va a salir y no se dará cuenta.

—Te has peinado distinto.

–¿Ah, sí? Bueno, a veces hay que cambiar para no aburrirse de uno mismo.

Me miré otra vez en el espejo. Me encontré guapa. ¿Soy guapa, como Valentina? ¿O solo soy un bollo tierno, una chica de mucha teta y piel lechosa?

Se me estaba haciendo tarde. Corrí colina abajo para coger el autobús. Me descalcé para correr más y, con los zapatos en la mano, llegué justo cuando aparecía el autobús.

Bajamos rápido, con rechinar de ruedas en las curvas cerradas. El conductor sonreía, como si se burlara del miedo y del susto del pasaje. Yo le animé:

–¿Esta tartana no puede correr más?

A mi lado, una de las vendedoras de verduras se persignó.

El conductor solo tocaba el freno al cruzarse con algunos vehículos militares que subían en caravana hacia la base de vigilancia aérea. Saludé a los soldados de los camiones.

Me di cuenta de que estaba contenta y yo misma me preguntaba por qué.

Mientras estábamos en las taquillas –en aquel pasillo del instituto pintado mitad de azul, mitad de blanco– el Cerdito Motorista se ofreció a llevarme de vuelta a casa en su moto.

–Y tomar unas cañas.

No le dije que no.

Al mediodía, antes de entrar a clase de mates, estuve un largo rato en la biblioteca. También estaban Víctor Ceballos y dos o tres chicas que, más que estudiar o lo que fuera, charlaban en voz baja entre ellas. Yo tenía que repasar las funciones de probabilidad de las variables aleatorias, el trabajo de la semana. Cada valor x de la variable puede tener su propia probabilidad, su «esperanza matemática», lo llaman. Me encontré atascada y durante unos segundos me sentí un poco mareada. Me aferré al borde de la mesa.

Las matemáticas son como los sueños, solo están en el cerebro. En las pesadillas, si te caes desde algún sitio, no te matas. Esa es la diferencia con caerse estando despierto, que te das una hostia, eso es lo que separa los sueños de la realidad.

Volví a la tarea. Me salió un valor negativo –algo estaba fallando, ese valor

no es válido—, y fue Víctor Ceballos quien me ayudó en la operación. Después me dijo que le debía una caña a la salida, por ayudarme.

Tampoco le dije que no.

Durante la clase, el profesor de matemáticas —aunque no era el profe de matemáticas, que estaba de baja, sino el profesor de física, su sustituto— llenó la página de incógnitas con diversos superíndices y subíndices.

—En caso de un recorrido infinito, la esperanza existe si la serie resultante es afín.

Dejó el rotulador y se quedó mirando la página para ver si todas las operaciones eran correctas.

¿Dónde estaba Pinto? Pinto no había venido al instituto ese día, o yo por lo menos no le había visto ni en los pasillos, ni en el patio, ni en la biblioteca, ni en la cafetería.

Un compañero me dijo que le había visto con Abascal.

—¿Con Abascal?

—Sí..., una chica con aparato en los dientes.

—Todas llevan un aparato en los dientes —dije.

Se me quedó mirando:

—Y tú, ¿quieres tomar una caña conmigo?

A ese le dije que no. Todavía existía la esperanza matemática de encontrarme con alguien que me gustara.

Al llegar a casa estaba distraída y sin saber muy bien lo que hacía, tan distraída que se me olvidó quitarme los zapatos de Val. Iba por la cabaña taconeando con ellos.

Yo estaba de mal humor, porque las personas inteligentes somos así, de humor cambiante.

Pensaba y taconeaba.

No me di cuenta de que Val podía aparecer de un momento a otro. Una bofetada me devolvió al mundo familiar. Primero sentí la bofetada y luego la vi a ella, a Val.

—¡Me has torcido los tacones! ¡Recién arreglados!

Como yo no tenía una contestación razonable, le di una patada.

Val me gritó:

—¡Marimacho! ¡Putas!

Me quité los zapatos y los tiré por la ventana.

–Ahí te devuelvo tus zapatos, si los quieres.

Bajé al prado y me apoyé en la rugosa pared de la cabaña, junto al establo. Las vacas estaban aún afuera, pastando a la sombra del pico mayor. La esfera del radar presidía la silueta de los montes.

Pude oír a Clara hablando con Val, que le preguntaba qué me pasaba y por qué yo estaba aún más bruta que de costumbre.

–Bel está enamorada de un chico, pero ella todavía no lo sabe –dijo Clara.

Luego volvió con aquella canción: «*I am the eye in the sky*», en un inglés que sonaba como si se hubiera roto algo.

Se fue hacia adentro de la cabaña, repitiendo el estribillo que había oído cantar a los soldados de la base, *luquin at yu, luquin at yu, luquin at yu...*

La había tomado fuerte con aquella canción, que se le había quedado en la cabeza como un moscardón atrapado tras un cristal.

Hice un esfuerzo, recogí los zapatos y entré de nuevo con ellos.

–Lo siento –dije con voz suave.

Val y Clara se quedaron sorprendidas. Yo también.

El murciélago se colgó de lo alto y dijo:

–O me cuentas algo o me lees.

Clara había decidido esa noche ser un murciélago; mi alada hermana aguzó su fino oído para escuchar alguna historia, verdadera o inventada.

Se agarró a los barrotes del cabecero de la cama cabeza abajo. Levanté la mirada para contemplarla apoyándome en la almohada.

–¿Qué prefieres? –dije.

Clara aleteó:

–Ya sabes lo que prefiero. Historias de amor.

Me revolví en la cama. Valen y mama estaban en la cocina haciendo cuentas. Parecían cavilosas y más silenciosas que de costumbre.

Hablé del amor, pero de manera general.

–El amor es como si te faltara algo –dije.

El murciélago movió sus membranas ganchudas, esperando algo más. Añadí:

–La otra persona te da lo que te falta.

–Y tú, ¿qué das a cambio?

–A mí nadie me ha pedido nada... todavía.

–Seguro que te lo piden.

El murciélago voló hasta la ventana y dijo:

–¿Te puedo hacer una pregunta?

Me levanté de la cama y me puse junto a Clara. A través del cristal se podía contemplar la noche negra y sin luces.

–Pero no le digas a nadie que te lo he preguntado –dijo, y añadió–: ¿Por qué a follar se le llama hacer el amor?

Me reí y la cogí por la cintura para devolverla a la cama. Se debatió, agitándose y retorciéndose.

–¿Pero qué clase de murciélago eres? Ya sé, un ratón con alas muy juguetón.

En la cama la sujeté con todo mi cuerpo. Clara pataleó y me pidió que la contestara. Así lo hice, sin dejar de frotarme contra ella.

–Supongo que si se hace con amor, todo es amor.

Val entró en la habitación; nos asustó por lo inesperado de la aparición.

–Pero ¿qué estáis haciendo? –exclamó.

–Nada –contesté–, solo jugábamos.

Val estaba muy seria, y tan antipática como siempre. Añadí, por decir algo:

–Por un momento he creído que eras mama, y nos has asustado.

–Pues ya ves, no soy madre, soy yo.

Se empezó a desnudar en silencio. Tenía un cuerpo largo y fino, como una modelo. Se cepilló la melena y apagó la luz. Por un momento, el color rojizo de su pelo ardió en la semioscuridad.

Clara, Clarita, la Niña, me dijo al oído que le fuera contando en los días venideros cómo iban mis amores. Le cuchicheé, antes de irme para mi cama, que sí, que se los contaría, suponiendo que los hubiera.

–Bueno, y aunque no los haya.

–Hija, te gustan las historias más que el pan frito.

Tanteé en la oscuridad y me metí en la cama. Me agarré con fuerza a la almohada.

Clara sacó el álbum de su escondite para ir a enseñárselo a Abderramán. Abderramán acababa de arreglar el establo y limpiar los cubos de ordeño.

La gata siguió a Clara, con una pata encogida y rígida. La niña cojeaba levemente, pero sin duda la gata exageraba la imitación.

Clara llegó a la peña en la que Abderramán descansaba del trabajo del día y se sentó junto a él; la gata lo hizo también, lamiéndose el bigote.

Como siempre, Abderramán inquirió si había visto merodear a algún extraño cerca de la cabaña y los prados o si alguien había preguntado por él.

La niña sacudió la cabeza negativamente; después abrió el álbum. Los separadores de papel de seda estaban más sueltos y arrugados que la primera vez que Valentina lo mostró a sus hermanas. Clara pasó el dedo por la alargada sombra que se veía en la fotografía ante el grupo de las cuatro mujeres, con la casa de Vega al fondo.

–Es la sombra de padre, ¿sabes? Es el que está haciendo la foto.

Abderramán la tomó y la acercó a sus ojos oscuros:

–¿La pequeñita eres tú?

–Esta guapa es Valentina, esta con el dedo en la boca es María Isabel, Bel, y la que está en brazos de mama soy yo.

–¿No hay más fotos?

–De padre no. Mama las rompió.

El criado pasó la mano por el pelo de Clara y la gata maulló.

Se pudo oír el motor de un tractor proveniente de la parte sombría de los prados. Y también se oyó la radio de alguno de los coches que los excursionistas aparcaban en lo alto de la carretera. Eso quería decir que había llegado el buen tiempo.

Abderramán dejó el álbum abierto sobre la peña. Como si el viento hubiera estado esperando ese momento, sopló suavemente sobre las hojas de papel de seda.

–Ab, te he traído una cajetilla de tabaco negro.

Lo dejó junto al álbum; Abderramán hizo un gesto de agradecimiento con la mano, llevándosela al corazón.

–Me tienes que seguir contando cosas del heladero –dijo Clara.

El criado no se movió ni contestó, con la mirada fija más allá de las montañas.

–¿Me estás escuchando?

–¿Eh? Claro que te escucho.

–Te estaba diciendo que me hablaras del heladero.

–¿De qué heladero?

Clara abrió la boca y su cara adquirió aire de boba. Abderramán encendió un pitillo protegiendo el encendedor de la alegre brisa.

–Ah, ya, ¿de Mantecón? –Abderramán entrecerró los ojos, cegados por el humo—. Vaya, vaya, así que quieres que te hable de Mantecón... El famoso heladero del sultán.

Los ojos de Clara brillaron y cerró la boca, secándose con la mano la reluciente baba que asomaba por las comisuras.

–Mantecón había puesto una cafetería en Mequinez, una cafetería que se llamaba..., se llamaba, déjame acordarme..., se llamaba Café de Salamanca. Estaba en la ciudad nueva, en la calle..., bueno, de la calle no me acuerdo, pero es como si lo estuviera viendo, con su terraza bajo el toldo rojo y su interior también de rojo, con una decoración entre morisca y de salita de estar de una casa de Burgos, pongamos por caso. Hispanoárabe funcional, podíamos decir, niña.

»Por esa calle pasó un día el sultán, al que también llamamos rey y emir de los creyentes, y que había probado los helados de Mantecón cuando era un joven y melancólico príncipe heredero. Un príncipe triste y aburrido, más bien gordito y fofo.

»El príncipe había probado los helados, como te digo, en aquella famosa fiesta del señor Forbes. Y se acordaba muy bien, porque el rey, su padre, le había abofeteado en palacio por tragón, por comerse todos los dulces y sorbetes que debía repartir con sus hermanos y hermanas a la puesta del sol de un día de Ramadán. Pero en la fiesta del señor Forbes sí que pudo tomarse la copa de helado de su hermano, arrebatándosela de las manos, y sin que este dijera nada. ¡Ñam, ñam!, y se tragó todas las bolas. Así que allí, desde aquel momento histórico, Sidi Mohamed supo quién mandaba en la familia. Él era quien iba a ser rey y podía comerse cuantas bolas de helado quisiera.

Abderramán dio una larga calada y siguió:

–Mequinez es como si fueran dos ciudades; una es la antigua, con sus palacios y sus turistas en pantalón corto, y la otra es la ciudad moderna, llena

de comercios y oficinas, con la gente moviéndose de aquí para allá, saludándose unos a otros, o sentada en los cafés viendo partidos de fútbol.

»En el Café de Salamanca se reunían los parroquianos principalmente para hacer negocios. También había parejas que tomaban el té. Y el rey, como te iba diciendo, al pasar camino de una mezquita que iba a inaugurar, hizo detener el coche para tomarse un refrigerio. Se acordaba muy bien del helado de crema de chantilly de la famosa fiesta. Con el rey se detuvieron los policías y cortesanos, y también algunos militares con sus guerreras llenas de chapitas de colores. Todos sacaron sus lenguas a la vez, como en formación, para saborear sus helados. Y durante unos minutos se oyeron lametazos y suspiros de placer en vez de taconazos y órdenes de mando. El Café de Salamanca se convirtió en un lugar de moda; ya ves, *habiba*, lo famoso que llegó a ser Mantecón en mi país, y lo lejos que puede llegar un pasiego cuando sale por el mundo con su cuévano a la espalda.

–¿Mantecón llevaba cuévano?

–Es una manera de hablar, tesoro mío, ya nadie lleva esas cosas.

La gata se revolcó por el suelo y se quedó con la barriga hacia arriba. Enseñó los dientes como si se riera.

Abderramán dejó caer su mirada sobre ella un instante y continuó:

–Un día bajaron, o sea, vinieron, unos guardias por la gran avenida que lleva a la callecita en que está el café y se pararon ante la terraza entoldada. Todo ello con gran aparato de motos y con un coche con el banderín de palacio del que rechinaron los frenos. Allí nunca sabes, cuando ocurre una cosa así, si es que te van a detener o te van a hacer ministro. Esta vez no fue ni lo uno ni lo otro. Mantecón salió de la cocina limpiándose las manos con el delantal y luego quitándose de un tirón, mientras el oficial de la Guardia Real se cuadraba ante él. Que le iban a llevar a palacio, que el rey le mandaba llamar, eso dijo el oficial de uniforme rojo, cubierto con una gran capa blanca.

»Mantecón fue llevado a una sala del palacio, una sala de columnas sin sillas ni mesas, solo con un gran banco a lo largo de una pared de azulejos. Nadie le dijo que se sentara, y Mantecón estuvo esperando mucho rato, allí, de plantón, apoyándose una vez en un pie y otra en otro. Los rayos del sol iban recorriendo el enlosado geométrico, como si se tratara de un reloj, y él seguía a la espera.

»Se sentó por fin en una esquina y hasta dio una cabezada y casi se cae al

suelo. Entonces se echó a reír de sí mismo, porque Mantecón tenía un carácter muy bueno y animoso, aunque con algunas sombras. Decidió salir a explorar, a ver qué pasaba, y cuando empezó a moverse por la sala llegó un señor con traje y corbata que le dijo que le siguiera. No se disculpó por la tardanza ni nada parecido, sino que mostraba mal humor, como si fuera Mantecón quien le hubiera hecho perder el tiempo a él.

»El rey le recibió en su despacho, y lo primero que le dijo fue que dónde se había metido, que le habían estado buscando por el palacio. Mantecón fue a disculparse, pero el rey le impuso silencio:

»“Calla, Mantecón, habla solo cuando se te pregunte.”

»Mantecón se quedó tan callado como esa peña blanca de ahí enfrente y se dispuso a escuchar:

»“Te he mandado llamar porque espero un favor de ti, y si me lo haces, te quedaré enormemente agradecido. Se trata de un compromiso muy grande que tengo con unos amigos míos y del reino: con el que fue presidente de Francia, Monsieur Chirac, y con el príncipe Salmán, de ya sabes dónde. Yo seré el anfitrión. Es una comida en el sur, en los grandes arenales, y me gustaría sorprenderles con tus helados, servidos al raso de luna, con sencillez, ya que solo seremos trescientos o cuatrocientos invitados, pero me interesa que todos queden encantados, y que guarden un buen recuerdo.”

»El rey se le quedó mirando:

»“¿No me respondes? ¿Te quedas callado?”

»Mantecón asintió sin pensarlo mucho. De aquel palacio se salía con el beneplácito del rey o se quedaba uno en el calabozo para siempre jamás.

»Mantecón viajó al sur en transportes militares, entre soldados, cocineros y policías. En otros vehículos se trasladaban caballos, y en otros más, jaimas, cuerdas y alfombras. El calor no molestaba demasiado, pero la luz hería los ojos y hacía guiñar los párpados. En la caja del camión tintineaban los utensilios de cocina de Mantecón y las espuelas de los jinetes apretados unos junto a otros.

»Tras un recodo, ante los camiones se abrió un gran espacio vacío, como del cielo al revés.

»Por aquel mundo de caminos que desaparecen tras su paso, los habitantes no dejan de moverse porque perecerían; la ruta la deciden las lluvias y los pastos, como en los valles del Pas lo hacen los vaqueros al llegar la

temporada de hierba. Las huellas de la gente y los animales quedan un momento impresas en la arena, y luego las borra el viento, al igual que lo que sucede cuando tú, Clarita, pisas el verde y después las hojas se esponjan para recobrar su forma.

En esos momentos, Clara se tendió en la hierba y ahuecó con su mano el lomo de la gata como si fuera un cojín. La gata permaneció quieta y sin ronronear hasta el final de la historia.

–Mantecón preparó la masa del helado en grandes marmitas metálicas, de las que se usaban para el rancho de los soldados, y la mantuvo a una temperatura adecuada rodeada de grandes bloques de hielo que renovaba cada dos horas. Los sudorosos soldados recibían una vaharada de brisa fresca cada vez que se levantaba la tapa para revolver la masa y que no se formaran cristales de hielo. Los cristales de hielo, Clarita, son los enemigos de un buen helado, cariño. Eso me lo enseñó Mantecón y es lo que distingue un rico mantecado de un miserable polo hecho con agua coloreada. Pero entre las marmitas y las ollas también se cocinan pasiones, fíjate tú, y resulta que el guisandero del rey sentía verdadera envidia de Mantecón, porque se daba cuenta de que Mantecón era más listo, estaba más preparado y hasta era mejor persona... Así que cometió un verdadero atentado culinario, echó a perder la masa, vertió inmundicias en las marmitas, sustancias nocivas..., horripilancias que no quiero ni nombrar. La magnífica presentación quedó estropeada, peor aún, pervertida. Eso era una derrota para Mantecón, perdería el favor del rey y quizá algo más..., de nuevo tendría que huir, esconderse, cambiar de territorio. Mantecón no tenía testigos del magnicidio contra su obra. Sintió ganas de agarrar por el cuello al cocinero real y ahogarle en el líquido verde en que se había convertido el chantilly. ¡Qué desgracia, niña! ¡Qué desconsuelo! Era una persona con mala suerte, a pesar de su talento... Quizá se merecía el castigo de Al-Hakam, el Gran Juez de todas las cosas.

Abderramán se quedó callado, con aire apesadumbrado y la mirada por encima de las montañas tras las que estaba el invisible mar.

La niña había comenzado a contagiarse de tristeza, se entristeció del todo y así seguía, con la cara larga.

Abderramán bajó la mirada:

–Su vida no había sido fácil, cometió muchos errores... Uno de ellos fue abandonar a su familia, y eso se lleva siempre dentro... Es algo de lo que no

te libras nunca, una cosa que te aprieta el corazón como si te lo fuera a arrancar. Bueno, yo no conozco los motivos de su abandono, nunca me los dijo, quizá no tuvo más remedio que hacerlo, cielo mío.

Y, al ver la expresión de Clara, añadió, con una sonrisa:

–Pero... ya verás, espera un poco a que ordene mis recuerdos... ¡Mantecón tenía recursos de sobra para arreglar la situación! ¡Hizo que los soldados ordeñaran cabras y camellas! ¡Una leche aún más cremosa! Lo que ya no tenía para la preparación eran especias, ni vainilla ni canela, pero lo suplió con dátiles y con queso de camella, sí, creo que fue con eso, y también le añadió ciertas hojas y pétalos. ¡Flores que proporcionan sueños e ilusiones! Polvillo de alguna mata, resinas de otra..., placeres especiales. No, no sé qué flores, él también tenía sus secretos, reina mía. Incluso con una persona como yo, tan próxima a él que casi parecemos la misma persona.

»Cuando terminó la cena bajo las estrellas y se sirvieron los helados, Mantecón contuvo el aliento... Esperaba la reacción de los comensales tras unos momentos de degustación que le parecieron eternos.

El presidente francés, Monsieur Chirac, fue el primero en dar palmas después de probar dos o tres cucharaditas, presa de una súbita alegría. Y el príncipe Salmán, tras acabarse su porción, se quedó como si hubiera subido al cielo, con la cara iluminada. En esos momentos se oyó una música andalusí que venía de más allá de las jaimas plantadas junto a las dunas, y nuestro señor, el rey Mohamed, empezó a balancear las caderas a izquierda y derecha, a chasquear los dedos y a menear el trasero en torno a la mesa de invitados. Un movimiento entre el zorongó y el hip hop. ¡Todo fue complacencia y bienestar! El rey hizo algo inusitado, se acercó a Mantecón y lo abrazó. Nunca trono y cocina habían estado más cerca, más confundidos uno con el otro, ni probablemente lo vuelvan a estar.

»Mantecón se sintió el centro del convite, como si fuera la miga y la sustancia de la reunión. El heladero era un poco vanidoso, todo hay que decirlo, niña mía, quizá su principal defecto. Pero mientras recibía los parabienes, vio, o creyó ver, en la oscuridad la figura del chef de cocina... Unos ojos de un rojo infernal que le miraban bajo cejas puntiagudas. Entonces sintió un estremecimiento por el cuerpo que hasta el rey notó...

En ese punto del relato de Abderramán, como pudo ser en cualquier otro, la gata se despertó y dio un maullido lastimero. La vaca Vanesa, sorprendida, levantó la cabeza del pasto y las otras la imitaron al verla. El ruido del tráfico

de la carretera se dejó oír allá arriba, producido sobre todo por el cruce entre el autobús de relevo de los soldados y el de línea. Aquellos sonidos interrumpieron brevemente las palabras del narrador.

Clara trató de volver a prestar atención. Pero la historia que estaba contando Abderramán ya no sería la misma aunque se reanudara en el mismo punto en que la había dejado. La esfera del radar estaba cambiando de color, cambió, y la realidad entró en el relato como el mugido de una vaca. Todo se había movido en un instante, el mundo ya no era igual al de hacía un momento y el cuento tampoco podría serlo.

Clara recogió el álbum de fotos, y Abderramán la cajetilla de tabaco y el zippo que había dejado sobre la piedra.

Finalmente, la continuación de la historia del heladero quedaría para otro día.

* * *

El autobús de línea era en el que Bel regresaba a casa, y ella fue la primera a la que encontró Clara al volver del prado.

Bel le hizo una seña para que ocultara el álbum de fotos y le indicó que madre, mama, estaba de un humor de perros y discutiendo a gritos con Val.

–¡Nunca te has molestado en comprobar las cuentas! ¡Y si no sabes, para eso tienes a tu amigo, o lo que sea ese sujeto!

Val callaba y la madre miró en derredor, acusando a todas las hijas:

–Nadie me ayuda aquí.

Y añadió:

–¡Estamos arruinadas!

A Bel la frase le pareció un poco melodramática, y le dio la risa floja.

Clara le propinó un empujón, pero ella se siguió riendo, como un desafío.

Margarita las miró una a una:

–Las tres estáis locas.

Margarita se sentó en una silla junto a la mesa y se quedó un momento callada, pasando una y otra vez la mano por el hule, como si lo quisiera limpiar de un polvo inexistente.

–El banco ha dicho que no. No habrá ningún préstamo.

Margarita quiso ordenar las palabras, pero se ahogaba de rabia e indignación.

–Se han vuelto atrás, aunque Cobo me había dicho... Cómo se puede ahora...

Val explicó el resto en lugar de la madre: Cobo Menudo le había dicho que la petición de hipoteca había sido denegada, que se sentía mal al tener que comunicárselo, y que si podía hacer algo más por ella.

Val añadió que el apoderado había explicado a mama que la situación general era mala, mala para todos, y que los bancos estaban en una situación difícil.

La madre recobró el uso de la palabra:

–Dijo que el valor de todas las cosas se había quedado en la mitad. –Al llegar al final de la frase, Margarita no pudo contener las lágrimas–. Y que esta misma cabaña y sus prados estaban en el punto de mira del banco, aun sin hipotecarla. Mira tú para qué querrá un banco un sitio como este, en el fin del mundo.

Bel sintió que se le encogía el corazón y tomó la mano de la madre. No recordaba que la hubiera visto llorar nunca. Le pasó un brazo por los hombros. Las cuatro mujeres se juntaron, se apiñaron un instante; Bel la más cariñosa, y Val, mi Val, haciendo una promesa:

–Os juro que no nos van a quitar nada, mama, antes mato al que lo haga. Y quemo el banco y a su puta madre.

Después, pasado el primer sofocón, pero todavía caliente, Val me llamó por el móvil.

VALEN

Subí la ladera para obtener cobertura en el móvil y llamé a Ludi. Sabía que a esa hora de la noche estaría en casa, con su mujer y las niñas. Pero solo quería tener con él una conversación profesional sobre nuestros problemas materiales, no de novioamante. Le expliqué la situación y él contestó en tono neutro, porque su esposa le estaría oyendo. Me dijo que se informaría en concreto –Ludi Pelayo repetía mucho la frase «en concreto»– y que ya me diría qué se podía hacer.

Pero al final añadió:

–Y no pienses que todo es un complot contra ti y tu familia. La caída del crédito afecta a todo el mundo.

–Sí, y perdona que te haya llamado a estas horas.

–Ya sabes que puedes llamar cuando quieras.

Por si acaso, yo no lo hacía cuando suponía que la mujer de Ludi pudiera estar presente y mi llamada provocaría un problema, una contrariedad. Y así se lo dije al espejo:

–No quiero ser odiosa, no quiero terminar sola, como tú, madre. Me aguanto y me sorbo las lágrimas.

Me acerqué al espejo y toqué la imagen a la altura de sus ojos que eran los míos.

–También yo tengo lágrimas dormidas.

Habría seguido hablando al espejo, pero Bel apareció en la puerta:

–¿Con quién estás hablando esta vez, hermana? ¿Discutes con alguien? ¿Te parecemos poco nosotras mismas y te inventas otras para reñir?

–Nos sentimos acorraladas. Primero lo del inspector de Educación, y ahora lo del banco. ¿Qué hemos hecho?

Ludi soltó una mano del volante y cogió la mía. Condujo así un rato. El asfalto de la carretera brillaba al sol de mayo, entre los grandes helechales y los pequeños prados de un verde intenso.

Había venido a verme enseguida, desde Torre. No sé si había dejado algún

trabajo o asunto por acudir hasta la cabaña, pero venir, vino, sin que yo se lo pidiera.

–Quizá tenga mala conciencia, por ser un novio casado –había dicho Bel a Clara lo suficientemente alto para que yo lo oyera.

Ludi me recogió en su coche en el lugar de siempre, en lo alto del puerto.

Me había ayudado en la Inspección de Educación con lo de Clara, y ahora se ofrecía –a su manera desanimada y desanimante– para llevarme ante Cobo Menudo.

–De Herodes a Pilatos –sentenció.

Su ayuda había sido eficaz en Inspección, sabía manejarse con la gente, al menos con aquella funcionaria de aspecto cansado que decía «deneí, deneí» antes de decir «hola, buenas». Después, Ludi Pelayo dijo que él era Pelayo Pelayo, periodista del *Diario del Norte*. Se lo dijo a un funcionario con aspecto aún más cansado, pero que espabiló cuando oyó lo de *Diario del Norte*. La falta de escolarización de Clara parecía que iba a estudiarse revisando más datos, «por medio de diálogo con la familia, ¿es usted de la familia, en qué grado?». Ludi contestó con evasivas, y yo le dije después que había mentado, que mentía siempre, que él no era periodista profesional ni miembro de la familia.

–Ha servido, ¿no?, pues no te quejes.

–Eso no quita para que..., lo que estaba diciendo, que nunca dices la verdad.

Ludi me besó.

–¿Es que tú no mientes nunca?

–A ti no –dije.

Comimos en un restaurante de Torre, sin que a Ludi le pareciera importar que le vieran conmigo en público y luego se lo contaran a su mujer. Al terminar la comida propuso:

–¿Quieres que vayamos a dormir la siesta?

A veces me sentía querida por él y otras no.

Estaba segura de que Ludi me mentía a mí, a su mujer y hasta a sí mismo. Pero tenía ganas de estar con él y asentí sin pensarlo mucho.

* * *

Aquella mañana bajamos a Vega y Ludi aparcó cerca del Bar del Cruce.

Dijo que me esperaría dentro, pero que le llamara si le necesitaba para algo. Sabía que no le gustaba acompañarme a hacer este tipo de visitas, así que, por mi parte, le agradecía el ofrecimiento.

–Aquí estaré.

Y se puso a leer periódico.

Yo no tenía sino que cruzar la plaza para entrar en la sucursal del banco.

Cobo Menudo me hizo esperar un rato. Iba y venía de espaldas a la puerta de cristal de su despacho, hablando con una empleada. Yo le veía el cogote, aprisionado por el cuello de la camisa.

Dejó de moverse al recibir el aviso de mi visita. Se volvió hacia donde yo estaba. Me lanzó una mirada triste, de molestia, quizá temerosa. Esto último me proporcionaba una cierta ventaja.

–¿Cómo no me habéis avisado de que tenía visita? –regañó a la empleada, parpadeando.

Me hizo pasar a su despacho, que era minúsculo, y me señaló un asiento. La puerta de cristal se cerró tras de mí. Cobo Menudo me preguntó cómo estaba mama, y yo le dije que cómo quería que estuviera después de que el banco quisiera quitarnos todo. Y añadí:

–Con eso vais a conseguir lo contrario de lo que sería bueno para tu banco: que no os podamos pagar nunca.

Cobo Menudo dijo que él particularmente pensaba como yo, pero que no dictaba las normas.

Luego quiso halagarme, y dijo, sonriente, que yo era tan lista como «tu madre, Margarita». Y lanzó un suspiro.

–Los pasiegos no suelen tener esos problemas..., esas dificultades, como las que tenéis vosotras. No piden créditos, se prestan entre ellos. Listos como zorros, ¿no te parece? ¿No estás de acuerdo?

–Padre sí lo hacía –dije yo–, sí pedía créditos y el banco se los concedía. Le animaba a pedirlos.

Se encogió de hombros.

–El crédito es nuestro negocio.

–Y arruinarnos, también –dije.

Pareció apenarse sinceramente. Movié la cabeza, pensativo. Parpadeó de nuevo.

–Tú sabes que yo salía a veces con tu madre..., de solteros. Ahora te miro y

me la recuerdas. Bueno, perdona, supongo que nuestra conversación no debe tener nada personal. Debemos mantenernos en un terreno profesional. Pero al entrar me has tuteado, y entonces he cambiado todo lo que tenía que decirte como subdirector y apoderado de este banco y me ha salido hablarte como si tú fueras... En fin, como si yo me hubiera casado con tu madre. Y entonces tú serías...

No quiso completar la frase.

–Bueno, sencillamente, me pareces una persona cercana, no una clienta cabreada.

Y esperó que yo dijera algo, pero no moví los labios.

–Las circunstancias han cambiado desde que os mudasteis. Ha estallado una gran tormenta y ha revuelto a las personas y las cosas. Ya nada volverá a ser como antes. Pero...

Se colocó de espaldas a la mampara de cristal, como si no quisiera que le vieran los empleados mientras me hablaba.

–Tu familia... ¡ay, la familia! Es duro de decir, pero el que tu hermana Clara sea algo anormal es un tesoro. Es antipopular sacar de su casa a una familia con una hija disminuida, si se me permite hablar así de claro. ¡Una discapacitada dando gritos y agarrándose a la falda de la madre! ¡Una subnormal gimoteando y poniéndolo todo perdido de baba! Los jueces temen esa clase de reportajes, perjudica su carrera para subir en el escalafón general.

Se volvió un poco y le vi otra vez el pliegue de la nuca.

–Tú eres la hija mayor, y por lo que veo tomas ciertas decisiones. ¿Tu madre sabe que has venido a verme? No, ¿verdad? Pues ya tenemos algo en común: un secreto. ¿No es así? El primer paso para una buena relación es que cada uno conozca algo del otro. ¿Estás de acuerdo?

Por toda respuesta, no dije o hice otra cosa que sacar los papeles que llevaba preparados para el préstamo, y él los examinó por encima.

–Dinero no te puedo dar, hija mía, pero te he dado algo mejor: información.

Me devolvió los papeles y se aclaró la garganta carraspeando antes de hablar.

–Cuidad de lo que os queda, es decir, tu hermanita tonta. Puede rendir más que una vaca. ¿Me entiendes?

Atravesaba, atravesé, la plaza, de regreso al Bar del Cruce. Ludi Pelayo

seguía allí, de espaldas a la ventana. Inclinado sobre el periódico, vi su cuello sobresaliendo de la chupa, un reborde de piel, de carne; todavía no era un pliegue amercillado como el del apoderado del banco. Pero con el tiempo seguro que también se volvería del tamaño de un gusano gordo. Entré en el bar. Ludi se volvió y sus ojos se encontraron con los míos.

–¿Qué ha pasado?

–Nada, la cosa sigue igual.

Y le expliqué con pocas palabras la conversación sobre el dinero y lo de Clara.

–Si no fuera porque es un asunto jodido, sería para reírse –comentó.

–Sabía que ibas a decir eso.

BEL

Ja, ja, ja es una risa franca, la risa que se tiene cuando se ríe de verdad.

Je, je es una risa de tebeo y de mensajes de teléfono móvil.

Ji, ji es una risa de gilipollas y de viejo sin dientes.

Jo, jo es una risa que no es risa, se pone para que los demás sepan que algo te puede hacer gracia, pero no del todo.

Ju, ju es una risa de bruja, y de alguien que se tapa la boca con la mano para disimular su maldad.

Terminé de escribir el tema sobre la risa encargado por la profesora de lengua, y que leería con sus ojos tristes y miopes...

Ahora me llevaba mejor con ella, sin tener mucha confianza, porque no es recomendable dar confianzas a los profesores, sobre todo si son de lengua. Me llevaba mejor, digo, y ya no parecía que me mirara con ojos de huevo de gallina. Ahora solo me miraba con ojos tristes, pero no de ave de corral.

Copié el tema en el cuaderno y luego me lavé y me puse los vaqueros azules y la blusa blanca.

–Me pinto para Pinto –dije a Clara.

Las palabras me salieron sin pensar, como si mandaran ellas mismas y no yo, que era quien las pronunciaba, quien las estaba formando en mi boca de labios rojos, el rojo del pintalabios de Val.

Utilizaba la barra de carmín de Val mientras ella estaba en Vega, con su novio. Sin que ella lo supiera, tomaba prestadas sus cosas y luego procuraba dejarlo todo igual, porque Val era muy enfadica.

Estaba hablando con Clara de todo y de nada cuando me acudió a la boca esa tontería de que me pintaba para Pinto.

Así que vaya, vaya, ¡qué sorpresa...! ¡Un nombre brotando como un surtidor inesperado de mi boca de fresa! ¡Premio para el caballero! ¡Qué cosas pasan! ¡Y yo sin saber que había llegado el amor! El agraciado era Jorge Pinto, llamado solamente Pinto, como a mí me llamaban también por el apellido, Bustamante.

Cuando brota, sale, explota una cosa así, hay que joderse y estar a lo que

venga, no se puede hacer nada. El amor la deja a una tonta.

Esa mañana preparaba un formulario con el fin de obtener la beca para el curso siguiente.

Lo escribí, lo tenía escrito, y casi me lo olvido en la mesa de la cocina. Maulló la gata mientras yo salía, me volví y vi la hoja del formulario sobre el hule de la mesa.

–¡Uf!

Gracias a la puta gata, que si no, me quedo fuera de plazo.

De que me concedieran la beca dependía la continuación de mis estudios. Así que la beca me la tendrían que dar o yo incendiaría el instituto con los profesores dentro. Por si acaso, al coger el formulario también me guardé una caja de cerillas.

Podría ser recordada en el futuro como la Mujer Antorcha o algo así.

En una pausa entre dos clases vi a Pinto. Sentí que la cara se me enrojecía, pero nadie podría suponer el porqué. Él sí supo. Me miró con intensidad. Pinto no podía ponerse colorado, porque era negro. O más bien mulato. Pero yo notaba algo dentro de él, en eso no me equivoco. ¿Tendría una erección al verme?

Se acercó. Había bastantes compañeros pululando alrededor. Las chicas tecleaban en sus móviles; los chicos preferentemente se rascaban los huevos. Otros masticaban snacks de la máquina. Una de las chicas estaba buscando algo en el bolso; sacó un bocadillo y le dio un mordisco rápido. Volvió a guardar el resto, despidiéndose del bocadillo como si fuera una persona: «Hasta luego, Lucas.»

Pinto se sentó a mi lado en la escalera, ya que todos los bancos estaban ocupados, y dijo que hacía tiempo que tenía pensado decirme algo.

Vaya, pensé, ya se ha decidido.

Giró la cara hacia mí, pero dejó, seguramente por timidez, que su mirada se perdiera en la distancia mientras hablaba:

–Yo también me voy a presentar a la beca. Siento que estemos en competencia. Solo quería decirte eso.

Le repliqué que no importaba, que así eran las cosas y que a lo mejor nos la daban a los dos.

Quedamos para tomar una cerveza al terminar las clases.

Comenzamos a pasear carretera arriba y carretera abajo. No entramos en ningún bar, se estaba mejor fuera, en movimiento. Paseamos sin hablarnos, a ver quién decía algo el primero. Cuando no suenan las palabras, se oye todo lo demás. Así que, sin decir nada, nos fuimos aproximando.

Por fin, fui yo quien habló antes, y le dije que yo le gustaba a él. No dije que él me gustaba a mí, sino que lo dije al revés, para que me entendiera rápido e ir ganando tiempo.

Nos cogimos de la mano y seguimos conversando.

Pinto me dijo que su madre era limpiadora, y que para la beca el nivel económico era muy importante, tanto como el académico.

Le dije que yo en el expediente había declarado que tenía una hermana con disfunción mental, según me había dicho mi hermana mayor que pusiera, y eso iba a ser un valor importante en la evaluación.

–Qué suerte –dijo él–. Nosotros solo somos pobres.

–Pero tú eres negro, y eso seguro que puntúa mucho.

–Bueno, no soy tan negro, Bustamante.

Y nos echamos a reír.

El chico me gustaba más que Juan Carlos, el profesor de cultura plástica y visual. Me parecía más musculado, aunque a la vez daba una impresión suave y aterciopelada. Además, yo no quería tener los problemas de mi hermana Valentina, que era manifiestamente infeliz por salir con un casado. Juan Carlos estaba casado.

–¿En qué piensas? –preguntó Pinto.

Le dije lo de Juan Carlos y se puso serio. Y así siguió todo el tiempo.

De pronto, me besó en los labios por primera vez y dijo:

–Lo que más me gusta de ti eres tú.

Sentí un estremecimiento como nunca había sentido, un cierto desmayo.

Había perdido el último autobús, el que me dejaba cerca de casa, allá en lo alto de la carretera. Me puse a hacer autostop en el cruce. Dejé pasar algunos coches sin hacerles señas, porque no me gustaban sus ocupantes. También pasó el autobús de relevo de los soldados, de vuelta al valle. Los oí corear «The Eye in the Sky» en español. Enseguida se iluminó la esfera del radar en lo alto de la montaña, aquel ojo mágico que todo lo veía.

Cuando ya era de noche, me subí a la furgoneta que conducía el recogedor de leche, todo vestido de blanco, como un astronauta. El recogedor utilizaba

por las mañanas un camión cisterna, y a última hora de la tarde una furgoneta para transportar pequeñas perolas y quesos frescos.

El recogedor era un hombre silencioso, muy limpio, que olía a crema de afeitar y a leche. Siempre llevaba un mono blanco y calzado blanco, y a veces una mascarilla que se ponía y se quitaba para hablar. Pero se la quitaba poco porque hablaba lo justo. Durante el viaje los cacharros tintineaban creando un ritmo musical al que se le podía poner las sílabas que quisieras, por ejemplo: toca, toca, tocatá; toca, toca, tocatá.

En el asiento de al lado iba alguna lechera de Vega, que dormitaba con los ojos cerrados. Los muelles de mi asiento rechinaban, me empujaban, me retraían. Y mis muslos chocaban, se frotaban, cambiaban fricción por deleite, aceleraciones por frenazos. Toca, toca, tocatá. Me sentía como en una fiesta a la que estuviera invitada yo sola. Alguien se acercaba y luego se retiraba y me llamaba.

Y allí iba yo.

Luego decía que no, que no iba. Pero sí iba, acudía, fluía, goteaba en esa furgoneta de leche y crema de afeitar.

La fricción entre mis muslos crecía. Lo que más me gustaba es que el placer viniera en secreto, en presencia de otra gente que me miraba sin saber qué estaba pasando. Ellos seguían en sus cosas, sin gozo ni conocimiento, y yo en lo mío.

El viaje sería corto, me habría gustado que durara más, que durara siempre. Que llegara y no llegara, que tuviera término y que no.

Sentí unas ganas enormes de suspirar, y suspiré.

Val estaba de malas pulgas, o sea, en su estado normal, y mama hacía cuentas en la mesa de la cocina, como si por hacer las sumas una y otra vez el dinero resultante fuera a aumentar.

Abderramán estaba en la puerta de la casa, sin estar del todo dentro ni estar del todo fuera. Fumaba y echaba el humo hacia el prado, formando una columna azul.

Clara se probaba unos zapatos que le había traído Val desde Vega.

–Una cosa es no tener dinero y otra que la niña ande descalza. ¿Te están bien? ¿Te aprietan?

Clara dio unos pasos por la cocina.

Dijo que no, pero yo creo que le tenían que molestar, solo que ella con tal

de no disgustar a nadie era capaz de cualquier cosa.

Val me miró y se dio cuenta de que yo estaba contenta, y que me iban bien las cosas.

Así que se decidió a amargarme el día.

—¿Dónde está mi barra de labios? ¿La has cogido tú?

Abderramán, al oírlo, acabó el cigarrillo y se marchó fuera. Era casi la hora en la que limpiaba el establo, tras el ordeño.

—Ha sido la gata —bromeé.

La gata, entonces, echó a correr hacia la puerta como asustada, antes de que Abderramán la cerrara tras él. Las cuatro mujeres nos quedamos solas en la casa.

Valentina encontró la barra de labios en otro lugar del que la había dejado, quizá solamente a unos centímetros de distancia.

—Pero no es el sitio en donde la dejé.

—Bueno, quizá la ha movido el viento.

—Te he dicho que no cojas mis cosas sin decírmelo antes.

—¿Y cuando tú no estás qué?

Val cerró los ojos, manifestando su cansancio. Echó la cabeza hacia atrás y dejó caer su hermosa melena cobriza.

Era la más guapa de todas, y a la hermosura todo se le permite. Más que al talento.

Mientras yo estaba pensando en eso, Val dijo, sin abrir los ojos:

—Hay que respetar los bienes ajenos.

Yo cogí la barra de labios, casi sin pensar, y le quité la tapa de latón dorado. Saqué la barra cremosa y le di un mordisco que la partió en dos.

—¡Mira lo que hago con la puta barra, so tonta! ¡Me la como!

Mama se levantó del asiento y dio un golpe sobre la mesa.

—¡Esto se va a acabar! ¿Me oís? ¡Se va a acabar porque también nos van a echar de aquí! Y entonces ya no vais a tener sitio ni para pelear ni para nada...

Nos quedamos calladas, y yo no supe si tragarme el trozo de barra o escupirlo.

* * *

—Quiero hacer pis —pidió Clara.

—¿Otra vez? Acabas de hacerlo.

Ya estábamos acostadas. Desde la cocina subía el rumor de las conversaciones de mamá y Val. Hablaban en voz baja. ¿Y Abderramán? De Ab no se sabía nunca dónde estaba.

–No conozco a nadie que haga tanto pis como tú.

La acompañé hasta el establo. Al volver al dormitorio, oímos la conversación de la cocina.

–El problema es Clara. Hay que hacer algo con la niña –llegamos a escuchar de labios de mamá.

No pudimos oír la respuesta de Val. La que dejaba caer las palabras era nuestra madre:

–¿Qué hacemos con ella? –repitió.

Clara subió corriendo y se metió en la cama temblando.

–Tonta, son sus cosas, eso no quiere decir nada. ¿Cómo te iban a querer mal tu madre y tu hermana? –procuré tranquilizarla.

–A lo mejor me quieren matar, porque les estorbo, o dejarme abandonada en el bosque.

Le repliqué:

–¡Pero si aquí no hay bosques!

Clara gozaba al sentir el regusto del miedo, pero solo en los cuentos, no en el mundo real.

Estaba claro que nuestra madre y Val tramaban algo, pero yo también parecía estar en un cuento como el de Clara, Clarita, la Niña.

O en la luna.

Miré por la ventana para verla. El disco estaba tras el monte del radar y tardaría unos minutos en aparecer, pálido y exacto. Quizá Pinto estuviera asomado en la ventana y también viera la luna cuando saliera.

Pensé que le daría a Pinto quince días para pedirme que hiciéramos el amor. Si no, se lo propondría yo misma. No quisiera que se me pasaran las ganas, como el celo a la novilla.

El fenómeno viral, más sutil que el de internet, echaba a andar por los barrios, las esquinas, las palabras y los silencios.

A él no se le mencionaba por su nombre, y, al evitar hacerlo, se oía con la misma fuerza que si lo hubieran gritado en una habitación vacía, hasta que alguien pronunciaba, por fin, la palabra «Bustamante» y entonces todo perdía su sutileza.

Corría el rumor de que Bustamante, el antiguo heladero, había vuelto. El rumor se alimenta de sí mismo. Nadie afirma y nadie desmiente, por eso permanece. Colombo, el vendedor ambulante, dijo que le habían visto una noche, cruzando la carretera. Si no había luz, ¿cómo le reconocieron?, se preguntaba el propio Colombo, pero después de haber esparcido él mismo la noticia por todas partes.

En el bar tampoco le habían echado el ojo; allí paraban los clientes más antiguos, que eran quienes podían recordar su figura menuda, simpática, dicharachera.

–No le hemos visto por aquí, pero eso no quiere decir nada.

–¿A qué viene ahora todo esto? –pregunté–. Creía que estaba muerto.

–Todos suponemos que ha muerto, hace años que no se sabe nada de él – me comentó uno de los pasiegos del Bar del Cruce.

«Así que vive», pensé inmediatamente.

El supuesto padre había sido visto en el puente del Pas, al atardecer, entre dos luces.

–Una especie de fantasma –había declarado Macho Sañudo, el Estudiante, en el estanco de la plaza.

El Estudiante no había conocido al padre de Val, Bel y Clara. Él no había llegado aún al Pas cuando el heladero se había marchado empujando su carrito, como quien no quiere la cosa, carretera adelante hasta desaparecer.

Como el rumor había partido del Estudiante, fui al Centro de Inseminación Artificial para indagar sobre el fundamento de todo aquello.

–¿Fundamento? –se encogió de hombros Macho Sañudo dentro de su bata verde–. ¿Qué fundamento?

El Estudiante realizaba funciones subalternas en el Centro de Inseminación

Artificial tales como recoger el semen de los toros y congelarlo a baja temperatura para conservarlo. Así podía disponer de algún dinero extra al venderlo por su cuenta.

Me habló como si me conociera de siempre, como si fuéramos amigos. Provocó en mí cierta sensación de asco cuando acercó la boca a mi oreja –los toros bramaban alto, en coros infernales– y elevó voz:

–¡Te leo en el *Diario del Norte*! ¡Es una lástima que seas profesor y no escritor! –Acercó más su boca–. Quiero decir, que no te prodigues más escribiendo.

Su aliento se mezclaba con el olor a estiércol y a desinfectante.

–Aquí huele –comenté, y aproveché para apartarme un poco de su persona.

–Estamos en una cuadra, amigo. ¿A qué quieres que huela?

Me mostró algunos toros enormes, monstruosos, por si me servían un día para escribir sobre ellos, dijo. Los animales estaban distribuidos en varios círculos concéntricos, separados por calles. Nos encontrábamos en el círculo exterior.

Fue señalando a los sementales por su nombre:

–Holofernes... Sansón... Nabucodonosor... Jopiet, el frisón. Buenos padres, excelentes reproductores. Han engendrado unas hijas extraordinarias, altas y garbosas, de anchas pelvis, con grandes ubres. Unas bellezas.

Llegamos ante el corral de un toro llamado Nemrod, según decía el cartel situado sobre su testa rizada e imponente, con unos cuernos serrados como escopetas de cañón recortado.

El Estudiante echó a andar deprisa por las calles que separaban los corrales unos de otros. Los animales, a su paso, agitaban las cadenas entre la resignación y el desasosiego. Le seguí, mientras él no dejaba de hablar.

–Y ahora te voy a enseñar una joya, un toro modesto y pequeño que no se muestra a todo el mundo. Esto te lo cuento a ti y solo a ti, es una información reservada, no debes contárselo a nadie, ¿estamos? Lo hago porque sé que eres discreto... Ya ves, tengo confianza en ti, la misma confianza que espero tú tengas conmigo.

De los círculos salió un bramido bestial.

Llegué a atisbar que entraba, que estaba entrando, lo que parecía una vaca o la sombra de una vaca rubia. Iba sobre unas ruedas, conducida por unos mozos de cuadra.

–Solo es un maniquí, una vaca muñeca, no es de carne y hueso. Ese

simulacro basta para excitar la libido de todos estos chicos.

La vaca muñeca pasó por delante de nosotros, que estábamos en el círculo séptimo u octavo. No era mucho más que una piel de pelos rubios sobre un tosco armazón. El toro llamado Nemrod dio un mugido bajo, implorante.

–Hay mucha imaginación en los pequeños cerebros que albergan esas enormes máquinas de deseo. Pero ven, ven por aquí...

Volvió a echar a andar deprisa para mostrarme lo que quería; casi pierdo de vista su bata verde, y su olor a semen y medicina.

–Por aquí, cuidado, no resbales.

El suelo estaba mojado, cubierto por una pátina gelatinosa. Era el noveno círculo, en cuyo centro estaba la oficina o cubículo de Macho Sañudo.

Junto a la estructura de la oficina había un corralito con un macho más pequeño, de raza imprecisa y un careto feo, pero de ojos muy vivos y que miraba de forma casi humana.

–Este toro no monta las vacas, solo las olfatea. Es un detector de celo, un genio en su especialidad. Nos avisa de que la vaca está receptiva... Pero, desgraciadamente para él, nunca se le deja copular. Solo los grandes machos tienen ese privilegio. Y él no tiene pedigrí, carece de un historial presentable. Como si dijéramos, no se tiene confianza en él.

Miré la cartela en la que se ponía el nombre de cada semental. En esa cartela no estaba escrito ningún nombre.

–Dámaso es un toro único, imprescindible, sobre el que descansa todo el sistema de la paternidad. Pero a él no le está permitido ser padre, ¿verdad, Dámaso?

El pequeño toro nos miró con sus ojos vivos y malignos.

Cuando salí del Centro, Macho Sañudo se empeñó en acompañarme un trecho del camino. Me pidió que esperara a que se quitara la bata verde. Lo hice sin mucho entusiasmo, no sentía ningunas ganas de dejarme ver por Vega con aquel hombre por el que nadie sentía simpatía, y desde luego yo tampoco.

Reapareció sin la bata, recién peinado y con cierta fragancia de colonia superpuesta al olor a establo.

Llegamos hasta el puente sobre el río Pas. Se detuvo. Pensé, aliviado, que sería para despedirse. Yo quería regresar a Torre, a mi casa... Me sobrevino una extraña –insospechada– añoranza familiar: mi mujer me estaría

esperando para acostar a las niñas. Además, esa noche no había buscado excusa alguna y debía volver a casa.

Por un momento Macho Sañudo contempló la corriente del río. Y luego contestó a la pregunta que yo le había hecho anteriormente como si se la acabara de hacer hacía un instante.

–¿Fundamento? ¿Qué fundamento? Un padre reaparece para ver a sus hijas, vuelve por impulso de padre. Sobre todo cuando se tienen unas hijas extraordinarias..., con ese porte, esas caderas, esa belleza.

Me sonó el móvil en el bolsillo y aproveché para separarme del Estudiante. Era Val, que no estaba muy lejos de allí, en su antigua casa de Vega –la del desahucio–. Quería que fuera a ayudarla en algo.

–Tú ven, ya te lo diré cuando llegues. Bueno, si es que puedes venir.

El Estudiante me miraba desde el pretil del puente. Sus ojos relucieron con la última luz de la tarde. Luego la luz se fue, pero sus ojos siguieron brillando.

–Estás muy solicitado. Una chica, claro..., a estas horas.

Nos despedimos hasta otro día. Le di las gracias por enseñarme el Centro. Me puse las manos en la espalda, para evitar darle la mano.

¡La vieja casa del heladero en las afueras de Vega! ¡Esos balcones de geranios y claveles! ¡Ese olor a jabón Lagarto! Y el crujido del suelo al ser pisado por los pies descalzos de Val, Valen, Valentina...

Cuando la conocí, yo era un viajero perdido por el laberinto de los valles. Detuve el Renault para preguntar cómo se iba a Vega, y ellas, las Bustamante, se asomaron al balcón hablando a la vez, mientras se oían algunas voces tras ellas.

–¡Baja el ruido de la tele, niña!

Clara fue la última en asomarse al balcón, entre los barrotes y los tiestos, porque no alcanzaba aún la barandilla.

–Sigue todo derecho, sin desviarte. Cuando veas que pone a Vega, pues eso, por ahí se va a Vega.

–Pero ¿como cuánto tengo que seguir?

–Con ese cacharro tardarás quince minutos –dijo la de la melena más rojiza, y se introdujo dentro de la casa.

–Dile a tu hermana que no se meta con mi coche –reí.

–No es mi hermana, es mama –dijo la otra de melena también rojiza.

–¿Mama?

–La mamaste, que es irregular –dijo otra de las chicas, más joven, de pelo más oscuro.

Las tres estaban descalzas, y la pequeña se frotaba una pierna con el pie contrario.

–Pues gracias por todo –me despedí.

Y las tres contestaron a la vez.

–¡De nada!

Lo último que vi desaparecer fueron unos pies desnudos.

Al llegar a la casa ya era de noche. Val no me abrió por la puerta principal, que estaba precintada. Lo hizo por la puerta del garaje, una corredera que chirrió agudamente; pero a Val no parecían importarle los vecinos o los curiosos.

Mis ojos bajaron hasta sus pies, calzados con botas de goma.

–¿Qué miras, hombre? Ayúdame, quiero sacar la furgoneta de aquí, de esta casa.

Inspeccioné la Iveco a la luz de la linterna que me había entregado al entrar.

–Tiene las ruedas desinfladas. Y pesa mucho –objeté.

Me cogió de la muñeca e hizo que enfocara la luz hacia la bomba de aire que había en un armario de herramientas.

–Tenemos una bomba, ¿sabes hacerla funcionar?

Dije que sí aunque no lo había hecho nunca.

Val me dijo que había convencido a su madre de ser ella, Val, quien se fuera a vender helados en verano, y de llevarse a Clara.

Dejé de inflar un momento y la miré sin formular pregunta alguna.

–Necesitamos el dinero –dijo.

–¿Y quién no?

–Nuestra madre no está hecha para hacer de buhonera..., ¿no crees? Yo sí, creo que salí a padre en eso y solo en eso, en otras cosas no. Por parte de padre me viene hacer estas cosas que hago, por ejemplo salir contigo.

Volví a la rueda que estaba hinchando, pero no sin antes darle un puntapié. Las ruedas se dejaban inflar con facilidad, pero se desinflaban con rapidez.

–Pienso pintar la furgoneta de crema y amarillo. ¿Te parece bien el nombre

de La Flor del Pas?

Volví a darle a la bomba. Val permaneció tan campante, sin echarme una mano, pensativa, casi soñadora:

–Es un nombre un poco de pueblo..., ¿a ti qué te parece?

Pasó la mano por el capó de la Iveco, como si la acariciara, y su mano se llenó de polvo y briznas de paja.

–Los helados parecerán más auténticos, más artesanales –dije–. Dos chicas de pueblo vendiendo helados a los guiris y a los jubilados.

En respuesta, Val pasó uno de sus dedos por mi cara y me tiznó la nariz y el entorno de los ojos con el polvo grasoso de la furgó.

–Un antifaz. Eso es lo que te va.

–¿A cuento de qué viene eso en este momento?

–No, nada, se me ha ido el santo al cielo.

Val se apresuró a decirme que solo quería sacar la furgoneta de la casa y dejarla donde pudiera recogerla una grúa, para llevarla después a un taller.

Empujábamos la Iveco, descansábamos para tomar fuelle, y yo inflaba los neumáticos cada diez minutos y unos pocos metros. Una distancia que se hacía, se estaba haciendo, eterna.

Cualquier vecino de Vega podía ver desde sus ventanas lo que trajinábamos, pero nadie iba a contar nada, aunque asaltáramos el banco o nos lleváramos la casa entera con sus precintos.

Por fin conseguimos varar la furgoneta en un costado de la calle, bajo un roble. Nos quedamos reposando en los asientos de atrás, con las puertas abiertas para refrescar el ambiente.

El viento movía las hojas. Tras el árbol había una farola.

Se me había hecho tarde para volver a casa, con mi mujer y mis hijas. Lo mismo me daba volver ahora que hacerlo por la mañana, el disgusto sería el mismo.

La melodía de las hojas era como variaciones sobre un mismo tema, con tonos y luces inconstantes.

Nosotros callábamos y solo sonaban las hojas del roble en busca de armonía y de sentido.

Smart City era el nombre que le puso Clara a la ciudad comercial y administrativa; ese apelativo lo había oído de sus hermanas la primera vez que hablaron del sitio al que iban a ir a vender helados. Y el sobrenombre se le fijó a Clara en la cabeza: esmarsiti.

Los semáforos funcionaban según la afluencia del tráfico, los toldos de la playa giraban siguiendo el movimiento del sol en el cielo, y en la distinguida península en la que había una universidad de verano, las canchas de tenis tenían un robot que hacía de juez de silla durante los partidos. Al robot no se le escapaba un mal saque, y gritaba «¡No!» con un timbre unas veces femenino y otras masculino, pero siempre duro y firme.

Por las noches, unos altavoces invisibles transmitían una música suave que parecía salir de las estatuas de los sabios de piedra y de los huecos de los árboles.

Y precisamente entre la zona de playa y la del tráfico urbano las dos hermanas colocaron el carrito de los helados, La Flor del Pas. Por allí pasaban profesores, fogosos estudiantes y jovencitas en bañador. Verano y filosofía.

Los estudiantes se cruzaban con jóvenes padres, niños y abuelas. Unos y otros, con la piel quemada por el sol, remataban la tarde con una bola de helado.

Se oían voces humanas reclamando a algún travieso perdido: «¡Niñoooo...!», y también el botar de las pelotas de tenis, y la voz del árbitro robot tras el muro y las madre selvas, decretando: «¡No!... ¡no!»

Unas cámaras barrían las olas y a los bañistas, transmitiendo a las pantallas en tiempo real cualquier anomalía. Los niños jugaban en la orilla, mientras los padres escuchaban música con auriculares, tranquilos por la vigilancia de la ciudad inteligente.

Para las dos hermanas, llegar hasta allí no había sido fácil.

Val había tratado de obtener el permiso de venta hacía días. Un funcionario municipal le señaló una pantalla de ordenador en la que hacer la solicitud. La secuencia digital no era difícil de manejar, y el funcionario no tuvo que ayudarla en nada, como se había ofrecido.

La oficina inteligente le concedió el permiso para vender helados, pero en una ubicación alejada del centro y de las playas.

Val y Clara fueron a ver el sitio. Era en un barrio junto a las vías del tren, de aceras estrechas y de poco movimiento. La calle terminaba en unas cocheras de autobuses. En el tiempo que estuvieron allí, solo pasaron dos o tres viandantes de mirada huidiza.

–No tienen cara de comprar nada –dijo Clara.

Luego volvieron las dos caminando por una calle alta, desde la que se veía la bahía y, al otro lado, más allá de los repetidores de señal, unas montañas envueltas en gasa.

Val se las mostró a Clara:

–¿Ves las montañas? Son las del Pas, parece que están cerca, ¿verdad? Pero no, están lejos.

Clara le apretó la mano.

Bel bajó desde la cabaña hacia Vega en el autobús de siempre, después tomó otro hasta Torre, y desde allí el tren para Smart City. Su madre le había pedido que fuera a ver a sus hermanas, y Bel, encantada de alejarse de cualquier sitio en que estuviera, aceptó enseguida.

Al salir de casa llevaba solamente un bolso con ropa y algo de comida para sus hermanas.

La madre salió tras ella y le gritó que llevara un paraguas y un impermeable. Al alejarse, se dio la vuelta y vio a Abderramán en el prado, bajo la piedra blanca y el ojo del cielo en lo alto.

Clara y Val se alojaban en una pequeña habitación que alquilaron sin contrato, pagando día a día a una mujer gorda que les salía al encuentro en cuanto abandonaban el cuarto por la mañana.

Bel se quedaría solo una noche; así que volvieron a dormir las tres juntas entre sus propias risas, los ruidos del tráfico de la calle y los golpes al cerrarse las puertas de pisos o de cuartos vecinos. No parecía dejar de entrar y salir gente.

–Es gente de paso –dijo Val.

Bel se quedó a la escucha un momento, dejando de reír con sus hermanas y soltando un suspiro:

–Como nosotras, nosotras también estamos de paso. –Besó a Clara y dio una patada a Val para que le hiciera más sitio en la cama–. Todos somos seres de paso.

Val volvió al día siguiente a las oficinas municipales y Bel la acompañó. Dejaron a Clara en el banco de un jardín en que los jardineros colocaban guías a las dalias y distribuían macetas de cinerarias. Entre las hojas de los sauces brillaba el botón rojo de las cámaras de vigilancia, que solo se movían si alguien también lo hacía. Clara, sentada en el banco, se entretuvo agitando los brazos de vez en cuando para ver cómo reaccionaban las videocámaras. El botón rojo parpadeaba, desconcertado.

En la oficina, Val decidió utilizar el recurso supremo y seguir el consejo del apoderado del banco, Cobo Menudo.

–Tenemos un familiar a nuestro cargo, una hermana, con una minusvalía psíquica profunda e irreversible.

Después de decirlo, se puso roja como una amapola.

El funcionario buscó un formulario, esta vez en papel. El papel se reservaba para los casos raros o imposibles.

Bel intervino mientras el funcionario tendía el impreso a Val. Dijo que la discapacitada tenía dificultades para relacionarse; además, padecía de fobia a los extraños. Lo que necesitaba era una buena zona de venta, a ser posible con gente de aspecto distinguido.

–Se pone a aullar en cuanto ve a un pobre.

Los demás funcionarios se volvieron a mirarla. Val sonrió con timidez, y Bel devolvió la mirada con suficiencia.

Rellenaron el impreso entre las dos, consultándose en voz baja los términos y las respuestas.

Esa tarde Bel volvió a Vega. Por el camino, cayó un fuerte chaparrón, pero no quiso abrir el paraguas, porque era viejo y de pueblo.

La Flor del Pas se colocó en el estrecho istmo de la península. El lugar era de los mejores de la ciudad para vender helados en verano, pero allí estaban estacionados, desde antes que ellas, los *food trucks* y los carritos de chuches, con sus refrescos y polos. ¿Habría niños, abuelos, jovencitos y profesores para todos los puntos de venta? La oficina municipal concedió a La Flor del Pas un buen sitio, sí, pero eso obligaba a competir.

–¿Cómo vamos a competir? ¿Qué es eso? –preguntó Clara, con el susto en la cara, como siempre.

Val se enfadó consigo misma, ¿por qué se había metido en ese negocio llevando a Clara, tan medrosa, tan frágil, tan...?

Los vendedores ya establecidos dificultaban adrede la vista de la Iveco con los anuncios y carteles de sus caravanas, y también impedían el acceso a las tomas de agua. Llegaron a derramar cubos de basura delante del mostrador en el que las hermanas vendían los helados.

Val empezó a desconfiar y a obsesionarse.

–Nos espían, miran a ver si los motivos de la concesión son ciertos. Nos van a denunciar. Somos demasiados en este lugar.

Esa noche abrazó a Clara en su cuartito de la parte alta de Smart City.

–¿Qué me quieres decir? –se adelantó Clara.

–Tengo que confesarte una cosa.

Val sintió vergüenza, pero decidió decirle la verdad a Clara.

Le susurró al oído:

–Bel y yo tuvimos que rellenar un impreso..., varios impresos. Dijimos que teníamos un familiar con problemas. Ya sabes a qué me refiero. La cosa es que exageramos, cargamos las tintas.

–Pusisteis que yo...

–¡Solo lo hicimos por ti! En realidad, fue Bel quien lo puso. Lo malo es que ahora te harán un examen médico psiquiátrico, y entonces... Pero ahora me preocupa más el hombre que vende chuches. Va diciendo que él duda de la veracidad de tu enfermedad.

–¿Qué soy?

Clara insistió:

–¿Qué pusisteis que soy?

–No me acuerdo bien.

–Se supone que la tonta soy yo.

–¡Te digo que no me acuerdo!

Clara se levantó de la cama. De pronto parecía mayor.

Val tardó en contestar y en el cuarto se empezó a oír el insufrible tráfico nocturno y las voces de vecinos, llantos de niños y los diálogos de una serie de televisión.

–Pusimos... subnormalidad mental moderada.

Clara no hizo ningún comentario. Val sintió que su hermana se estremecía

y lloraba o quizá reía, todo a la vez. En las televisiones vecinas subió el tono de las voces, y alguien protestó a gritos por el ruido.

Luego las dos se acostaron otra vez juntas.

Al día siguiente, por la tarde, cuando una abuela rubia y pintada se acercó a comprar helados con dos niños en bañador, Clara les atendió con la mirada bizca, la boca abierta y un apunte de baba en la comisura del labio.

–¿Cuánto es, guapa? –dijo la señora.

Helados y precios estaban escritos en primorosa cursiva en la tablilla verde y amarilla colocada en el costado de la furgoneta.

Clara señaló el precio con el mentón, y la señora le tendió un billete de diez euros.

–¿Me puedes dar el cambio? Me tienes que devolver seis euros, ¿sabes? Cuenta bien, tesoro.

Clara le entregó la vuelta, bajo la atenta mirada de Val. El dueño del carromato en el que vendían polos y helados industriales también se quedó mirando a Clara, que seguía con la boca abierta.

Cuando por fin la baba de la comisura del labio comenzó a deslizarse en forma de fino hilo, el del carromato dio un codazo a su señora para que se fijara: la chica era en verdad boba. Luego siguieron en sus propios trajines.

Las horas de más venta eran entre las cinco y las ocho de la tarde, cuando se retiraba la gente de la playa. También a esas horas empezaba a soplar la brisa procedente del mar, que entraba por las ventanas del edificio inteligente de la universidad; los estudiantes cerraban entonces los apuntes sobre el último Wittgenstein o sobre la materia negra del universo y la clase se daba por terminada.

Albert Fert, tras su conferencia sobre el aumento de la eficiencia en los discos duros y los teléfonos celulares, paseaba, estaba paseando, entre los pinos, rodeado de jóvenes amantes de la física. El conocimiento científico y la piel expuesta al sol producían una agradable sensación de fatiga.

Por azar, recalaron ante la furgoneta de Val y Clara. Clara tendió un cucurucho de helado de queso al profesor Albert Fert, quien dijo que era «mórbido», quizá porque no hablaba bien el castellano o quizá porque fue la primera palabra que le vino a la mente. Los alumnos hicieron varias fotos del profesor con la lengua fuera, lamiendo la bola mórbida y láctea.

El competidor del carromato de chuches y polos vio cómo las hermanas vendían más helados esa tarde, pero no se preocupó. Era el azar de un día.

La foto del premio Nobel de física Albert Fert junto a la niña de los helados salió publicada en el *Diario del Norte*. «Las predicciones y el azar dependen de cómo se esté colocado en el espacio y en el tiempo», declaraba el físico en una entradilla de la información. La foto ilustraba el texto. Clara miraba a cámara con expresión feliz, ligeramente extraviada.

Por las tardes, ante el asombro de sus competidores, la afluencia de clientes en La Flor del Pas fue aumentando considerablemente, e incluso en algunas ocasiones se llegó a formar una cola que alcanzaba el muro de madre selvas. Al otro lado se oía la voz del robot –«¡No!... ¡no!»–, y a este lado, la de los compradores de refrescos y los avisos de niños perdidos.

Hasta que sobrevenía la noche y todo se transformaba en música, cuando Clara y Val ya no estaban para oírla.

* * *

Val separaba en mechones el pelo de Clara con el fin de hacerle tirabuzones estilo afro. Luego, pasó el peine y las tenacillas una y otra vez, mientras le daba consejos para la entrevista en el periódico.

–No hables de la familia..., contesta solo sobre los helados, pero nada más. Y, desde luego, nada de hablar de papa o de cosas nuestras.

Clara se callaba y solo parecía interesarse por cómo iban quedando los rizos en su cabeza.

–Además, si no quieres hacer la entrevista, pues no la haces y ya está. No necesitamos tanta publicidad.

Pero Clara si quería.

Era la Niña de los Helados de Smart City, con el mérito de tener una minusvalía que no se especificaba pero que se insinuaba como algo casi mágico:

–Solo es que soy tonta, nada más –dijo ella en la entrevista.

Pero el periodista lo quitó.

En la entrevista, en cambio, sí salieron otras contestaciones de Clara, como que ella tenía poca imaginación, y que por eso se esforzaba en hacerlo todo con cuidado, para no equivocarse.

En un momento determinado, Clara interrumpió el reportaje e hizo un comentario al periodista.

—¿A ti te pagan solo por preguntar? ¿Son más importantes las preguntas que las respuestas?

Aclaró que para ella lo más importante era el dinero.

—Nosotros nos morimos y nuestro dinero sigue. Es el alma, ¿no?

Contestó unas cuantas preguntas más y posó para las fotos con su nuevo peinado de rizos y pequeñas trenzas.

Al final dijo:

—¡Soy una gata rayada!

El reportero no entendió qué podía significar aquello y no lo sacó en la entrevista.

Val, Valen, Valentina se alegró al leer el reportaje, y se rió con las contestaciones de la niña, que también se reía a la vez que ella lo hacía; pero luego se preocupó por si Clara atrajera demasiado la atención, y decidió llamar, llamó, a Ludi esa noche.

Y yo contesté muy brevemente, porque en ese momento estaba ocupado bañando a las niñas.

VALEN

Atendió rápido la llamada del móvil, pero solo para decirme que estaba ocupado. A esa hora no se está ocupado por otra cosa que no sea la familia. Quizá su mujer estaba delante y no podía responder sin ser oído, aunque Ludi es muy descarado y hace como que nada le importa, ni yo, ni ella. Pero a mí ya me amargó la tarde.

Me devolvió la llamada a los diez minutos, pero mi amargura siguió. Y así se lo dije al espejo del cuartito:

–Tengo que dejar a Ludi, es más, se lo voy a decir en cuanto lo vea. Mañana mismo. Si él no puede estar conmigo, yo no estoy con él, porque estar es estar siempre, y no tener que decir nunca no puedo estar.

Clara me observó con pena; a mí no me importaba que Clara me oyera hablar con los espejos, porque a ella esas cosas le parecían lo más natural del mundo.

Ludi iba a llevar a sus niñas a la playa al día siguiente y no podíamos fijar una cita. Por mi parte, yo debía estar atendiendo en La Flor del Pas con Clara, ahora que teníamos cola de clientes ante la furgó. Pero me urgía decirle que lo nuestro no debía seguir. Él tenía que enterarse de mi decisión en persona, no le iba a decir una cosa así por el móvil.

Insistí ante el espejo:

–Es definitivo, ¿me escuchas?

Agité el pelo, que hizo un remolino sobre la frente. Diría que en el espejo yo parecía más agitada, nerviosa y coqueta de lo que soy a este lado del cristal.

–Y precisamente hoy me encuentro muy guapa, espejo. ¿No te parece? ¿A que sí? –pregunté.

Clara volvió a mover la cabeza.

–Tú sigue hablando con los espejos, un día te van a contestar, y, entonces, ¿qué?

A la mañana siguiente, el que llamó antes de que yo lo hiciera fue Ludi:

–He pensado ir con las niñas a la playa de la península. Cerca de ti, como

ves.

Le dije que yo no iba a ir a esa playa ni a ninguna, y que tenía trabajo.

A media tarde, Ludi Pelayo Pelayo apareció ante la furgoneta, sonriente y solo.

–¿Me das un helado?

–¿De qué lo quieres? –dijo Clara.

–De lo que tú lo tomes.

Ludi no tomaba nunca helados, pero él era muy zalamero cuando quería.

–Hummm..., muy rico.

Me dijo que debía marcharse enseguida, porque había dejado solas a las niñas.

De todas maneras, yo salí de la furgo y le dije que me gustaría que diéramos un corto paseo.

–Tenemos que hablar tú y yo –dije.

Se volvió para mirarme y me pasó el brazo por la cintura. El sol le dio de lleno en la cabeza entre dos sombras de pinos.

Ludi llevaba una camisa de verano de color crema y unos pantalones claros. Yo vestía ropa de faena y me sentí un poco inadecuada a su lado.

Llevábamos días sin vernos; notar la piel del uno pegada a la del otro nos llenó de ansia. Seguimos caminando hasta llegar cerca de los acantilados, con sus avisos de peligro con una calavera en rojo. El lugar estaba cubierto de troncos y de ramas retorcidos por el viento marino.

Permanecíamos un rato en silencio y quietos, como desconocidos, y luego otro rato abrazados, cambiando las palabras por caricias. Nos separábamos y después nos volvíamos a abrazar. Yo buscaba palabras para decirle que no íbamos a seguir juntos. Pero las que encontré no me parecieron acertadas, porque nunca habíamos sido una verdadera pareja.

Entonces, allí, de pie, ajenos a las posibles miradas de las cámaras y de los paseantes, comenzamos a hacer el amor sin ruido y sin suspiros.

Por un momento, me encontré fuera de cualquier tiempo y lugar. Podían haber pasado cien años y seguiríamos allí abrazados. Me agradaba que se hubiera olvidado por mí de sus hijas y que las hubiera dejado solas en la playa. Pero también detestaba que abandonara así a esas pobres criaturas, que quizá ya estaban llorando sintiéndose perdidas.

Nos despedimos cuando ya había oscurecido. Pocas palabras y ninguna

promesa. Ahora yo estaba más convencida que nunca de dejar a Pelayo Pelayo.

Mientras regresaba a la furgó, empezó a caer una lluvia fina que tardaba en llegar al suelo, suspendida en las hojas de los árboles y las agujas de los pinos. Se oía algo que podía ser música o viento en las ramas; la península se iba quedando desierta de profesores, poetas y estudiantes.

Llegué ante La Flor del Pas cuando ya la tierra se estaba mojando. Clara tenía lágrimas en los ojos y un aspecto más ausente que de costumbre. Sentí remordimiento por haberla dejado sola. Pero no lloraba por eso; junto a ella estaba nuestra hermana Bel, acabada de llegar de Vega y había traído un recado de nuestra madre que me repitió en pocas palabras:

–Padre ha muerto. Esa es la noticia que le ha llegado a mama, que quiere que estemos todas en Vega. No, no sé cómo le ha llegado el aviso, pero la cosa es que le han mandado recado para recoger el cadáver. El cuerpo de padre llegará en un furgón a la estación de tren y allí se ha ido ella.

La persona que se había encargado de los trámites era el vendedor de hígados, que ya había tenido tratos con nuestra madre cuando intentaba contratar un empleado para la cabaña.

Me quedé pensando: «¿El vendedor de hígados? No me gustaría verle intervenir en nuestros asuntos.»

Pero solo comenté que desde ese momento sería yo quien se ocuparía del entierro.

* * *

Padre había muerto lejos.

Después de tantos años y tantas habladurías, este era el final mejor.

Guardé para mí esas reflexiones y me uní a Clara y Bel.

Clara estaba muy callada y pálida, pero no lloraba.

–¿Dónde está Abderramán? –preguntó.

Le dijimos que estaba en casa, esperándola.

Bel nos ayudó a recoger nuestras cosas. Parecía que tosía y que se sonaba unos mocos inexistentes, aunque lo que realmente le ocurría era que tenía los ojos húmedos y disimulaba su congoja bajo la apariencia de un catarro. De

Bel se podía esperar cualquier actitud, pero no que de pronto pareciera la más afectada por la muerte de un padre que solo era una sombra en una foto.

BEL

¿Qué estoy sintiendo?

Veo cavar la fosa en la tierra roja, mezclada con trozos de ladrillo de antiguas construcciones, piedras pequeñas –una más grande–, y también algún objeto de difícil identificación. El féretro no ha llegado todavía. Estamos esperando en el cementerio de Vega, y se oyen, pero no se ven, el río y los grandes camiones que pasan lejos. Uno de los enterradores se escupe en la mano para seguir empuñando la pequeña azada. Llega mamá, no quiero que me vea llorar, si es que lloro. Ella está muy guapa, algo pálida. Quizá yo parezca más guapa ahora que estoy triste. La tristeza favorece mucho las caras de rasgos duros como la mía.

Suena un golpe de la azada al chocar con alguna cosa ahí adentro, en este hoyo que espera a ese padre cuya cara no veremos. Me estremezco y Clara lo nota. Me coge de la mano, como si ahora yo fuera ella y necesitara protección. Consuelo a Clara, que no necesita consuelo, para consolarme a mí misma.

¿Qué estoy sintiendo?

Una pena verdadera, pero que al manifestarla delante de otros me parece teatro, y por eso procuro que no se note, para preservarla de las miradas.

Giro la cabeza y veo llegar a Pinto, a Pelayo Pelayo y a alguno más que no llego a distinguir del todo, porque no debo curiosear en un momento solemne, pero me parece que es el empleado del Banco Santander Cobo Menudo. Al dejar de mirar, lo que conservo en la retina y de lo que ahora sorprendentemente me doy cuenta, cuando ya no veo lo que vi, es que allá atrás del todo estaba, está, el Estudiante, bajo un ángel de piedra que tiene los ojos en blanco.

¿Dónde está Valen?

Miro a mi alrededor. Vaya, parezco tonta, Val está junto a mí, sería y guapa como es ella, parece mentira que no la viera si está aquí mismo y casi me toca, nos tocamos.

Cuánto tarda en llegar el féretro.

Un día me gustaría contar el entierro de padre, el entierro de quien para

mis hermanas y para mí es una silueta en una foto, una sombra sepultada en un ataúd de madera.

Aquí y ahora me doy cuenta de que quizá escriba sobre esto, porque seré escritora para poder expresar lo que siento y así sentirlo más, aunque ya sé que tropiezo con la ortografía y la lógica de la sintaxis, pero no creo que sea el único escritor al que le pase eso, me han dicho que hay muchos novelistas a los que les tienen que corregir horribles faltas gramaticales.

Seguimos esperando.

No le he dado esos detalles a Valentina, pero el cadáver de padre lo trajo el vendedor de hígados en un coche oscuro, dentro de una caja de acero sin señales ni marcas. Ningún nombre. La caja era un pequeño frigorífico, de la misma clase que utiliza para transportar mollejas, morros, callos, hígados y morcillas frescas.

El frío.

Ahora me pongo a pensar en el frío de los muertos, en el vacío, en la nada. Vuelvo a llorar.

Por fin llega el cura y el féretro de madera con una cruz encima. El cura viene con dos monaguillos que son unos chicos ecuatorianos a los que conozco. Ellos procuran no mirar en mi dirección, para no tener que saludarme. Si las líneas de miradas se consiguieran marcar con una serie de puntos, este cementerio se convertiría en una geometría imaginaria, de otro mundo.

Colocan dos sogas en torno al ataúd y se disponen a descolgarlo hacia el hoyo que se abre ante nosotros.

Hay un vacío que casi se siente, como si la nada existiera.

Soy capaz de escribir de sentimientos, de personas, de cosas, pero no de esa nada que apenas conocemos.

Veinticuatro horas antes del entierro del padre de Valentina, Bel y Clara, Colombo iba diciendo a quien le quería oír que el muerto que iban a enterrar no era el heladero Bustamante, y que ocurrían cosas raras en aquella cabaña.

–¿Y tú cómo lo sabes?

–Aaaah..., el ojo de ahí arriba lo ve todo, ¿la cerveza la quieres fría o del tiempo?

Los soldados, o los vecinos, o los curiosos, dejaban de preguntar, lo que no significaba que no quisieran saber.

Colombo, el comerciante ambulante, tenía prohibido vender dentro del recinto que rodeaba el radar.

–El ojo del cielo solo pertenece a Dios y a los militares –decía sin quitarse la tagarnina de la comisura de la boca.

Eso no le impedía aparcar la furgoneta en la cuneta, allá arriba, abrir la trasera y desplegar el toldillo a rayas. Vendía refrescos y toda clase de productos de urgencia. Y de paso comentaba los sucesos, porque no dejaba de ser raro que, después de tantos años de vagar por no se sabe dónde, el cuerpo del heladero Bustamante apareciera ahora como un envío postal venido del extranjero.

Me dejé caer por los valles, por si coincidía con la furgoneta de Colombo y le sacaba alguna cosa. El vendedor unas veces se colocaba en un sitio y otras en otro, como si en vez de buscar a los clientes fueran estos los que tuvieran que buscarle a él. Fórmula infalible, porque los vecinos se apresuraban a comprarle lo que necesitaban por si acaso tardaba en volver.

Encontré la furgoneta del toldo a rayas en el cruce de carreteras de Vargas, a la entrada de los valles y salida de la Autopista del Norte.

–Yo no sé nada de muertos –me dijo–, solo me ocupo de los vivos. Mire, pregunte al señorito Macho Sañudo, él sí que sabe, que para eso estudia.

Le dije que había ido a ver a su amigo el Estudiante y que no lo había encontrado en el Bar del Cruce ni en el Palacio del Semen.

–A lo mejor ha ido a examinarse de alguna asignatura que tenga pendiente.

O está sumergido en los estudios; él es muy estudioso, fíjese que lleva veinte años aprendiendo veterinaria. Y ahí sigue.

Volví al Centro de Inseminación, donde ya había preguntado por Macho Sañudo; esta vez me dijeron que estaba de baja por enfermedad, y me proporcionaron una dirección.

Llamé y me abrió vestido con un chándal deportivo. Vivía en el tercer piso de un edificio nuevo, en la salida de Vega hacia la Autopista del Norte.

–Pasa, amigo mío, pasa y no te fijes en el desorden.

Su cara de cejas puntiagudas se adornaba con una sonrisa un poco torcida. Cojeaba, creo que del pie derecho, calzado con una zapatilla en chancleta.

–Me ha pisado un toro. Es como si me hubiera pasado por encima un camión de veinte toneladas... No se pueden dar confianzas a los animales ni a nadie.

Yo tenía preparada una excusa para la visita, pero no hubo ocasión, porque el Estudiante comenzó a explicarme enseguida que estaba enfrascado en su gran obra sobre los habitantes de los valles. Y dio unos golpecitos con el dedo sobre un rimero ingente de folios colocados junto a una impresora aún encendida y susurrante.

–Ya ves, lo que se dice sobre mi pereza puede ser verdad, pero aquí está el resultado...

Me hizo sentar y él hizo lo mismo.

–Poco a poco la obra ha ido engordando como si fuera una persona. Aunque completar un estudio de esta naturaleza es prácticamente imposible, ¿sabes por qué? ¿No? Pues porque una obra así no se puede llevar a término en una sola vida. La obra siempre pide más, nunca se harta, siempre tiene hambre...

De la cocina estaba llegando un cierto olor a frito y una humareda.

Se levantó de un salto para acudir a remediarlo.

–Odio a esta criatura, ¿sabes? –dijo señalando el manuscrito.

A través de la puerta abierta, le vi retirar del hornillo la sartén en que se freían unas patatas. Las sacó, doradas y crujientes, y las escurrió con cuidado antes de colocarlas en una fuente.

Siguió hablando mientras me invitaba a pinchar las patatas con un palillo. También sirvió unos vasos de vino blanco de barril, de un amarillo dorado.

–Aunque debo decir, sin falsa modestia, que es una obra que causará

sorpresas. ¿Te interesa el tema? ¿De verdad? Tú los conoces, a los pasiegos, digo. A ellos... y a ellas.

Me miró suspicaz. Ya se imaginaba que yo no había ido allí para hablar de sus estudios, sino por otra cosa.

Pero los dos callamos sobre el verdadero motivo. Mientras soplábamos para enfriar las patatas, que quemaban, guardábamos silencio. Durante varios minutos eché un vistazo a algunas páginas del manuscrito inacabado, más bien por educación, por mostrar interés y alargar la visita.

Pude llegar a ver cómo en él se exponía el delicado ecosistema pasiego, con su rotación de pastos para el ganado, sus otoños e inviernos en la profundidad de los valles, las cortas primaveras y los gloriosos veranos en las cumbres florecidas. Soledades y lejanías. Suministraba datos económicos y parentescos remotos. Unas veces parecía una saga heroica, otras el balance de una cuenta de pérdidas y ganancias. Terrenos, manantiales y prospecciones minerales. La obra de un poeta y un espía.

Por mi parte, me disponía a buscar un pretexto para preguntarle por los pasiegos emigrantes y por Bustamante de Mier. Ahora sería yo quien espicara para Valen, para avisarla de cualquier amenaza real o irreal. Pero dudé, y él rompió el silencio.

—Entregaré el trabajo al banco, aunque no esté terminado del todo. Ellos, los del banco, han pagado por él y a ellos pertenece. ¿Qué harán con él? No lo sé. Lo que sí sé es que puede servir para mostrar lo que es un aprovechamiento racional del entorno, un modelo para el futuro..., para el futuro de la humanidad. Aquí, en el valle, se ha inventado el desarrollo sostenible, el equilibrio entre campo y ciudad.

Yo le escuchaba sin hacer comentarios.

—Quien quisiera podría mostrar que con este refinadísimo sistema se conseguiría evitar la destrucción del planeta.

Sirvió de nuevo el dorado vino en los vasos. El suyo lo apuró de un trago.

—También alguien interesado puede sacar la conclusión contraria: que es un modelo fuera de tiempo, de este tiempo. Que hay que acabar con un sistema conservador y perforar la tierra para extraer la riqueza que esconde. Gas natural, sobre todo. La leche mineral de la tierra, ¿no te parece? ¿No dices nada? ¿A qué has venido realmente?

Apareció enfadado de repente. Casi enfurecido.

—¿Qué quieres saber? ¿Tu cobardía no te permite hacer preguntas? ¡Vaya

novio que se ha echado la hija del difunto Bustamante...! ¿Vienes de su parte? ¿De ella o del supuesto difunto?

El Estudiante se bebió otro vaso de vino, esta vez sin ofrecermelo.

No tenía nada más que hacer allí. Opté por marcharme sin mediar palabra.

Al salir de aquella casa llamé a Val. La llamé varias veces, pero no cogía el móvil. Quizá estuviera sin cobertura o simplemente no quería hablar conmigo. Le dejé un recado para decir que era urgente que nos comunicáramos. Me entró un enorme desasosiego, una mezcla de vergüenza y de ira. ¿Qué había que hacer? La sola pregunta era paralizante, no hay que dar muchas vueltas a las cosas, sino tomar decisiones.

Me fui a pasear hasta el puente, para hacer tiempo hasta que Val me contestara. Mientras esperaba, veía correr el agua del río. ¿Amaba yo a Valen? Seguro que sí. ¿Seguro? Sí, pero ¿hasta dónde? La prueba estaría, estaba, en abandonar a mi mujer, a las niñas, la familia completa, e irme con Val.

—No, no me importa si ella me quiere o no. Basta con que yo pueda decir: la quiero.

Según pasaba el tiempo, me iba poniendo más nervioso. Probablemente Val estaba ocupada con los trámites del entierro, no eran días de pasiones, sino de luto.

«A mí no se me ha muerto nadie», pensé. «Lo mejor es ir a tomarme una copa al Bar del Cruce. Ya aparecerá.»

La barra estaba llena y me coloqué en un rincón, junto a la entrada de la cocina y unos barriles metálicos de cerveza. Por un ventanuco de esa parte del bar entraban los sonidos del exterior, un sordo rumor irreconocible. Primero me pareció que eran mugidos de toros; luego, que estaba producido por los grandes camiones a su paso por la autopista.

Bebí un par de copas.

Desde el extremo contrario de la barra, entre los clientes habituales, los ojos del Estudiante me estaban mirando atentos y ratoniles. Hizo un gesto, no sé si amistoso o de advertencia, y dio unos pasos en mi dirección. Los clientes de la barra enmudecieron y se apartaron para dejarle pasar. En un pie llevaba un zapato y en el otro, vendado, calzaba una zapatilla. Se acercó cojeando y algo trastabillante.

Se me aproximó más de lo que la educación permitía. Sentí su aliento al hablarme:

–Hola otra vez. ¿Todavía solo? ¿No esperas a alguien? Me disculpo por haber sido tan brusco en mi casa, no estoy acostumbrado a recibir, quiero decir a tener visitantes de calidad, ilustres, diría yo, si me permites considerarte así.

Macho Sañudo hablaba con la verborrea solemne del borracho. Sin duda no había cesado de tomar de aquel vino dorado y fuerte.

–Tú y yo somos como hermanos, aunque parezca mentira; vamos, así lo creo yo, ya ves. Mucho más próximos de lo que parece.

Pidió que nos sirvieran dos vasos de vino. Los parroquianos volvieron a apoyarse en la barra.

–Entre hermanos hay confianza, ¿no? –dijo–. ¿Quieres saber quién está dentro del ataúd? Di la verdad, por eso has venido a casa esta mañana.

Aproximó aún más la boca a mi oreja, como confiando un secreto.

–Pues dentro del ataúd no hay nadie, hermano. Solo piedras del río y quizá restos óseos de animales. Todo envuelto en periódicos, o quizá trapos, para que no suenen ni se muevan. No dan sepultura al padre y al marido, sino que entierran el hecho que hace posible perseguirlo. No te digo esto de manera confusa porque esté borracho, que lo estoy, sino porque los hechos no estarán nunca claros si no se abre ese maldito féretro.

Se separó de mí y me miró como si ahora ya no fuera su amigo y dijo, refiriéndose a los parroquianos:

–Todos saben. –Y siguió–: ¡Pero desconfían de mí! ¡No me hacen caso, coño! ¡No me hacen caso porque no me quieren, y en cambio yo siempre los he querido...!

Se volvió hacia los hombres que estaban en la barra sin prestarle atención, pese a sus aspavientos y al elevado tono de la voz.

–Míralos: ¡orgullo y silencio!

Hizo un gesto de rabia. Se puso amenazador, chulesco. Los pasiegos le dieron ostensiblemente la espalda, con desprecio.

Se lanzó contra ellos y yo intenté sujetarlo por los brazos. Se revolvía, pataleaba con el pie bueno y también con el malo, como si pretendiera hacerse daño adrede. Dio un alarido al sentir el dolor. Unos cuantos de los presentes acudieron en mi ayuda, mientras otros seguían bebiendo como si no ocurriera nada, como si ni siquiera estuvieran allí.

Mientras, el Estudiante no dejaba de proferir amenazas e insultos:

–¡Raza de víboras! ¡No va a quedar piedra sobre piedra! ¡Vais a durar muy poco!

Quedó tendido sobre las baldosas; le sujetamos entre varios para ver si se calmaba. Poco a poco fue dejando de dar patadas y cabezazos, y así le pudimos ayudar a ponerse en pie.

Yo también estaba un poco bebido:

–Vamos, vamos, Dámaso, digo Macho, mucha tranquilidad...

Rechazó cualquier auxilio suplementario y se dirigió a la puerta. Se había dejado la zapatilla en el suelo y alguien se la alcanzó cuando ya estaba en la calle.

Diez minutos más tarde, el dueño del Bar del Cruce abrió las puertas de par en par y las dejó así para que circulase el aire y se ventilase el ambiente. Salí a tomar el fresco y vi llegar por el fondo de la calle a Val, con su andar ondulante y su cabello rojo de fuego.

VALEN

¿Cuánto costará el entierro?

El ataúd desciende con suavidad, sin tropezones ni tirones innecesarios. Siento a mamá a mi lado, tranquila y serena. Lleva un velo que le cubre la mitad de la cara, una prenda que ya no se lleva pero que a ella le sienta como si fuera una actriz de cine. Guapa y enlutada.

Mi hermana Bel tiene lágrimas en los ojos. Clara, de la que todos temíamos su reacción ante la muerte de nuestro padre, muestra curiosidad y viveza. Nunca se sabe qué puede pasar dentro de una mente como la suya. Ni por la de nadie.

Detrás de mí está Ludi Pelayo; siento su mirada pendiente del féretro y de mí, cariñoso y débil, Ludi, mi Ludi.

—¡Cuidado! —dice en voz baja uno de los enterradores, al notar un tirón momentáneo en la soga.

El féretro sigue su viaje hacia el fondo.

Padre, ¿estás ahí?

Miro de reojo alrededor de mí, y veo al chico brasileño amigo de Bel, Pinto, con una chaqueta que le va muy bien, alto y estirado. Parece espabilado.

Veo a Cobo Menudo, el del banco, con ese cuello gordezuelo como un gusano cebado y aire de estar haciéndonos un favor por venir al entierro.

Hay algunos vecinos más, no muchos ni pocos, los justos.

El féretro toca fondo. Oigo un crujido.

Van a comenzar las paletadas de tierra.

Llevo unos zapatos nuevos. Los zapatos me aprietan y me duelen sobre el dolor ceremonioso y solemne.

Los presentes están en silencio. El cura se muestra impaciente por marcharse y los tres monaguillos también. Cuando por fin lo hacen, queda a la vista un grafiti en el muro del cementerio con un zigzag de rayos y ángeles motoristas pintados con spray.

Se me humedecen los ojos al oír el siseo de las palas al rozar la tierra.

Oigo un gran suspiro a mi lado. ¿Quién ha suspirado?

Los escasos asistentes nos dan las condolencias, puestos en fila. Algunos besan a madre.

Yo creo que el suspiro lo ha soltado mamá.

Cobo Menudo es el más formal y me dice:

–Mi más sincero pésame, Valentina.

Juan Carlos, el profesor del instituto, da un beso a Bel. Ella se pone colorada. Es una cría.

No he desayunado. ¿Cuánto costará el entierro? Ludi no se acerca a dar el pésame, espera ahí, junto al muro pintado. Es guapo, pero a veces tiene cara de tonto. Ahora iremos a desayunar y él pedirá un café con leche con la leche fría. Me alejo un poco de todos, sé que me están mirando mientras ando, que me miran el cuello, la espalda y el culo.

Esperamos a Clara, a la que algo le pasa.

¿Qué hora es?

Siento como si el tiempo se fuera arrugando.

No voy a preguntar a nadie por la hora, eso no se pregunta cuando están enterrando a tu padre, pero me gustaría saber por qué el tiempo tarda tanto en pasar.

Esperamos a madre y a Clara.

Han subido el IVA de los entierros. Morir es caro. ¿Qué van a hacer con las flores? ¿Está mal venir al entierro de un padre con los labios pintados?

Cuando me muera, me gustaría que me enterraran en este mismo lugar, tan soleado. Y que no llorara nadie, sino que me mandaran besos con el pensamiento y con el corazón.

Quiero besos, muchos besos, los que no he dado a padre de despedida.

Seguimos esperando a Clara. Madre ya está aquí.

Clara llega por fin, estaba preguntando por alguien que no ha venido.

–El rey llegó viniendo –dijo Abderramán.

Clara había corrido, cojeante, hasta donde estaba Abderramán, bajo la peña blanca. La piedra daba un poco de sombra, en estos montes de escasos árboles y grandes praderas.

–El rey vino llegando –repitió.

A finales de aquel agosto de 2008, el Escuadrón de Vigilancia Aérea del Pas tuvo mucha actividad. La flota rusa estaba realizando maniobras y los aviones de la OTAN se movían continuamente hacia el norte. Así que el acuartelamiento fue reforzado, y los camiones iban y venían con más frecuencia por las carreteras de los valles. A veces, se oía el canto de los soldados, siempre la misma canción.

La vaca Vanesa dejó de pacer para contemplar el paso de un helicóptero. Los pájaros enmudecieron.

Abderramán le contaba cuentos a Clara. En realidad, siempre parecía el mismo cuento. La familia Bustamante estaba satisfecha con que el viejo moro entretuviera así a la niña. Las otras –la madre, Valentina y Bel– estaban más inquietas que tristes desde el entierro del padre.

Lo que el Estudiante había declarado en el Bar del Cruce Valentina lo tenía grabado en el cerebro, que es el lugar más secreto que existe, pero imborrable. Y el temor era que esas palabras las persiguieran a todas como una sombra sigue el cuerpo de su dueño.

Vanesa volvió a pastar y los pájaros reanudaron sus llamadas y avisos.

–El rey visitaba los confines del reino, en el desierto –continuó Abderramán–. Una *hamada* de piedra suelta y asfalto reblandecido. En la frontera hay un pequeño pueblo, con pescadores, y un fuerte. Se había cometido un crimen. Y el muerto era Mantecón.

Clara abrió la boca y dejó escapar un ¡ah! de asombro y desencanto.

–Tienes que oír el cuento completo, tesoro mío. Ahora voy al comienzo de la historia.

Abderramán se recolocó en el asiento y dejó salir el humo del cigarro.

–En ese reino siempre hay muchas rencillas entre los miembros del

gobierno, se llevan a matar, nunca mejor dicho. Se llevan tan mal como se pueden llevar los de aquí, pero aquí es por lo que se van a repartir, y allí por lo repartido. Así que cuando el primer ministro le pidió al comandante de la Gendarmería Real una carta de recomendación para Mantecón, este se la dio cerrada y sellada. El primer ministro quería agasajar a las guarniciones del desierto, tan alejadas de sus familias y con una existencia tan monótona. Mantecón refrescaría a la tropa y endulzaría las nostalgias. Un presente del gobierno del reino, que no olvida a los defensores del territorio.

»Mantecón salió en camión hacia el sur, cargado de azúcar, nata y sabores deliciosos. Y con la supuesta carta de recomendación para el jefe del puesto fronterizo. Pero el comandante de la Gendarmería Real desconfiaba del primer ministro, sospechaba que lo que quería era tener a los soldados de su parte y conspirar contra su poder en la corte. Así que la única recomendación que contenía la carta sellada era que el portador debía ser eliminado «en nombre del rey».

El rostro de Abderramán expresó una sincera pena, contagiando a la niña de inquietud por el destino del heladero.

–El comandante de la Gendarmería, que había firmado la orden, utilizaba fraudulentamente el nombre del rey, que allí es inapelable, y además así se aseguraba el silencio total por parte del ejecutor. Estaba seguro de que el heladero era un peligro para él, a sueldo de su enemigo el primer ministro. ¿Me sigues?

Clara sacudió la cabeza con fuerza. ¿En qué podía convertirse, qué podría ser ahora? ¿Ave, ratón, piedra movediza? Mejor esperar y seguir siendo la niña que era.

–¿Prestas atención? Vale. Mantecón no sospechaba nada, así que iba en el camión tan contento, ni deprisa ni despacio, deteniéndose en los oasis del camino, adelantando a las caravanas de camellos y dejando paso a los turistas que iban en sus todoterrenos camino del sur. De vez en cuando silbaba, y otras veces ponía la radio para escuchar los partidos de fútbol.

»El tercer día de viaje se detuvo a dormir en un parador de caravanas, cerca del camión para no perderlo de vista durante la noche.

»Soñó con una playa y con una vaca en bañador que se tomaba un refresco debajo de una sombrilla a rayas. El heladero se mentía incluso en sueños, *yamila*, así era él, *hayati*.

»Cuando se despertó, se encontró maniatado y con la boca llena de piedras.

El camión ya no estaba, y solo quedaban unas marcas de neumáticos sobre la arena, que no era precisamente la de una playa.

»Pero lo que más sintió es que también le habían robado la carta para el jefe del puesto de la frontera. ¡Vaya! ¿Qué hacer, eh?

Abderramán se arrimó más a la peña blanca, resguardándose del sol. Sus ojos se toparon con los de la gata teatrera, que sigilosamente se había unido a ellos.

–Nuestro amigo Mantecón no era ningún tonto, preciosa mía. Se dio enseguida cuenta de que no había sido un robo casual y esperó escondido en las montañas. No tuvo más comida que los higos chumbos y los dátiles de los palmerales de las aldeas, ni más bebida que el agua turbia de las acequias de riego. Y es que el autor del robo había sido el cocinero de Su Majestad, el envidioso chef que ya le había estropeado los helados servidos a los jefes de estado... Ya ves, ma belle, la envidia no se cura fácilmente. Y más si es de gente con las cejas puntiagudas.

»El chef le arrebató la carta, que era lo que en realidad buscaba, porque creía que era una verdadera carta de recomendación, que le proporcionaría un lugar preeminente en el sur del reino: como cocinero y como cortesano miembro del majzén, el gobierno oscuro. Nadie preguntaría demasiado, porque nunca se suelen hacer las verdaderas preguntas que darían lugar a las verdaderas respuestas.

»En la frontera sur, el viento es silencioso y el mar de plomo.

»La ejecución del chef se llevó a cabo en las horas siguientes a que el comandante del fuerte abriera el sobre e invitara al portador a esperar un momento. Cumpliría la orden del rey contra el que traía la carta. Enseguida, entraron dos soldados y se llevaron al cocinero hacia las dunas de la costa. Allí le enviaron al otro mundo, seguramente con un cuchillo de degollar corderos.

»Hasta que el rey no anunció su llegada, en gira por esas carreteras recalentadas y esos parajes fantasmales, Mantecón se mantuvo escondido en cuevas y apriscos de cabras. Cuando su real majestad hizo su entrada en el fuerte fronterizo, la terrible confusión se pudo aclarar. Mantecón se acercó disfrazado hasta el rey con su pelliza de pastor y una gorra de béisbol. El rey se quedó estupefacto al oír el relato completo, y si no abrazó a Mantecón fue por el olor animal que desprendían sus ropas. Se recabó una investigación a

fondo y mientras tanto se envió a la cárcel a unos cuantos, que están en espera de juicio, creo. Y Mantecón, nuestro héroe, vio aumentada la estima del rey, acompañada de una buena recompensa.

»Un hombre rico y dichoso, así es ahora la vida de mi amigo.

Contar todo esto había tenido la duración de fumar el pitillo, así que apagó la colilla y dijo:

–Hasta aquí.

Clara suspiró de satisfacción al ver que Abderramán le había dado un final feliz al relato, ya que se temía lo peor y que terminara mal. Volvió a la casa deprisa, le tocaba fregar las cántaras de la leche y además así evitaba que Abderramán añadiera algo más a la narración. Hay que salir a tiempo de las historias, si no serían como la vida.

BEL

Llevé a Pinto al cine. Dije que le invitaba y así fue. Él dijo que pagaba las cervezas a la salida, pero no hubo necesidad de que se gastara su dinero. Nos fuimos paseando en la larga tarde de sol amarillo.

Pasamos la plaza, el Bar del Cruce, el camino de la discoteca y el del cementerio. La discoteca tenía las puertas abiertas y se oía reguetón calentando el ambiente. Afuera comenzaban a llegar las motos con sus jinetes, las chicas paquete y el tubo de escape preparado para petardear.

–Podemos seguir andando un rato –dije–, luego volvemos a la disco y nos tomamos algo.

Pinto me enlazó por la cintura y continuamos el paseo.

Encontramos a unos amigos que habían llegado en furgoneta, y Pinto les preguntó si se la prestaban un rato. Contestaron que no la necesitarían hasta que cerrara la disco, para volver a casa.

–Así que toda vuestra.

A la chica del amigo de Pinto yo la conocía de la farmacia de Vega donde trabaja. Se llama Verónica y no es de por aquí. Es muy guapa, y alguna vez mi compañero de clase, Víctor Ceballos, ha salido con ella.

Arrebatado, le había declarado:

–Verónica, eres la chica más guapa que he conocido.

Ella no le había contestado, y él insistió sobre cómo eran sus brazos desnudos y su pelo y su cara.

Verónica sonreía, sonreía siempre, con una sonrisa misteriosa.

–Hablas poco, ¿verdad? –le dijo Víctor.

Verónica se puso seria y le contestó:

–Para qué quieres que hable, ¿para que la cague?

Pinto me apretó por la cintura y solo nos soltamos para subir a la furgo. Salimos hacia ninguna parte, mientras la luz pasaba del amarillo al cárdeno.

Ninguna parte aquí es siempre el mismo sitio: la ladera suave y dorada entre la peña blanca y el río.

Pinto fue deteniendo la furgo lentamente, dando botes, botecitos, sobre el

terreno ondulado. Luego la furgó se estremeció y el motor quedó definitivamente en silencio.

Nos tumbamos en la parte de atrás de la furgoneta, que estaba vacía y cubierta con unas esterillas esponjosas sobre el suelo de goma y metal.

Me besó a la altura de un pezón y luego del otro; abrí la blusa y noté cómo su miembro se iba volviendo grande, poderoso, contra mi muslo desnudo.

Me chupaba un pecho y luego el otro, con ritmo; después, la lengua bajaba y bajaba, pero nunca del todo, cuando parecía que llegaba volvía a subir. El placer era enorme. Un chupetón aquí, otro al otro lado, y una caricia interminable de la lengua sobre la piel. En una de esas, cambió el ritmo y bajó la lengua sin chupar el pezón correspondiente.

Me moví, desvié el cuerpo unos centímetros como aviso de que se había saltado un pezón y que mi pezón y yo esperábamos una reparación.

Entonces su lengua me buscó con más afán, bajaba, bajó al punto soñado y le atrapé entre mis muslos.

Le mecí, acuné su cabeza con movimientos lentos. Yo sí mantenía el ritmo, la música de las caderas, el culo, las rodillas, el vientre jugoso. Me fui, pero no dije nada, no dejé escapar ni un suspiro, porque deseaba que él continuara y que el placer estallara de nuevo.

Un dedo me acarició por detrás, en el ano, y sentí que presionaba, que empujaba sin piedad mientras la lengua salía, se marchaba, y nos dábamos, nos dimos, la vuelta a la vez como obedeciendo una orden.

Por delante se deslizó con su miembro dentro de mí, mientras por detrás lo hacía su largo dedo oscuro. Sentí un dolor glorioso, la mordedura del goce, un vivir en la agonía, dulce tormento, y exhalé un grito.

De nuevo me estremecí, llegué.

Pinto era un muchacho fino, y preguntó con voz ahogada si todo iba bien.

—¡Un oxímoron! —grité sin pensar—. ¡Ay Dios, ay Dios!

—¿Cómo?

—Perdona, cosas mías.

Nos quedamos un rato tumbados sobre la esterilla, hasta que la dureza del suelo se hizo notar más que el regusto del placer.

Pinto encontró un trozo de alambre tirado bajo los asientos delanteros. Jugó con el alambre, mientras decía:

—Bueno, no te entiendo del todo.

Había hecho un anillo con el alambre y me lo colocó en el dedo.

–Pero nos vamos a querer mucho, ¿verdad?

–Pues claro.

Sentí que el gozo perduraba más allá de la dureza del suelo, que duraba y que dura aún hoy.

VALEN

La niña estaba con Ab, en el prado, y yo estaba, estoy, echada en la cama, en este verano de truenos y silencios.

El criado le está contando uno de sus cuentos, mientras yo sesteo en la tibia tristeza de la tarde. Hasta que me sobresalto.

Desde la muerte de padre a veces siento una mano fría que me estruja el corazón, como si estuviera ante un cuerpo insepulto.

¿Qué está pasando?

Le confieso a Ludi mi desasosiego respecto a las insinuaciones del Estudiante y él se encoge de hombros.

–Mira, chica, es mejor no moverlo ni inquietar a tu madre ni a tus hermanas. Solo hay que estar al tanto, por si el Estudiante se pone, cómo diría yo, se pone pesado. No hay denuncia ninguna.

Yo no digo nada, y él insiste:

–¿No?

–No, no la hay. Ni siquiera he comentado el hecho con mama o con mis hermanas. Ni ellas conmigo. Pero seguro que también han oído cosas.

–Déjalo así por el momento, Val, tiempo habrá si es necesario.

Le digo que por una vez estamos de acuerdo y él se enfada. En realidad, no sé cómo me aguanta.

Paseamos por el puente, seguimos por la carretera hasta las primeras curvas y pendientes. Allí damos la vuelta y volvemos a empezar.

Le comunico que tengo que contarle algo importante, pero que lo haré después. Ludi se pone nervioso y pregunta de qué se trata. Le dejo que se cueza un poco. Seguimos andando hacia el puente.

Bajo los arcos la corriente es fuerte, con remolinos, y los bañistas buscan los pozos tranquilos y el remanso de la playa de piedras. Niños y mayores chapotean en el río, lejos de la zona prohibida.

Seguimos y noto la inquietud de Pelayo Pelayo. Eso me causa satisfacción.

Bel y Pinto se están bañando en el remanso. Nos detenemos un momento. Bel se aproxima, viene para saludar, sonriente, chorreante de agua. Es capaz

de ponerse a coquetear con Ludi. Se acerca serpenteando entre niños, casetes de música y neveras portátiles y, efectivamente, coquetea.

Decimos adiós para poder seguir hablando a solas.

Le aviso que se prepare para la noticia. Pelayo Pelayo palidece, palideció, porque debió de creer que le iba a comunicar que estaba embarazada, así que casi fue un alivio para él cuando me oyó decir que me voy a ir de Vega.

—Mientras estábamos en Smart City recibí una oferta de trabajo. Me ofrecen ser operaria en la fábrica de harina lacteada y chocolates.

Ludi conoce perfectamente la empresa.

—Van a empezar a fabricar helados industriales —añado.

La fábrica está a ochenta kilómetros por la autopista y es una conocida multinacional suiza.

—Estas cosas hay que pensarlas... ¿Cómo es que no me has dicho nada?

—Te lo estoy diciendo ahora. Eres el primero en saberlo.

Cuando por la noche también se lo dije a Bel, contestó:

—¿Obrera? ¿Tú?

Esta chica cada vez se vuelve más descarada, y todo por la soberbia de ir al instituto.

BEL

Ras, ras. Si me depilé el pubis fue por Pinto, por darle una sorpresa cuando me acariciara, que sus dedos se encontraran con una piel suave y tersa, y que sus sensibles yemas se fueran deslizado sin obstáculos en el camino.

Habíamos quedado en la discoteca Royal Palace de Torre, cuyo dj era amigo. Pinto estaba con frecuencia en la ciudad, porque su madre trabajaba allí en verano, de suplente vacacional. Yo tomaría el autobús a Vega, y de Vega cogería el que va a Torre. Dos horas de trayecto, siempre que no hubiera muchos camiones en la carretera. Joder con este paraíso pasiego. Ras, ras.

Desde que enterramos a papa, no había malos modos entre nosotras y todo era buen rollito. Yo sabía que no iba a durar, pero por lo menos que no fuera por mí si volvían los gritos y las peleas. Por la memoria de padre.

Ras, ras y terminé la depilación. Un bonito vientre, de estatua de Venus. Yo, la Venus de la Gillette. Me rasuré, digo, en el espejo de mi hermana Valen, y recogí y limpié cualquier rastro, porque había utilizado su maquinilla. También limpié el espejo. En esta casa no te puedes fiar ni del silencio de los espejos.

Hasta Vega el autobús fue rápido, solo que las partes me escocían un poco y, lo que son las cosas, me gustaba sentir el escozor. Los pasajeros masculinos me miraban y yo les sostenía la mirada. Y eran ellos los que al final tenían que apartar los ojos, rendidos.

Nos cruzamos con la furgoneta del recogedor de leche con su blanco traje de astronauta. Y con camiones verdes del ejército, todos en fila.

Los pueblos estaban en fiestas, y al pasar se veían preparatorios de verbena. Enormes altavoces estaban ya sobre los escenarios. Había muchos coches estacionados a lo largo de la carretera y niños pidiendo cosas sin parar.

—¡Quiero... quiero...! —se podía oír.

Un repentino desagrado me llegó desde la acera en la que estaba estacionado el autobús a Torre. Cuando ya estaba en mi asiento, vi al

Estudiante que se acercaba por la acera. ¡No, no podía ser que tomara el mismo bus! Se detuvo un momento en la puerta hablando con alguien y luego sí, subió y le vi avanzar por el pasillo. Me encogí en el asiento, me acurruqué, y fijé los ojos en el techo. Noté que su cuerpo se colocaba al lado del mío y oí cómo su boca me daba las buenas tardes atentamente. Había asientos vacíos, pero eligió el contiguo al mío. Los demás asientos fueron ocupados por los últimos viajeros en subir.

Salimos hacia Torre.

El Estudiante llevaba sobre las rodillas un portafolio con cremallera. Me preguntó si iba a Torre, y yo no contesté, como si no le hubiera oído.

–Yo también voy, pero no como tú a divertirme. Yo voy por motivos de trabajo.

Él siguió conversando e inventándose mis réplicas. Por otra parte, se mantenía dentro de las reglas de la cortesía.

–Tengo que entregar una obra a la imprenta. ¿Qué obra? Bueno, un estudio sobre la organización social de esta comunidad. No quieras saber más.

Pero se extendió sobre la vida pasiega, saltando de un tema a otro, a veces sin venir a cuento, y haciendo como que yo respondía.

–Así es, efectivamente: una estructura original basada en el trabajo en familia.

Habló de las relaciones de dominio en general y de las de ámbito doméstico, de lo que se puede hacer y de lo prohibido.

Luego pasó a hablar del concepto de familia, y dijo que sus fallos eran el origen de todos los desequilibrios mentales, la fuente del malestar y la locura. Se interesó por Clara, y yo estuve a punto de levantarme del asiento. Enseguida pensé que era mejor quedarse y saber qué pretendía.

Dijo que estaba al corriente de que teníamos un criado y que sin duda era una buena ayuda, aunque no sabía qué tal era y cómo se comportaba. Pero que cuando se tenía a un extraño en casa había que tener cuidado con los niños y los menores. Nunca se conocían sus intenciones y sus costumbres, y por ejemplo de éste le habían dicho que era inmigrante extranjero.

–¿Qué es? ¿Rumano? ¿Marroquí o de por ahí? ¿Quién es realmente?

Me cogió por el codo.

–No se les pueden dar muchas confianzas... Luego pasa lo que pasa. ¿Tú tienes novio?

Miré por la ventanilla. Él siguió:

–Me gustaría que me dejaras un día a la niña, a Clara, para hacerle un test psicomotriz... Y examinarla a fondo.

Me volví airada y le grité que se callara de una vez. Los viajeros nos miraron.

–Todo de forma gratuita –se justificó.

Llegamos a Torre y yo me levanté del asiento antes de que el autobús se detuviera del todo.

* * *

Pinto y yo salíamos y entrábamos del Royal Palace, unas veces para estar un rato a solas, otras para tomar un bocadillo, y luego volvíamos a la pista de baile o a la oscuridad de los rincones de la discoteca. Al salir nos estampaban en la mano un sello de tinta invisible, y al volver tenías que extender la mano para que los infrarrojos leyera la marca fantasmal.

Alargaba el regreso a casa en autobús, por si me encontraba de nuevo con Macho Sañudo en el viaje de vuelta. Pero no dije de esto ni una palabra a Pinto, que estaba encantado de esa larga noche de ritmos musicales y caricias íntimas.

Pinto es muy deferente conmigo, y yo con él tengo ataques de amor unas veces sí y otras menos. Esa noche le hice gozar mucho, según dijo él. Yo estaba un poco preocupada, y unas veces estuve bien y otras no.

Cuando a las cinco de la madrugada cerraron la disco, unos amigos de Pinto me devolvieron de regreso a Vega por la autopista, donde el asfalto empezaba a volverse color de rosa.

Me quedé sola en la plaza de Vega, aguardando el paso del camión cisterna de recogida de la leche.

Pronto llegó el recogedor, embutido en su traje y sus botas blancas de astronauta, y una vez más me permitió viajar con él, esta vez hacia lo alto del puerto. Por el camino debía ir haciendo la recolecta de la leche de las cabañas de verano. El hombre olía a fresco, como si acabara de salir de un tubo de crema de afeitar.

Nuestra cabaña era la última; en ese punto el recogedor iniciaría el regreso con la cisterna rebosante de leche entera.

Al borde de la calzada estaban las tres cántaras de nuestra cabaña,

brillando relucientes. El recogedor las levantó con fuerza y las vació en el depósito una por una. Al dejarlas otra vez en el suelo resonaron con estrépito.

Le di las gracias por el viaje y él alzó la mano, alto y vigoroso dentro de su traje de viajero del espacio.

Me descalcé y emprendí el camino a casa; tras la primera revuelta fui reconociendo, según me acercaba, la figura de Abderramán, sentado sobre una piedra plana y fumando su pitillo mañanero.

–*Salam aleikum*, jovencita –saludó de lejos.

Desde que estaba trabajando para nosotras, Ab era quien traía hasta la carretera la leche del primer ordeño. Allí dejaba las cántaras y luego volvía por ellas.

Yo debía de tener una cara horrible, con ojos de sueño y el pelo revuelto. Pero con aspecto interesante, digo yo; si no lo digo yo quién lo va a decir.

Ab no hablaba, hablé yo sola. Él permaneció callado el camino completo. Ni comentó ni preguntó. Como si fuera pasiego en vez de moro.

Le conté lo que el Estudiante había dicho, y recalqué la asquerosidad de sus insinuaciones. El Estudiante buscaba debilitarnos. En realidad, si se mina la independencia y el orgullo de alguien, se le convierte en una presa fácil. Después, se nos podía vender a un banco o a cualquier comprador. Fui más lejos, no pude frenarme. Inventé que me había propuesto que le entregara a Clara a cambio de que dejara de decir cosas sobre nosotras, de atormentarnos con insinuaciones sobre que padre no estaba muerto, como había oído decir por ahí, y que vagaba libre como un pájaro. Me quedé un poco asustada de mis propias palabras, pero seguí adelante, arrastrada por ellas.

Ab interrumpió la marcha, se volvió para mirarme y meneó la cabeza con preocupación.

CLARA

«¡Otoño, moño, recoño!», le dije al cacharro grande de la leche cuando tropecé con él. El cacharro se limitó a mover la leche por toda contestación, salpicando mi vestido de domingo. La cuadra estaba a oscuras, y Ab abrió una contraventana para que no volviera a tropezar.

Yo quería ir al río desde hacía días, pero mis hermanas estaban en otras tareas y decían que ya iríamos.

—¿Cuándo?

—¿Dónde has puesto mi cepillo? —me contestó Valentina. En esta familia contestar es preguntar.

Bel fue la que dijo:

—Que te lleve Abderramán.

Pero Ab estaba ocupado en sus cosas, menos aquel domingo en que ya había terminado el último ordeño.

—¿Vamos? —le dije.

—¡Qué elegante!

La luz de la ventana daba en mi vestido blanco con encajes.

—¿Al río? ¿Tan tarde? —añadió—. Tengo que terminar de arreglar el ganado.

—Hoy es domingo.

—Para los animales no hay domingo que valga.

La gata payasa hizo su aparición en escena. Ejecutó una danza nueva a base de volteretas, terminada con un salto mortal.

La ignoré.

Yo tenía un bañador que traje de esmarsiti y que todavía no había utilizado.

Fui por el bañador y de esa manera daba por supuesto que sí, que nos íbamos a los remansos del río. Me miré en el espejo. A mí el espejo nunca me decía nada.

Tengo unas piernas bonitas, solo que una es más bonita que otra. El bañador es de color gamba.

Ab se da un aire a moro de película, de malo de ceño fruncido y labios pintados.

Hoy tiene el ceño más fruncido.

Para Ab vestirse de domingo es quitarse el mono de trabajo y ponerse una camisa limpia. Se peina las canas con la mano mojada y ya está.

Tardamos muy poco en llegar al remanso, porque yo llevé a Ab por un atajo que él no conocía. La gata nos siguió un rato, luego se comió unas plantas del camino y se dio la vuelta.

Mi vestido tenía una mancha, me dio mucha rabia, porque mis hermanas me dicen que no cuido la ropa.

En el río no había nadie, las familias domingueras ya se habían marchado, seguramente a las verbenas de agosto. La ribera estaba salpicada de papeles y plásticos de colorines que habían volado de los cubos de basura.

En un sitio como este podríamos vender muchos helados, sería un negocio.

Se lo dije a Ab, y me dijo que yo era la que más sentido comercial tenía de todas las mujeres de la familia.

Estoy metida en el agua y Ab fuma sentado en una piedra y me cuida sin decir nada, ni que haga esto o deje de hacerlo, ni que vaya más adentro o que no vaya.

El sol poniente hace que su sombra se alargue sobre la orilla. Una sombra fina. Meto la cabeza en el agua y la saco y la meto otra vez. Pruebo a ver cuánto resisto sin respirar. Cuando saco la cabeza definitivamente, la sombra ya no está allí.

Veo a un niño grande con niqui y pantalón corto blanco que me está mirando. Un niñón. Parece algo embobado, sonrío y se acerca, fofo, temblón.

Pero no es un niño, es un señor mayor al que me cuesta reconocer, hasta que le pongo nombre.

¿Dónde está Ab?

El Estudiante dice que no me asuste, que a él también le gusta bañarse en el río y que no grite.

Así que me pongo a gritar.

Abderramán debía de estar allí cerca, porque le oigo detrás de mí, diciéndome:

–Ve a vestirte, anda, que está refrescando. Sécate bien. Este señor y yo vamos a hablar.

Me voy lejos para cambiarme, porque por aquí no hay arbustos o sotos espesos.

Oigo que Ab y el Estudiante se gritan y se dicen cosas que nunca he oído. Obscenidades. Luego parece que suenan pataleos y chillidos.

–¡Ay, ay!

Cuando vuelvo más tarde, no está ninguno de los dos.

Voy en busca de ellos a lo largo de la ribera, hasta donde dice prohibido bañarse.

Hay barro removido, ramitas rotas, yo llevo el vestido de los domingos y tengo que tener cuidado de no mancharlo. Porque es como si unos animales hubieran luchado y revuelto todo.

Veo a Abderramán en la orilla. El Estudiante no está con él.

–Ha ido a darse un remojón, creo –dice Ab por toda explicación.

Me fijo en un punto bajo el arco del puente, una cabecita negra y un brazo que se agita en el aire, que chapotea o juega, o algo así.

–Se está despidiendo. Te dice adiós.

Abderramán mismo le hace una seña.

–¡Adiós, hombre!

La cabecita entra y sale en el agua con graciosos gluglús, mientras se aleja rápidamente río abajo.

–Salúdale, chica, no seas sosa –me dice Ab.

–Flota, flota, pelota –se me ocurre.

Luego vi un remolino vertiginoso y ya no volví a distinguir la cabecita.

Esa noche caí enferma de fiebre, y mama dijo que a quién se le ocurre ir al río a esas horas. Que el responsable era Ab, mi Ab, y que todo eso se iba a acabar.

Ni Ab ni yo dijimos nada del encuentro con aquel hombre, el Estudiante, que apareció ahogado, y cuyo cuerpo fue encontrado río abajo, entre juncos y montones de basura.

Ab y mama se pusieron raros el uno con el otro. Y digo yo, si Ab no era de su gusto, por qué la vi una noche abrazada a él, mientras lloraba y le decía que no tenía que haber vuelto, y que debía marcharse de nuevo, aunque se le rompiera el corazón.

A finales de agosto a Bel le comunicaron que le concedían la beca; podría bajar a estudiar a Torre. A Pinto le daban solo media beca, y con eso no le bastaba para irse a estudiar fuera.

–Ya veremos, quizá deje los estudios y me ponga a trabajar.

–Eso si consigues trabajo –dijo Bel, implacable.

Los dos estaban tendidos en la hierba del prado, con las bicicletas cerca. En el aire se podía ver ascender los cohetes de las fiestas de algún pueblo cercano. El ruido de la explosión tardaba en llegar, leve como el estallido de un beso.

Pinto se aproximó y le pasó la mano por el pelo.

–¿Quieres *fazer cafuné*? –preguntó, guiñando un ojo.

–Ahora no, luego. Me están esperando..., se te podía haber ocurrido antes, bobo.

Las cuatro mujeres se disponían a regresar del fin del mundo a la casa de balcones floridos.

El juzgado había suspendido provisoriamente el desahucio del domicilio de Vega.

–Ya dije yo que la tontita era un tesoro, Valentina –le dijo Cobo Menudo a Val cuando se la encontró tomando café en el Bar del Cruce.

El recurso por vía de urgencia había dictaminado que la severa minusvalía de un miembro de la familia exigía una prórroga hasta que se abriera juicio.

Valen no las tenía todas consigo.

–Nos van a pillar y todo se volverá en contra –le dijo a Ludi. Y añadía–: Vivo rodeada de mentiras: la de la minusvalía de Clara; las de madre, sean las que sean, y las tuyas, Ludi. Vaya panorama.

Val se preparaba para ir a trabajar en diez días. También dejaba la casa. Y quizás a mí.

Nos cogimos de las manos y nos quedamos frente a frente. No decíamos nada porque todo se daba por dicho, o porque no había más que decir.

Por fin acordamos que yo la recogería a la semana siguiente para llevarla al nuevo alojamiento cerca de la fábrica.

–Hasta pronto –me despedí.

–Adiós –dijo Val.

* * *

En la cabaña de arriba, Abderramán también prepara su adiós. A él no se le necesita en la casa de abajo. Su tarea ha terminado con el verano.

–Poco tengo que recoger –le dice a Margarita.

Margarita está de espaldas y lava los platos del almuerzo. Los coloca en la alacena, sin ruido.

De vez en cuando se lleva un pañuelo a los ojos.

Cuando Clara vino a despedirse, Abderramán ya lo había hecho de Margarita, y estaba fuera de la cabaña, listo para marcharse. Llevaba la misma mochila con que había llegado el primer día.

La niña le acompañó un trecho del camino, cogida de su mano.

–¿Vas a volver?

–Bueno, el año que viene, si tu madre me necesita.

–Vale.

Arriba, en lo alto, el edificio de vigilancia aérea estaba adornado con cadenas de banderitas por motivo de las fiestas de los valles. En el interior, el radar seguía captando los movimientos del cielo, mientras guardaba sus propios secretos.

Clara sentía una gran pena.

Abderramán caminaba y caminaba con Clara a su lado. De vez en cuando echaba una mirada al monte, o al prado de un vecino y al agua del río.

Les hizo un gesto de despedida.

–Hasta otra, como dicen aquí.

Se detuvo al llegar a la carretera.

–Bueno, llegó la hora.

No esperaría al bus, sino que tomaría la ruta rápida que atraviesa los montes.

–Adiós, *habiba*.

La niña levantó los ojos hacia el hombre.

–Adiós, Ab... –Se abrazó a él, sin soltarle. Y añadió–: ¡Adiós, papa!

El hombre separó a la pequeña con un beso, y le hizo una suave caricia con su mano áspera; después tomó el camino hacia la llanura.

Clara se quedó mucho rato mirando el camino vacío.

16 de agosto de 2017. Día de San Esteban

Edición en formato digital: abril de 2018

© Manuel Gutiérrez Aragón, 2018

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

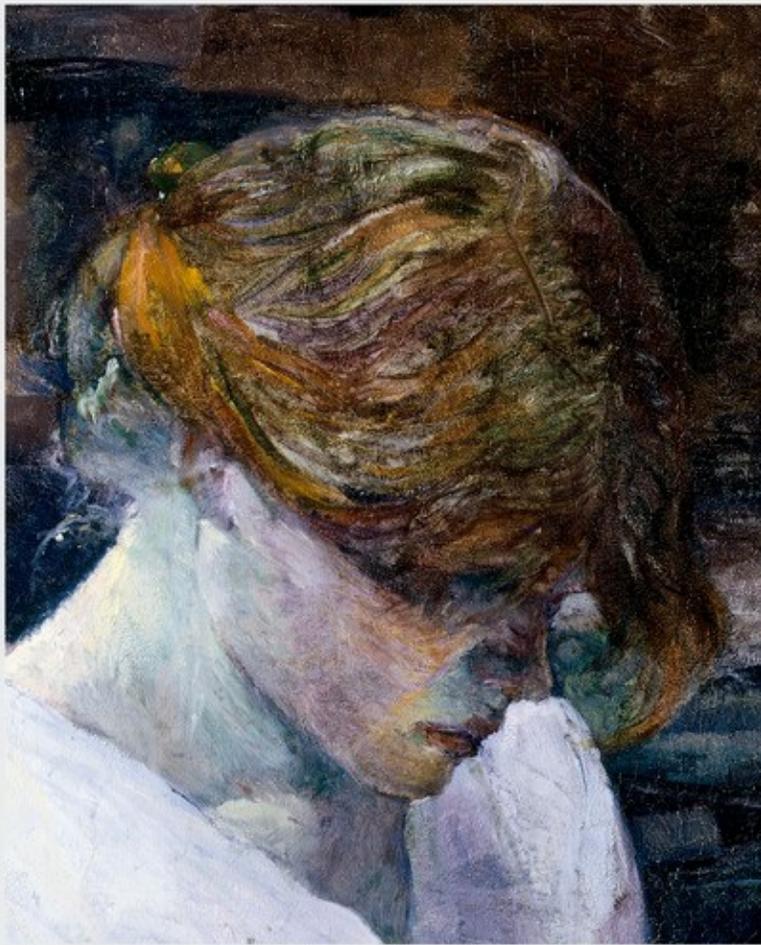
ISBN: 978-84-339-3942-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

MANUEL GUTIÉRREZ ARAGÓN

El ojo del cielo



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas